

Colección  
BiCentenario

Víctor Payán

Crónicas hidalguenses



**HIDALGO**  
En el nombre llevamos la Independencia  
**BICENTENARIO**  
2010

*Crónicas hidalguenses*, de Víctor Payán, conocido periodista de larga trayectoria, es un libro singular: cuenta historias -como las del pulque, la charrería, la minería, la del fútbol y la barbacoa-, y las mezcla con la rememoración de leyendas y mitos que las enriquecen. Son crónicas de los afanes de la gente, historias -por así decir- pegadas a la tierra y a la vida cotidiana, referidas a valiosas aportaciones hidalguenses a México y al mundo. Como el pulque, sus orígenes prehispánicos, su impacto en la configuración física (los grandes magueyales) y arquitectónica (las bellas e imponentes haciendas pulqueras) en los Llanos de Apan, escenarios de correrías insurgentes y, a la vez, gloriosa cuna de la charrería, el deporte nacional por excelencia. El origen, también, del fútbol, inseparable de la historia de la minería, en uno de cuyos momentos surge en los fundos mineros de Pachuca y Real del Monte, traído por los mineros ingleses. Y qué decir de ese manjar que es la barbacoa, uno de los portentos gastronómicos de Hidalgo.

Para conmemorar el BiCentenario, el autor incluye tres crónicas: una sobre la muerte del Padre de la Patria, cuyo nombre porta orgulloso nuestro Estado; una segunda sobre Benito Juárez, el Benemérito, quien promulgó el decreto que creó al Estado de Hidalgo en 1869, y una tercera sobre el General Felipe Ángeles, el gran hidalguense que, al tomar Zacatecas junto a Villa y la División del Norte, contribuyó decisivamente al triunfo de la Revolución Mexicana.

ISBN-13: 978-607-7866-15-2



9 786077 866152







VÍCTOR PAYÁN

Crónicas hidalguenses

COLECCIÓN BICENTENARIO

21



COLECCIÓN BICENTENARIO

PUBLICADA POR LA COMISIÓN ESPECIAL INTERINSTITUCIONAL  
PARA CONMEMORAR EL BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL  
Y EL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA DE 1910  
EN EL NOMBRE LLEVAMOS LA INDEPENDENCIA

Presidente Honorario  
Lic. Miguel Ángel Osorio Chong  
Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo

Presidente Ejecutivo  
Lic. Juan Manuel Menes Llaguno  
Secretaria Técnica  
Dra. Rocío Ruiz de la Barrera

Director de la colección  
Rubén Jiménez Ricárdez

DR © 2010, Gobierno del Estado de Hidalgo

Primera edición: 2010

ISBN: 978-607-7866-00-8 (Obra completa)

ISBN: 978-607-7866-15-2

Servicios de Comunicación Empresarial, S.A. de C.V.  
Industria 210-A, Col. Centro  
Matías Romero, Oaxaca, C.P. 70300

Imagen de portada: Mayáhuel o Mayalen, diosa mexicana del maguay.



---

Miguel Ángel Osorio Chong  
Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo



## MENSAJE DEL GOBERNADOR

**P**ara los hidalguenses es altamente significativa la oportunidad de conmemorar, en 2010, dos de los más importantes acontecimientos de nuestra historia, en primer término la proclamación de la Independencia con la que el Padre de la Patria, Don Miguel Hidalgo y Costilla, inició la gesta independentista que once años y once días después nos permitió ser una nación libre y soberana, y en segundo término será un verdadero privilegio recordar que el 20 de noviembre de 1910 dio inicio el primer movimiento social del siglo XX en el mundo, la Revolución Mexicana, mediante el cual se establecieron las bases de nuestra vida democrática y el marco legal que sustenta nuestro Estado de derecho.

Como consecuencia de ambos hechos, la nación alcanzó dos importantes logros: en 1810 la soberanía nacional y en 1910 la soberanía popular, valores que nos identifican y singularizan como país.

El Estado de Hidalgo nace a la vida del pacto federal en medio de ambos acontecimientos y como producto indiscutible de la Reforma juarista, considerada como la segunda Independencia Nacional; de modo que el 16 de enero de 1869, fecha de promulgación del decreto que erigió al Estado de Hidalgo, se convierte en el vértice que nos une, por un lado, con la lucha insurgente de 1810, ensalzando la imagen del Padre de la Patria, de quien esta entidad lleva orgullosa su nombre, y, por el otro, con la Revolución Mexicana, epopeya de nuestra historia que estableció las bases de la modernidad con la que México se desarrolló plenamente en el siglo XX y generó las instituciones con las que enfrenta los retos del siglo XXI.

En este orden de ideas, el año 2010 nos convoca a renovar el orgullo de ser mexicanos y de ser hidalguenses, para lo cual es estrictamente indispensable recuperar nuestro pasado, para entender nuestro presente y trazar el futuro que todos anhelamos; es un ejercicio en el que los tiempos se conjugan y los espacios se complementan para asumirnos en el contexto de la nación.

En tal virtud el Gobierno del Estado, a través de la Comisión para conmemorar las fiestas de 2010, dedica esta tercera entrega de la Biblioteca Bicentenario al rescate de los más importantes textos de nuestra historia regional, así como otros surgidos de investigadores contemporáneos, que coadyuvan a rescatar nuestro rico pasado; con ellos pretendemos reconocer el sacrificio de personajes como Julián y su hijo José Francisco el “Chito” Villagrán, los hermanos Anaya, José Mariano, Francisco y Cayetano; los sacerdotes José Manuel Correa y José Antonio Magos, a los que se suman José Francisco Osorno, Mariano Aldama, Pedro Espinosa, Vicente Beristaín y Souza, Miguel Montañó, Jacinto Solares y Pedro Vizuet, personajes que abarcan todas las regiones de la hoy entidad hidalguense que lucharon en el movimiento insurgente. También se agregan las imágenes de Ramón M. Rosales, Francisco Castrejón, Jesús Silva, Francisco de P. Mariel, Daniel Cerecedo Estrada, los hermanos Antonio y Amado Azuara, Nicolás Flores y desde luego el gran estratega Felipe Ángeles Ramírez, cuya actuación fue determinante en la Revolución Mexicana.

Rescatar los *Anales* de Teodomiro Manzano, el extenso *Diccionario biográfico hidalguense* que escribiera Abraham Pérez López e integrar a la bibliografía estatal trabajos de investigadores contemporáneos sobre el Estado, así como antologías y monografías municipales, es la misión de esta última entrega de la Biblioteca Bicentenario Hidalgo, esfuerzo que no encuentra precedente en la historia de nuestra entidad.

La historia, más allá del mero conocimiento del pasado, es herramienta indispensable para definir a las sociedades presentes, México y en particular Hidalgo, son producto de las profundas transforma-

ciones del país, por ello ahondar en el valor de los hechos y personas que nos han antecedido, es de algún modo fomentar nuestro patriotismo y acrecentar la unidad nacional, conscientes del inmenso legado del que la nación está dotada para enfrentar los grandes retos del presente y encarar de manera determinante los que deberemos vencer en el futuro.

Así nos aprestamos a conmemorar estas fechas en 2010, convencidos de que en Hidalgo, en el nombre llevamos la Independencia.

MIGUEL ÁNGEL OSORIO CHONG  
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL  
DEL ESTADO DE HIDALGO



# HISTORIA DEL PULQUE

*Agua de las verdes matas...  
Tú me tumbas, tú me matas  
Y me haces andar a gatas*  
Juan Pueblo



Mayáhuil

La presencia del pulque, lo que pronto se convertirá en leyenda o tema de museo, se aleja poco a poco de la vida de nuestra sociedad, pero se remonta al ayer de los siglos y es tan antigua, que se encuentra incluso representada en relieves tallados en piedra por los nativos de México desde el año 200 d. C. Su origen, se dice, es desconocido, pero debido a que tiene una función primordial en la religión prehispánica y en las costumbres del pueblo, hay un sin fin de cuentos y anécdotas que tratan de explicarlo.

En las leyendas que se escribieron en los albores del siglo XVI, época final del mundo indígena, brotan las anécdotas de las hazañas de Quetzalcóatl, el hombre-Dios, descendiente de Mixcóatl, guía absoluto de los teochichimecas, valerosos conquistadores, y de Chimalma, su madre, a quienes se les adjudica el descubrimiento del pulque, cuyo punto de inicio es el maguey, que viene de Mayauetl o Mayáhuel, divinidad femenina asociada con la planta y con la embriaguez. Ella es relacionada con Quetzalcóatl: el Dios le pide que lo acompañe para visitar el mundo y al estar en la tierra ambos se convierten en un árbol de dos ramas, lo que sugiere una fusión plena de ambas divinidades.

La leyenda relata que la abuela de Mayáhuel llegó al lugar en compañía de las odiadas Tzitzimime, entidades temibles de los aires, quienes se aproximaron al árbol, cortaron la rama que correspondía a Mayáhuel y la comieron. Cuando Quetzalcóatl recobró su forma, recogió los restos de Mayáhuel y los enterró: así brotó el maguey (metl).

Fray Bernardino de Sahagún refiere una versión más: considera la antigua mitología indígena que Mayáhuel es el nombre de la primera mujer que perforó los magueyes para extraer el aguamiel, base del pulque; y más tarde otro personaje, Tantécatl, halló la raíz para hacer fermentar la bebida, y posteriormente Tepoztécatl, en compañía de otros, perfeccionó el arte de elaborar el necutli. De ahí que Tepoztécatl haya sido considerado como uno de los principales dioses aztecas origen del pulque y de la embriaguez.

Alva Ixtlixóchitl agrega otra: a Quetzalcóatl se le conoció como Ce Acatl Topiltzin, último rey de Tula; en esta versión fue el primogénito de Tecpancaltzin, cuya compañera fue Xóchitl, considerada como la descubridora del aguamiel, que se convierte en pulque.

De acuerdo a las historias indígenas toltecas, durante el reinado de Tecpancaltzin, un noble llamado Papantzin descubrió cómo extraer el aguamiel (necutli), de la planta de maguey; y desde entonces, a las personas que fabricaron el pulque se les conoció como “*tlachi-queros*” (del náhuatl “rasguño”) ya que tallaban las pencas de maguey para extraer su dulce y fino líquido.

En la época prehispánica, nos dice fray Bernardino de Sahagún, “no solamente los viejos y viejas bebían vino pulque; todos, jóvenes, niños y niñas, lo tomaban hasta saciarse. Además, a los que iban a ser sacrificados en el templo de Huitzilopochtli se les permitía beberlo hasta embriagarse, para evitarles un mayor sufrimiento”.

También se administraba, moderadamente, ya fuera solo o combinado con diversas yerbas, a enfermos y parturientas, pues se consideraba una eficaz medicina para aliviar los males más variados, amén de que se advertía que era de gran valor nutricional al que “solo le faltaba un grado para ser carne”.

La embriaguez en esos tiempos se consideraba como un delito que se castigaba con severidad. En la primera ocasión a los infractores se les trasquilaba públicamente; a los que reincidían se les derribaba su casa y se les impedía acceder a cualquier oficio honroso, pero si seguían emborrachándose se les condenaba a morir ahorcados, golpeados o apedreados.

El mismo Sahagún narra que el emperador indígena, después de su elección, se dirigía al pueblo en una perorata dedicada al pulque, en la que decía al brindar con él: “Este es el vino que se llama octli, que es raíz y principio de todo mal y de toda perdición; porque este octli y esta borrachera es causa de toda discordia y disensión, y de todas las revueltas y desasosiegos de los pueblos y reinos...”.

Agrega que “Quetzalcóatl cayó de su alto solio por haberse emborrachado (como Noé en la Biblia) y su embriaguez vergonzante le obligó a huir de Tula”.

Lo mismo le sucedió a Tlachinoltzin, personaje de Cuautitlán, quien se embriagaba demasiado y tuvo que vender todo lo que poseía para adquirir su pulque diario.

Era tal el problema que los sátrapas mexicanos rezaban sus oraciones al Dios Tláloc, para pedirle que se dejara de beber pulque “que es raíz y principio de todo mal y de toda perdición lo mismo que de discordias y de disensiones, latrocinios, violencias, hurtos y de detracciones, siendo a la vez la causa de la soberbia y la altivez”.

Fray Bernardino de Sahagún cuenta además que “en honor del Dios del fuego, llamado Xiuhtecuhtli, los indios mexicanos hacían fiestas cada cuatro años. También al Dios de los pescadores, Opochtli, le ofrecían dicha bebida, lo mismo que a los ‘taloques’”.

El pulque era llamado “vino de la tierra” octli.

Pero dijeran lo que dijeran, con mayores sanciones o peores castigos, aun así, los adictos encontraron una fórmula para tener mayor intoxicación, con menos pulque. Con el pretexto de que querían preservar el líquido más tiempo, le agregaron una raíz que hacía que el elixir no se descompusiera fácilmente, pero cambiaba la conducta de la gente: el pulque blanco sólo producía sopor, mientras que con la mezcla de la raíz los que lo bebían se excitaban carnalmente, gritaban y aullaban, se ponían furiosos, reñían o se mataban.

Estos excesos provocaron una cédula real por la que se inquiría la opinión de la audiencia gobernadora y del obispo Fray Juan de Zumárraga –el que recibió a Juan Diego, con las rosas que enviaba la Virgen de Guadalupe– sobre la conveniencia de prohibir el cultivo de la raíz de marras o en todo caso que se agregara al pulque.

En nada quedó esta gestión y sólo hasta 1635 se prohibió bajo pena de duros castigos la venta de pulque amarillo “y otras bebidas nocivas”; al poco tiempo, en 1642, el virrey obispo Palafox y Mendoza aumentó los castigos a los transgresores y señaló lugares, llamados puestos, en donde únicamente había de venderse el pulque natural y los que lo expendían eran exhortados para que lo hicieran bien y que mientras lo preparaban no debían probarlo “ni aún mojando el dedo en ella lo llegaban a la boca” y porque si alguien lo hacía era considerado de mal agüero. Más adelante, el virrey conde de Alba de Liste (1650-1653), observó que “la baba de neutli” era menos embriagante si se consumía solo y puro y que además tenía virtudes curativas que beneficiaban la salud, por lo que lo reglamentó.

Durante la época prehispánica el pulque era ingerido en ceremonias principalmente por los sacerdotes, para poder tener una mejor concepción de los mensajes que enviaban los dioses, usado principalmente en la región del altiplano mexicano.

En tiempos de los mexicas el pulque se llamaba *iztac octli* (“el licor blanco”), pero en el ir y venir del tiempo se le llamó *octli poliuhqui* (“licor descompuesto”), pero el término, en náhuatl, señalaba un pulque demasiado fermentado.

La principal zona de consumo y producción es la antigua región de los Llanos de Apan, o altiplano hidalguense, donde surgió la charrería a consecuencia de la bebida blanca fermentada de maguey, ya que se usaba para embriagarse y después jugar con el ganado en las haciendas pulqueras de la zona.

## SU DESCUBRIMIENTO

Cuenta la leyenda que el pulque o “elixir de los dioses” no se inventó, sino se descubrió accidentalmente, allá por 1340, cuando corría el Año del Conejo, durante el reinado Tolteca de Tecpancaltzin. Un noble llamado Papantzin caminaba por un magueyal de la zona semidesértica del territorio náhuatl, al norte de la gran Tenochtitlán, cuando le llamó la atención la desesperada carrera de un quimachi o netoro, que salía precipitadamente de un agujero que había hecho en el Xólotl o corazón de un maguey.

El quimachi –pequeño ratoncito de campo– iba empapado y del maguey salía un líquido transparente que escurría sobre el terreno. Intrigado, Papantzin lo probó y le resultó además de dulce, agradable, y así descubrió el neutli o aguamiel, la sangre del maguey. Entusiasmado por su hallazgo, Papantzin trozó varias pencas del agave para tener espacio y llegar al moyolotl de donde brotaba el líquido, que llevó a su choza para convidar a sus hijos y a su mujer, lo que le hizo ver que a todos les gustaba y fue así como comenzó a explotar los magueyes y a utilizar el aguamiel como alimento de su familia.

Papantzin guardaba celoso el fruto de su descubrimiento en ollas de barro, para usar racionalmente su nuevo alimento, pero varios días después en uno de los depósitos el líquido se había tornado

blanco como atole de masa, pero además como que hervía y estaba espumoso, lo que le movió la curiosidad. Metió un jarro de barro a la olla, lo llenó, ingirió el líquido y... ¡quedó asombrado! No era el mismo sabor ni olor. Era algo distinto, diferente, más agradable, pero... pero había algo especial que no alcanzaba a distinguir, pues comenzó a sentirse medio atarantado, pero muy contento, feliz y hasta risueño y divertido, y así, para identificarlo, lo bautizó con el nombre de octli.

Él sabía que tenía entre manos algo importante y que eso se lo tenía que presentar a su rey. Así, Papantzin, envió a Xuchitl, su hija mayor, con una olla de barro llena de octli como regalo al soberano, quien después de tomar algunos jarros, se fijó que la joven era una hermosa mujer, por lo que, ni tardo ni presuroso, mandó a llamar a Papantzin. Telcalpanetzina hizo lo que parecía una buena oferta a Papantzin. Para agradecerle el gran regalo, ofreció dar alojamiento en su reino a Xuchitl, para sacarla de la pobreza, darle mejor vida y una cultura más elevada. Papantzin debió haber pensado que ese ofrecimiento era un sueño y que se había sacado la lotería. Así, trémulo de emoción, narró a su familia su encuentro con el soberano y la oferta que le había hecho, por lo que, en agradecimiento, le relevó el secreto de la sangre del maguey. Xuchitl se quedó en el palacio de Telcalpanetzina, quien al principio la colmó de atenciones y puso a su disposición a los mejores maestros en matemáticas, astronomía y otras ciencias, además de llenarla de regalos.

Pero las cosas cambiaron y aparecieron nubarrones en el horizonte y Papantzin se dio cuenta del engaño cuando encontró a su hija embarazada, por lo que, furioso, lleno de ira, le declaró él solo la guerra a Telcalpanetzina, quien, por la osadía de retarlo y amenazarlo, lo mandó ejecutar y se quedó finalmente con el secreto del pulque y con Xuchitl.

Otra versión de la leyenda, advierte que la leyenda humana del pulque, no la versión divina, dice que fue un tolteca, Papantzin, quien descubrió el pulque y su hija Xuchitl lo llevó al rey.

Alva Ixtlixóchitl cuenta así tal anécdota: “Habiendo heredado el señorío de los Tultecas Tecpancaltzin, de allí a 10 años que gobernaba, vino una doncella a su palacio, muy hermosa, que habían venido con sus padres a traer ciertos regalos para él; y aún dicen y se halla en la historia que era la ‘miel prieta del maguey’, y unas ‘chiancacas’, azúcar de esta miel, que fueron los primeros inventores de esto, y como cosa nueva se lo trajeron al rey a presentar... Siendo estos caballeros de sangre noble y de su propio linaje, se alegró el rey de verlos y les hizo muchas mercedes, y tuvo en mucho este regalo y se aficionó mucho de esta doncella que se decía Xuchitl por su belleza, que quiere decir ‘rosa y flor’, y les mandó que le hicieran placer de hacerle otra vez este regalo, y que su hija lo trajera, ella sola con alguna criada...”

Y continúa Ixtlixóchitl su relato: “Y los padres, no creyendo en lo que podía suceder, se holgaron mucho y le dieron la palabra de que así lo harían; y pasados algunos días vino al palacio la doncella con una criada, cargada de miel choacancaca y otros regalitos de nuevo inventados, o por mejor decir, conserva de maguey; y llegada que fue, avisaron al rey como estaba allí la doncella hija del caballero que inventó la miel del maguey, llamado Papantzin; el cual se alegró mucho y mandó que sola la metieran con el regalo que traía; y a la criada, que era una vieja ama suya, la sentaran en los cuartos y le dieran muchas mantas y oro, y la regalaran hasta que fuera tiempo de volver con su señora... Y así lo hicieron los criados, metiendo sola a la doncella y a la criada haciéndole todo servicio y regalo, conforme lo mandó el rey; y visto el rey el regalo de la doncella Xuchitl y de sus padres, se holgó mucho y trató con ella como él había días que estaba aficionado a ella, rogándole le cumpliera sus deseos, que le daba su palabra de hacer muchas mercedes a sus padres y a ella; por consiguiente, en estas demandas y respuestas estuvieron un buen rato, hasta que la doncella, visto que no tenía remedio, hubo de hacer lo que el rey le mandaba...”

Sigue la leyenda: “Xóchitl tuvo un hijo del rey Tecpancaltzin, que fue llamado Meconetzin o ‘Hijo del Maguey’, que más tarde heredó el trono de su padre, y siendo aficionado a beber el pulque, tuvo un desastroso gobierno que ocasionó la caída del reino Tolteca, acosado por los Chichimecas, con la consiguiente dispersión de las tribus Toltecas. De todo lo cual se infiere cómo el pulque, desde su nacimiento, fue causante de pasiones desbordadas, vicios y tragedias que acabaron con el pueblo Tolteca. El uso del pulque pasó a otros pueblos, hasta llegar al Mexica o Azteca, al cual causó también no pocos sinsabores...En cuanto al momento de descubrir el porqué, la leyenda dice que Papantzin observó un día en su huerto, donde había sembrados algunos magueyes, como una rata de campo, que los indios llamaban meteoro, horadaba el meytli o corazón del maguey (de *metl*, “maguey”, y *yolotl*, “corazón”) y escurría un líquido dulce (*necutli*, “aguamiel”), que probó y fue tan de su agrado que, junto con su hija, la bella Xuchitl, lo llevó al monarca. Más tarde, guardando algo de esa miel en vasijas, para tomarla después, vio que se agriaba y fermentaba, produciendo un licor que también fue del agrado de todos, aun del mismo monarca al que lo envió con su hija Xuchitl, cuando ésta fue sola a agasajar al rey Tecpancaltzin”.

La historia indígena del pulque se ha transmitido de “boca en boca” por los antepasados quienes cuentan que, cuando llegaron los españoles a México, se sorprendieron al observar la longevidad de los nativos y que por viejos que éstos fueran, mantenían aspecto jovial, piel lozana y peinaban pocas canas. Desde luego, la alimentación era básica pero los recién llegados no dejaban de pensar que el pulque tenía mucho que ver con ello, pues la costumbre era que las mujeres lo tomaran en el embarazo y la lactancia.

Otras propiedades de la planta: una penca asada en las brasas y el jugo caliente es recomendable para una herida de arma blanca o para una llaga fresca. Para la mordedura de víbora tomar magueyes chiquitos, del tamaño de un palmo, con raíz tierna y blanca, mezclando su jugo con el de ajeno; lavar la mordedura y aplicarlo en la parte dañada.

## EL MAGUEY O METL

La presencia del maguey data de más de 10 000 años, pero no se sabe con precisión cuál es su origen geográfico y los científicos han determinado la región de Mesoamérica como su cuna, específicamente la meseta del Anáhuac.

La botánica agrupa a los magueyes de distintos géneros dentro de la familia agave, cuyo significado es “admirable”. Sin embargo el maguey que aquí nos ocupa se denomina *Agave atrovirens karw* que es el que produce el aguamiel. Se trata de una planta con hojas gruesas y carnosas, pencas que surgen de un tallo corto o piña, terminan en una espina dura y mantienen otras espinas a lo largo y en ambos lados de cada hoja.

A la llegada de los españoles se extrañaron por la rareza de la planta y por los múltiples usos que los nativos le daban. Lo nombraron “árbol de las maravillas” y descubrieron su gran utilidad: material de construcción de chozas, afianzador de tierras en áreas de cultivo, fabricación de cepillos, canastos, escobas, alimento para el hombre y el ganado, recipiente para bebidas y alimentos, confección de vestidos, redes y reatas, combustible, pegamento y papel, como abono orgánico, utensilios para coser y clavar.

De este agave, enquistado en terrenos áridos, pedregosos y casi sin agua, se han aprovechado, además del aguamiel y el pulque, sus espinas como agujas o clavos. Con su fibra se tejían las mantas, de diversas calidades, que los indígenas otomíes y mazahuas utilizaban para vestirse, como cobijas, o para pagar sus tributos a los aztecas.

En la cocina también se ha aprovechado el agave. Sus pencas se emplean para cubrir la barbacoa durante su cocimiento bajo tierra; su piel o “pellejo” para envolver los mixiotes, y qué decir de los gusanos que en ellos se crían y que son un exquisito bocado de la comida mexicana.

Por todo ello el maguey, junto con el maíz y el frijol, participan en la consolidación de varias culturas en América Latina.

## SISTEMA DE CULTIVO DEL MAGUEY

La vida de un maguey depende mucho de las condiciones del suelo donde nace y pueden durar más de 100 años, pero los que se utilizan para la elaboración del pulque normalmente tienen una vida de una década.

Todo comienza con los hijos del maguey, que le nacen a un lado sobre la tierra; cuando éstos ya tienen unos dos años o miden medio metro aproximadamente, se sacan de la tierra, se les corta la raíz y se deposita en un cajete abierto previamente en el lugar definitivo y cuyas dimensiones varían entre 30 y 40 centímetros de profundidad, el cual se rellena con abono orgánico de vaca, conejo o borrego, etcétera, pero alrededor del cajete se quita toda la maleza.

Cada año, con un escaramán, se afloja la tierra de alrededor y se checa si se necesita más abono. Poco a poco la planta va tomando un color verde azulado (oscuro). Entre los 7 y 8 años, desde el centro de la planta, nace el moyolotl o quiote el cual hay que eliminar con un cuchillo especial, a lo cual se le llama “capar”. El moyolotl es el corazón del maguey, es como un tronco que sale y crece muy alto y florea; hay que saber el momento para capar el maguey y cómo hacerlo para que no siga creciendo. Cuando ya se le capó se le deja descansar para que empiece a producir agua miel. El cuchillo especial se llama de partir o de capar y mide unos 40 centímetros de largo, semicurvo y con filo en ambos lados y con punta semirredonda filosa. Una vez capado se anota la fecha sobre una penca visible y se deja reposar seis meses, no antes. Si se raspa a los cinco meses después, el aguamiel es menos dulce y si se pasa del tiempo el aguamiel merma.

A la persona que se encarga del cuidado del maguey, así como de la extracción del aguamiel, se le llama “tlachiquero”. La extracción del aguamiel se realiza con una herramienta llamada “ácocote” que es un calabazo o guaje alargado de zona cálida, al cual se le hace una perforación en cada extremo, uno de los cuales entra en contacto con el aguamiel y por el otro se succiona con la boca haciendo vacío

dentro del acocote. Para evitar que el aguamiel se mezcle con la lluvia, las pencas del maguey se doblan por encima del cuenco, que ha quedado de la eliminación del moyolotl, haciendo una especie de casita para que la lluvia resbale por las pencas y no se mezcle. Otra forma es que el agua pesa más que el aguamiel el cual flota y se separa de la primera. Así se extrae el aguamiel y luego se succiona el agua, eliminándola.

El maguey trata de curar su herida produciendo una membrana como de tres milímetros de grosor la cual hay que raspar diariamente para que siga produciendo aguamiel y el cuenco se va haciendo cada vez más grande, de tal manera que un maguey que comenzó a dar apenas una copita de aguamiel, con el tiempo puede llegar a dar hasta 10 litros por la mañana y otros 10 por la tarde dependiendo de la calidad del maguey. Sobre todo en el día de luna llena, al igual que las vacas y las plantas, el maguey da mayor producción.

## SISTEMA DE PRODUCCIÓN DEL PULQUE

Una vez que los magueyes comienzan a producir aguamiel, se prepara la barrica para la semilla del pulque. La barrica debe ser de roble o encino, se lava con agua de cal, se rocía con alcohol y se le prende fuego para terminar de esterilizarla; se le pone el aguamiel puro, sin colar, se le pone el mechal que sale de la primera raspa, se tapa para que no le caiga polvo y se deja aproximadamente 40 días. El aguamiel entra en estado de fermentación, se empieza agriar y a los 40 días tiene un sabor desagradable, agrio y feo. Pasados los cuarenta días se destapa el barril y se le empieza a echar aguamiel pero poco a poco, ahora tres litros, mañana cinco, pasado seis o siete y así va subiendo la cantidad diaria hasta los 60 días. Los litros diarios dependen de la cantidad de aguamiel que se haya echado primero. Por ejemplo, si hay 15 litros iniciales se ponen 3 o 4 litros de aguamiel, mañana cinco y así va subiendo de acuerdo se va aumentando la

cantidad de producto que ya tiene el barril. A los dos meses, de ese barril se pasa a otra barrica limpia, lavada con agua y escobetillas especiales de raíz de zacatón.

Esa semilla, desde el momento que se le echó el aguamiel entró en proceso de fermentación y poco a poco se le fue quitando el sabor desagradable y agrio. Ya cuando cumple 60 días empieza a tener un olorcito sabroso y en ese momento ya se le llama pulque y se pasa a un recipiente limpio. Ahí inicia otro proceso: se le quita pulque y se le pone aguamiel. Lo que se le puede bajar al tonel del pulque, para que no pierda el pie, depende de la cantidad de aguamiel que se va a traer; si son unos 100 litros de aguamiel, por lo menos debe haber 40 litros de pulque fuerte, porque el pulque se clasifica en tres categorías: dulce, campechano y fuerte, así el pulque para el pie debe de ser siempre fuerte para que aguante el agua miel que van a traer.

Este proceso debe ser muy higiénico. Ahí donde está el tinacal, debe de entrar el personal exclusivo y siempre debe de estar perfectamente aseado, limpio desde las manos, la boca, ropa, etc. Los barriles se tienen que lavar cada dos días y se van terciando.

Y es totalmente falso que se le ponga “una muñequita” –pequeña bolsa con excremento humano– para acelerar la fermentación. Sería echar a perder toda la producción.

El color del pulque debe ser blanco, blanco como si fuera leche y de sabor agradable, sabroso, y el olor igual, y debe tener un cuerpo en forma de atole aguadito, un poquitito al toque de atolito, no debe ser aguado...aguado, sino debe tener cuerpo.

El pulque se fermenta a una temperatura ambiente de 20°C en el laboratorio aun en tiempos de calor o en tiempos de frío. Para eso se necesita que la persona que conoce cómo se procesa el producto debe guardar siempre la temperatura de 20°C, aproximadamente entre 18 a 22°C. Si sube la temperatura el pulque toma un sabor desagradable, se agria y si baja la temperatura no tiene cuerpo, se vuelve aguado y el dulce no se le quita tan fácil. En tiempo de calor, si sube

la temperatura, se le debe colocar un recipiente de aluminio o una bolsa de plástico con hielo, cuidando que no haya fugas de agua para evitar la contaminación.

En temperaturas bajas, dentro del tinacal, se le mete algo que caliente, en este caso un anafre o un calefactor en medio del tinacal y un termómetro que esté marcando la temperatura. Antiguamente los tinacales como negocio se hacían de piedra, tanto el piso como todas las paredes alrededor, y se le ponía un espesor de 40 a 50 cm. de agua, cuando la temperatura era alta, el agua ayudaba a conservar la temperatura que necesitaba el pulque y así todo el tiempo tenía buen producto.

#### HISTORIA PROPORCIONADA POR LA FAMILIA DE DON MARCELINO GALICIA

El Maguey fue cultivado por los pueblos precolombinos de México en la mesa central y en las regiones poco fértiles. Los aztecas lo llamaron metl y al pulque octli, y desde la antigüedad lo sembraron y aprovecharon.

Fray Toribio de Benavente, el incomparable Motolinía, dice del maguey: “Metl es un árbol o cardo que en la lengua de las islas se llama maguey, del cual se hacen y salen cosas, que como lo que dicen que hacen del hierro; es verdad que la primera vez que yo lo vi, sin saber ninguna de sus propiedades dije: gran virtud sale de este cardo. El es un árbol o cardo a manera de una yerba que se llama zábila, pero mucho mayor... Tiene sus ramas o pencas verdes, tan largas como vara y media de medir; van seguidas como una teja, del medio gruesa, y adelgazando los lados del nacimiento; es gorda y tendrá casi un palmo de gruesa. Va acanalada y la punta es tan delgada como una púa o punzón; de estas pencas tiene cada maguey 30 o 40, pocas más o menos, según su tamaño, porque en unas tierras se hacen mejores...”

Por su parte, tres siglos después, el barón de Humboldt habla así del maguey: “En la cumbre interior de la intendencia de Puebla y en la de México, se ven inmensos campos llenos de pitas o magüéis. Esta planta, que tiene las hojas correosas y espinosas y la cual la higuera chumba –nopal de tunas– se ha hecho silvestre desde el siglo XVI en toda la Europa austral, en las islas Canarias y las costas de África, da un aspecto particular a los campos de México... Los magüéis o metl que se cultivan en México, pertenecen a numerosas variedades del agave o pita americana, que tan común es en nuestros jardines; cuyas flores son amarillas, rectas en hacecillos y cuyos estambres son dos veces más largos que las lacicas o gajos de la corola”.

Y prosigue su descripción: “Los plantíos del maguey del pulque se extienden tanto como la lengua azteca. Los pueblos de casta otomita, totonaque y mixteca no son aficionados al metl, que los españoles llamaron pulque. Los mejores plantíos que he visto han sido en la Vega de Toluca y en las llanuras de Cholula. Los pies de pita están plantados en filas a cinco pies de distancia unos de otros. Las plantas no comienzan a dar su jugo, que llaman agua miel por el principio sacarino en que abunda, sino hasta que comienza a formarse el cogollo. Entonces se corta este cogollo o corazón y se le hace un hoyo, que se va haciendo ancha poco a poco... Viene a ser este cogollo una verdadera fuente vegetal, cuyo jugo corre durante dos o tres meses y de la cual el indio saca su bebida tres veces al día. Por lo común, cada planta da en las 24 horas unos 8 cuartillos al amanecer, dos al mediodía y otros tres al atardecer. La miel o jugo de la pita tiene un sabor agrídulce bastante agradable. Fermenta ácidamente a causa del azúcar y mucílago que contiene, y para adelantar esta operación se suele echar un poco de pulque añejo y ácido con lo que se concluye de hacer el licor en tres o cuatro días. La bebida vinosa que se parece a la sidra, tiene un olor de carne podrida sobremanera desagradable. Pero los europeos que han llegado a acostumbrarse a este fétido olor, prefieren el pulque a las demás bebidas, pues lo tienen por estomacal fortificante, muy nutritivo y lo recetan a las personas muy flacas...”

## USOS DEL MAGUEY

Humboldt continúa su análisis: “Pero el maguey no sólo es la viña de los pueblos aztecas, sino que también puede servir por el cáñamo del Asia y la caña de papel (*eyperus papyrus*) de los egipcios. El papel en que los antiguos mexicanos pintaban sus figuras jeroglíficas se hacía de las fibras de las hojas de la pita, maceradas en agua y pegadas unas sobre otras, como las fibras del *cyperus* de Egipto y del moral (*broussonetis*) de las islas del mar del Sur. El hilo que se saca de estas hojas de maguey se conoce en Europa con el nombre de pita, los físicos lo prefieren a los demás porque está a menos sujeto a torcerse...”

“El jugo de cocuyza (en las provincias de Caracas y Cumaná, el agave *cubensis* se llama maguey de Cocuy), que es de la pita, cuando le falta mucho para entrar en flor, es muy acre y sirve muy bien como cáustico, para limpiar las llagas. Las espinas que las hojas tienen en la punta, servían antes como las de la higuera chumba (el nopal de tunas) de alfileres y clavos a los indios, y con ellas los sacerdotes mexicanos se abrían brazos y pecho, en sus ceremonias expiatorias, semejantes a las de los budistas del Indostán”.

Pero nadie describe en mejor forma casi todos los usos antiguos del maguey, como el padre Motolinía, quien dice de ellos:

“Sácase de aquellas pencas hilo para coser. También hacen cordeles y sogas, maromas y cinchas, y jacimas y todo lo demás que se hace del cáñamo. Sacan también de él vestido y calzado, porque el calzado de los indios es muy al propio del que traían los apóstoles, porque son propiamente sandalias. Hacen también alpargatas como las de Andalucía, y hacen mantas y capas, todo de este metl o maguey. Las Púas en que se rematan las hojas sirven de punzones, porque son agudas y muy recias, tanto, que sirven algunas veces de clavos, porque entran por una pared y por un madero razonablemente, aunque su propio oficio es servir de tachuelas cortándolas pequeñas. En cosa que se haya de volver a doblar no vale nada, porque luego saltan, y puédanlas hacer que una púa pequeña al sacar la saquen con hebra, y servirá de hilo y aguja...”

Del papel hecho de maguey, Motolinía dice:

“Hácese del metl buen papel; el pliego es tan grande como dos pliegos del nuestro, y de esto se hace mucho en Tlaxcallan, que corre por gran parte de la Nueva España. Otros árboles hay de que se hace en tierra caliente, y éstos se solía gastar en gran cantidad. El árbol y el papel se llaman amatl, y de este nombre llaman a las cartas y a los libros y al papel amate, aunque el libro su nombre se tiene. En este metl o maguey, hacia la raíz se crían unos gusanos blanquecinos, tan gruesos como un cañón de una avutarda y tan largos como medio dedo, los cuales tostados y con sal son muy buenos de comer. Yo los he comido muchas veces, en días de ayuno a falta de peces”.

En fin, que el maguey produce una comida: las pencas cocidas; una bebida: el agua miel; un licor: el pulque; fibras para el tejido del ayate indígena; hojas para el papel; y agujas y punzones, clavos e hilos; las púas de sus hojas, material de construcción; sus pencas y su vástago; una golosina: la miel y el quiote; combustible en sus pencas secas; y adornos, agua, vinagre, alcohol, jarabes y varios productos más. El ixtle es la fibra textil de una clase de magueyes también de origen mexicano. Quizá por ello, durante el virreinato, como lo recuerda Humboldt, “el cultivo de la pita es un objeto tan importante para la real hacienda, que los derechos de entrada que se pagan en las tres ciudades de México, Toluca y Puebla, ascendieron en el año de 1793 a 817 793 pesos”.

Y la leyenda, las anécdotas y la historia continúan en páginas y páginas, todas demasiado interesantes, pero interminables, tantas, como las de una biblia... la biblia del pulque.

Después de la Revolución Mexicana, cuando se convirtió en la bebida más popular del país, el pulque fue perdiendo presencia entre la población hasta casi desaparecer.

Durante varios siglos, el fenómeno urbano de la pulquería fue tan importante que toda una cultura popular se desarrolló alrededor de éste, influyendo en las áreas de la artesanía, la pintura mural, el mito, el juego, la canción, la poesía, la novela popular, el refrán. Sin

embargo, hay que reconocerlo, las pulquerías están en vías de desaparecer. En 1998 quedaban sólo 80 en la Ciudad de México, mientras que en 1870 se contaban hasta 822.

Se trata de una tradición ancestral que desde siempre, y aun bajo el yugo colonial se mantuvo incólume a través de los mitos y con el transcurrir del tiempo; reconocida como la maravillosa planta que en verdad es, el maguey forma parte indisoluble de la idiosincrasia nacional, que hoy, ante su probable extinción, se está en condiciones de preservar. ¿Recrea la cosmovisión de los antiguos mexicanos y refleja una costumbre que prevalece en el inconsciente colectivo como parte del patrimonio intangible de la nación? También se resalta la condición ritual, medicinal y gastronómica del maguey y del pulque, bebida de origen sagrado a la que se le hermana con el agua, el semen y la sangre, y cuya etimología se asocia más a una extinta lengua caribeña que al náhuatl, pues los indios mexicanos la llaman *neutli o neutle*.

En lo que respecta a la época prehispánica, se teatraliza el espacio para presentar en volumen a Mayáhuel, imagen tomada de la lámina 16 del Códice Borgia. En penumbras, pero llenando el lugar desde el centro, se observa a la deidad con el torso desnudo amamantando a la humanidad, representada, según la mitología náhuatl, por un pez.

Durante todo el siglo XIX, el pulque era la bebida predilecta de muchos mexicanos –ricos y pobres, jóvenes y adultos– y podía encontrarse en las mesas de la mayoría de los hogares del país. Para el inicio del siglo XX, era común toparse con alguna pulquería en las ciudades y pueblos de México. Sus fachadas estaban pintadas con murales y, en el interior, casi todas tenían el piso cubierto de aserrín, o de tierra aprisionada, porque uno de los rituales de los bebedores de pulque consistía en derramar un poco de este en el piso para que la Madre Tierra también saciara su sed.

Para beber el pulque se usaban contenedores de vidrio de diferentes tamaños, según la cantidad que se quería tomar, estaban las

“macetas” (2 litros), los “cañones” (1 lt.), los “chivitos” (1/2 lt.), las “catrinas” (en forma de taza), los “tornillos” (como “caballitos” de tequila) y los jarros de barro. Además de las pulquerías, el pulque también se podía disfrutar en los restaurantes familiares, especialmente los domingos. Sin embargo, a partir de los años veinte, el gobierno intentó erradicar al pulque porque lo consideraba “embruecedor”, “antihigiénico” y “causa de degeneración” de la clase trabajadora y la población indígena. Como el pulque es una bebida alcohólica que se obtiene de la fermentación del jugo del maguey, su olor es muy penetrante y su consistencia, blanca y espesa. Para “curar” (darle sabor) al pulque se le agregan otros ingredientes, como: piña, cacahuete, apio, limón, naranja, atole, etc. Entre los críticos del pulque, se aludía a su viscosidad y mal olor para tacharlo de “nauseabundo y asqueroso”. Durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940) se organizaron campañas antialcohólicas que tuvieron como objetivo suprimir por completo la ingestión de pulque.

Como alternativa al pulque se propuso beber cerveza, que en esa época no se consideraba del todo alcohólica. Desde la década de los veinte, en las ciudades se anunciaba la cerveza como una “bebida familiar”, “rigurosamente higiénica” y “moderna”. Además, entre las clases medias, se incitó a tomar cerveza con fines “alimenticios” y “terapéuticos”, como bebida diurética, para aumentar la presión sanguínea, para estimular la circulación, lavar el riñón y para que a las mujeres en periodo de lactancia no les faltara leche para amamantar a sus bebés.

...Esta noche corro gallo,  
hasta encontrar velorio,  
para preguntarle al muerto  
si hay pulque en el purgatorio...

## HISTORIA DE LA CHARRERÍA



**E**l vaticinio de la próxima llegada de Quetzalcóatl era para los aztecas como un funesto presagio. Transcurría el año Ce-Acatl (Uno Caña) 1519 y Motecuhzoma Xocoyotl se había rodeado de los brujos, hechiceros, chamanes y adivinos de su reino para que descifrarán uno a uno los siete recientes augurios, que lo mantenían inquieto, preocupado porque advertía que con el arribo del Dios, su desplazamiento era inminente porque se trataba de una verdadera divinidad y de eso estaban enterados los pobladores de Tenochtitlan, que por su parte temían que con ese cambio se presentaran grandes calamidades casi... casi pronosticadas:

Una llama de fuego había cruzado el horizonte.  
Hubo un incendio en el templo de Huitzilopochtli.  
Un rayo destruyó el templo de Xiuhtecuhtli.  
Un cometa, con su enorme cauda de luz, rayó los cielos.  
Después de una intensa sequía, hubo una gran inundación.

“Hay mis hijos”: El grito desgarrador de una mujer a la que nunca vieron (¿la llorona?) había interrumpido el silencio de una sombría y lúgubre noche, por las principales calles de Tenochtitlan, arrastrando su agudo y escalofriante lamento, que habrá hecho palidecer hasta a los guerreros más valientes.

Después, en las redes de unos pescadores un día quedó atrapado un pájaro que tenía la cabeza como espejo; en él, Moctezuma y su séquito fueron advertidos de la llegada de unas casas que flotaban en el mar, de donde descendían unos engendros de hombres rubios, barbados y de ojos azules, con el cuerpo y la cabeza forrados de fierro, muchos de ellos estaban, además, unidos a unas bestias de cuatro patas que echaban constantemente vapor por las narices y que eran muchísimo más grandes que cualquier venado.

Las señales eran premonitorias y eso, además, vislumbraba una serie de cambios drásticos básicamente en el futuro del gran emperador, pues como principio de cuentas él y nadie más que él, era considerado como un ser divino que estaba en el mundo para proteger a su pueblo, pero colocado a un paso de perderlo todo... todo, si llegaba Quetzalcóatl.

Moctezuma II era tratado como un Dios... nadie podía tocarlo sin permiso y quien osara mirarlo sin contar con su anuencia, decían que podía perder la vista, así como que se quedaría sin lengua el que se atreviera a hablarle sin autorización.

Mientras, su vida era de ensueño, de fábula. Todo el Bosque de Chapultepec sólo lo utilizaba para bañarse tres veces al día. Cambiaba de vestuario y nunca se ponía una misma capa dos veces, aunque estuviera tejida con hilos de oro y plata y llevara incrustaciones de piedras preciosas.

¿Tenía un harén? Solo contaba con 2 000 esposas y seleccionaba únicamente un platillo de los 300 que diariamente le ofrecían. Había un grupo de tamemes listos para transportarlo y no lo dejaban pisar el suelo en el exterior del palacio, pero si era absolutamente necesario tendían una alfombra de flores a su paso.

Era, por demás, extravagante, pero el pueblo lo respetaba. Contaba con un zoológico particular, donde también coleccionaba humanos minusválidos.

Así, el regreso de Quetzalcóatl significaba un cambio drástico en su existencia, pues como principio de cuentas, el pueblo iba a notar que Moctezuma II no pertenecía a la rama de los inmortales, como se los habían hecho creer desde siempre.

Y como no eran suficientes los seres de su mundo esotérico, y mágico, también mandó por los espías para que lo tuvieran al tanto de todo lo normal o anormal que ocurriera dentro y fuera de su territorio, y fue así como el gran emperador comprobó sus miedos y temores, al ser enterado de que esos extraños seres habían llegado a las costas de Veracruz: las profecías se estaban cumpliendo.

Ese año Ce-Acatl (Uno Caña) Hernán Cortés, originario de Extremadura, España, zarpó de la isla de Cuba, con una flota de 11 barcos, 553 soldados y 16 caballos en pos de nuevos horizontes para extender la conquista y en busca de grandes tesoros, esclavos y territorios.

Era la tercera expedición española, que a través de los años se había hecho a la mar. Primero, en 1512 fue la flota del Capitán Darién, que debía de encontrarse con la nave de don Diego Colón, pero ya ni una ni otra regresaron.

En 1517 Fernández de Córdoba salió de Cuba y llegó a Yucatán, en donde fue derrotado por los mayas por lo que el gobernador de la Isla Antillana, Diego de Velázquez, preparó la otra expedición que debía de ser comandada por Hernán Cortés. Después se supo que en 1512 efectivamente las naves de Darién y don Diego habían naufragado y que 12 de los sobrevivientes llegaron a la tierra de los

mayas, quienes los rescataron pero, como éstos se estaban casi... casi muriendo de hambre, a cinco de ellos los sacrificaron, los cocinaron y se los comieron...

Pero fue una pésima decisión, porque ocurrió algo tan terrible como increíble y trágico: 18 mayas fallecieron y los del pueblo pensaron que se trataba de un castigo divino, una venganza de los dioses. Fueron presas de dolores intensos, fiebre alta y granos en toda la piel. Algunos autores afirman que, en realidad, se trató de la viruela, de la que estaban infectados algunos de los conquistadores españoles.

El desconcierto de los mayas fue aprovechado por los otros siete capturados, quienes se dieron a la fuga internándose en la selva donde sólo sobrevivieron dos: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo de Guerrero. Ellos tuvieron la fortuna de haber sido rescatados por otra tribu que no practicaba el canibalismo. Los aceptaron, les dieron mujer y les enseñaron el idioma.

Cuando la expedición de Hernán Cortés llegó a Veracruz en abril, las tribus del litoral, sometidas por los aztecas, le dieron una gran recepción, identificándolo como Quetzalcóatl. Era el Dios rubio, de piel clara y ojos azules, que según la leyenda había de regresar en su ayuda, procedente del mar, enviado por la divinidad.

Al desembarcar, los españoles traían consigo 16 caballos a los que los habitantes indígenas confundieron como un solo ser. Jinete y cabalgadura fueron tomados por monstruos, ya que los indígenas no conocían semejante animal. Ni siquiera sabían de su existencia.

En Europa, esa combinación hubiera sido tomada como un mítico centauro, pero los aztecas no conocían el término. Las culturas mesoamericanas nunca habían visto un caballo.

Así, esa fue la primera vez que los indígenas, temerosos, conocieron, sin identificar, a los jinetes con sus cabalgaduras. El susto fue mayúsculo cuando escucharon el estallido de los cañones, fusiles y pistolas, tubos que escupían fuego, todo lo cual terminó de amedrentarlos. Creían estar viendo portadores del rayo.

Eso, y los antecedentes de los siete augurios, sirvieron para que ubicaran a los recién llegados como los hijos de Quetzalcóatl... como dioses, a los que, por órdenes de Moctezuma II, a los principales los llenaron de regalos de oro y plata, lo que deslumbró a los recién llegados. La soldadesca se dedicó a cambiar espejitos y cuentas por objetos de metales preciosos.

Corrió el tiempo y los españoles a sangre y fuego nos conquistaron durante 300 años, hasta que el Padre Miguel Hidalgo, en 1810, inició la Independencia, que once años después se cristalizó.

## LA CHARRERÍA

Durante el tiempo de la Colonia un caballo podía llegar a tener el valor de 100 o más esclavos y éstos tenían terminantemente prohibido montarlos, bajo pena de muerte. Los españoles temían que los indígenas descubrieran uno de sus secretos clave en la lucha por la conquista y los utilizaran en su contra. La legislación europea fue inflexible para castigar a los infractores.

“Los indios y los mestizos, aun el descendiente de reyes o de españoles influyentes, no podían ser caballeros, pues serían enjuiciados bajo pena capital” y esa amenaza o advertencia era repetitiva, e incluso, la condena se extendía hacia los que montaran burro o mula y peor aún, si andaban armados.

Pero, en la vida práctica los indígenas atendieron junto con los mestizos las necesidades de los campos ganaderos en la parte del Estado de México que después se convirtió en Hidalgo, y para ello forzosa y necesariamente tenían que montar a caballo, pues no había humanamente otra forma de arriar vacas y corceles y menos domarlos, llevarlos a herrar o que los marcaran con el fierro caliente.

## LOS HIERROS

Por cierto, dos datos curiosos de 1529: sólo había 24 hierros registrados y las herraduras de los caballos eran de plata, porque salían más baratas que las de acero, debido a que este metal era de importación y su precio era más alto.

En fechas tempranas del siglo XVI, en la Nueva España, la población de equinos y bovinos aumentó considerablemente, debido a la fuga de animales que se salían de sus corrales para huir a las montañas, selvas o campos naturales de agostadero.

Así, nacieron gran cantidad de descendientes y los indígenas se dedicaron a atraparlos y domarlos para su servicio, sin que las autoridades pudieran hacer nada por evitarlo.

¿Fue ese el principio de la charrería? La práctica hace al maestro y los indígenas, entusiasmados, no se bajaban del caballo ni por casualidad y adquirieron gran experiencia

Por cierto, un equino excelente de color castaño algo claro y muy buen corredor, que le llamaban “El Arriero”, y una yegua castaña que parió en el navío, fueron los responsables del primer potro nacido en México, y el hecho se señala en 1559.

Por el lienzo de Tlaxcala, se conocen las 17 marcas de fierros y los caballos se herraban del lado de la garrocha.

Aunque sin descripción, participaron más caballos en la Conquista de México. En efecto, la pequeña tropa de Cortés tuvo refuerzos. Apenas fundada la Villa Rica de la Vera Cruz, llegaron y se le incorporaron Francisco de Saucedo con un caballo y Luis Marín con una yegua. Y luego hubo 16 más.

Los caballos traían un arnés o armadura llamada barda; era de baqueta o de fierro o de ambas cosas, y les protegía cabeza, cuello, el pecho, parte de las piernas y las ancas.

La silla brida tenía menos altos los borrenes, con estribos largos, siendo anchas las camas de freno; a la brida montaba la caballería pesada. La silla media, entre la jineta y la brida, así como al modo de

andar en ella se le decía bastarda. La silla estradiota tenía borrenes en que se encajaban los muslos, los estribos eran largos y anchas las camas de los frenos. El jinete cabalgaba con las piernas extendidas.

Los caballeros usaban espada, puñal y una lanza; la jineta era corta, con el hierro dorado, y a veces con una borla en la guarnición. La estradiota era muy larga, con dos tiras de hierro hacia abajo y llevaba una arandela para resguardar la mano.

Los caballeros portaban armadura, a veces mallas, yelmo y rode-la. La caballería fue un arma de gran provecho en la Conquista, y aun muchos años después, exploraba e iba al descubierto a buen trecho de los infantes. Existen unos estribos hallados en los médanos de Veracruz: son romos por la parte que roza la barriga del caballo, y hacia afuera y por debajo del pie llevan cuchillas; se comprende por qué los jinetes también se defendían con los pies.

## EL INICIO

Todas y cada una de las suertes que dan forma al deporte charro tuvieron su origen en los campos de Apan, en tiempos de la Conquista y la Colonia (1519-1810) aun cuando los indígenas sufrían la pena de muerte si se les sorprendía montando a caballo. Sin embargo, hombres como fray Pedro de Barrientos y Sebastián de Aparicio (considerado el padre de la charrería) impulsaron a los nativos, burlaron esa ley y enseñaron a los naturales el arte de la monta y la crianza del ganado, ya que en el siglo XVI el auge de la ganadería era vital. El mestizo se convirtió en un diestro y experimentado jinete que creó, dentro de las faenas campiranas, herraderos, capaderos y tuzaderos.

Por ese tiempo, Sebastián de Aparicio adquirió la Hacienda de Careaga —entre Azcapotzalco y Tlalnepantla, en el Estado de México—, donde se dedicó a la agricultura y la ganadería, enseñando a los indígenas una nueva actividad: la doma de bovinos y la de los equinos, a pesar de la prohibición.

El nuevo oficio se extendió floreciente desde la Mesa Central a todos los confines del Virreinato con el nombre de Charrería. De Aparicio, a los 71 años de edad, donó sus propiedades al convento de Santa Clara en el Estado de México.

Para 1555, a mediados del siglo XVI, el segundo Virrey de la Nueva España, Don Luís de Velasco, puso en uso una montura distinta a la que usaban los españoles y surgieron las primeras sillas mexicanas y los primeros frenos de estilo diferente, con características propias para las necesidades

A finales de 1555, los caciques otomíes Nicolás Montañés, Fernando de Tapia y el instructor fray Pedro Barrientos, contribuyeron en la doma de los potros salvajes, lo que puede considerarse como otra parte de la cimentación de la charrería.

Pero no fue sino hasta el 16 de noviembre de 1619, en la primera mitad del siglo XVII, cuando el Marqués de Guadalcázar, Don Diego Fernández de Córdoba, por mandato del virrey Luis de Tovar Godínez, otorgó su autorización al padre jesuita Gabriel de Tapia –procurador de la Compañía de Jesús– para que 22 indios montaran a caballo y así poder cuidar y pastorear más de 100 mil cabezas de ganado menor pertenecientes a la Hacienda de Santa Lucía, filial de la de San Javier, en el Distrito de Pachuca.

Combinaron la charrería con las peleas de gallos. Así nació la charrería en las haciendas del hoy Estado de Hidalgo, y luego pasó a Puebla y al Estado de México, extendiéndose más tarde por toda la Nueva España y floreciendo en el Virreinato de la Nueva Galicia –actual Estado de Jalisco y sus alrededores–. Poco a poco la monta de caballos empezó a generalizarse entre los habitantes de nuestro país, pero fue en las haciendas donde los caporales hacían gala de su pericia y destreza en el manejo de los animales, consumando útiles y valiosas maniobras con arrojo.

En la Guerra de Independencia, iniciada por Don Miguel Hidalgo en 1810, fue conocida la valentía y pericia con los caballos de los llamados chinacos, los insurgentes a caballo, otro de los antecedentes de la charrería.

En 1880 la charrería ya se había vuelto profesional y se iniciaron las competencias incluyendo grandes apuestas.

## TAUROMAQUIA

Las carreras parejeras se combinaron entonces con las peleas de gallos, que habían iniciado los árabes mucho tiempo antes y, como uno de los grandes líderes, apareció el famoso Ponciano Díaz, originario de la Hacienda de Atenco, en el Estado de Hidalgo –la primera ganadería que se estableció en América–, quien además de impulsar la charrería como espectáculo, la combinó con la tauromaquia, convirtiéndose en el primer rejoneador mexicano que ejecutó la suerte de banderillas a caballo.

Así, al poco tiempo, Ponciano integró un equipo formado por los hermanos Agustín y Vicente Oropeza, Celso González, Vicente Conde y Manuel González Aragón, con los que viajó a España en 1889 a dar una exhibición de charrería y toros al estilo mexicano.

En 1894 se reunió en Monterrey un grupo de 12 charros capitaneados por Vicente Oropeza para efectuar una gira por Estados Unidos, iniciando en Nueva York, para recorrer otras ciudades en donde tuvieron gran aceptación. A Oropeza los norteamericanos le dieron el calificativo de Campeón de Lazo en el mundo, sorprendidos de la maestría y destreza con que floreaba y lazaba.

En 1900 hubo otra expedición a Europa, iniciando en París.

Si bien la charrería se inició en Hidalgo, poco a poco se extendió hacia otros países, entre los que continúan Argentina, Colombia, Venezuela, Chile, Canadá, España, Francia, Portugal y la Unión Americana, en donde hay una población mexicana documentada de 25 millones y cinco millones de indocumentados.

Inicialmente, en Estados Unidos, básicamente en el Estado de Texas, la charrería compitió con el rodeo exitosamente, pero cada quien se quedó con sus costumbres.

De exhibición, la charrería se convirtió en deporte y hasta la fecha ha mantenido activa toda una industria relacionada con la sastretería, sombrerería, platería, zapatería, talabartería, curtiduría, fabricación de sarapes, fustería, elaboración de reatas, herrajes, bordados y trabajos en pita.

La indumentaria sigue igual que como en las primeras demostraciones que, además, en esos tiempos era sinónimo de elegancia y gallardía como lo es actualmente

Adentrándose en el tema de la charrería, resulta interesante hasta para tomarlo como un tema para un programa cultural, a nivel escolar, por tratarse de un valor histórico muy importante.

La charrería fue declarada “Deporte Nacional” por el Presidente de la República Don Manuel Ávila Camacho el 14 de septiembre de 1943, fecha en que se instituyó el “Día del Charro”.

La primera asociación nació en el Distrito Federal, con el nombre de “La Nacional”, el 4 de junio de 1921. El 29 de abril de 1923, surge la segunda asociación de la República con el nombre de “Club Nacional de Charros Potosinos”, ahora Potosina de Charros en la capital del Estado de San Luis Potosí y, el 8 de agosto de 1923, en Toluca, la tercera, como Asociación de Charros del Estado de México.

El 16 de diciembre de 1933 se funda la Federación Nacional, que se dio a la tarea de agrupar a todas las asociaciones del país, para organizar competencias y elaborar un reglamento común que unificara criterios en la práctica de este deporte nacional.

El deporte de la charrería está catalogado como uno de los más completos, porque se practica al aire libre y en él se activan todos los músculos del cuerpo al comenzar el movimiento del caballo, o al aplicar la fuerza de poder a poder con los animales que están siendo sometidos.

Este es un deporte en el que los charros están por “amor al arte”, debido a que no perciben beneficios económicos por sus actuaciones, e incluso ellos tienen que financiar sus traslados si la competencia es en otra ciudad y soportan el gasto del mantenimiento de sus caballos, que no resulta barato.

Anualmente se celebran competencias estatales y el Congreso Nacional, donde se eliminarán entre todos los de la República, para seleccionar a los mejores equipos del país.

La charrería está considerada como reserva del ejército en la rama de caballería, por lo que además de la disciplina deportiva, existe la obligación de observar ciertas normas adicionales al deporte.

En la charrería está reglamentado hasta el modo de vestir con propiedad, pues los colores en la práctica deportiva deben ser serios y se eliminan los llamativos.

Los adornos de las chaquetas deben ser sobrios y de buen gusto, pues en estos tiempos lo más sencillo es lo más moderno, a excepción de aquellos trajes y pantalones “cachiruleados” o adornados en artesanal combinación de gamuzas cortadas con maestría y esmero, lo que resulta ser una valiosa obra de arte.

La camisa, cuando se usa con traje, debe ser clara, estilo charro, con botones de hueso en forma de pequeños bolillos alargados, a los cuales se les denomina “tarugos”, tomado el nombre de los trozos de madera prismática que se usaba en algunos pisos antiguos.

La corbata debe ser en forma de moño y el color rojo es el único permitido, por ser alegre y combinarse con todo.

Los zapatos deben ser de una pieza y contar con tacón plano espuelero. Cafés en sus distintas tonalidades, grises o negros sólo con traje muy oscuro y de preferencia cuando no se necesite montar.

Actualmente existen cinco atuendos reglamentados por la Federación: el de Faenas, Media Gala, Atuendo de Gala, Gran Gala y Etiqueta (estos dos últimos propios para usarse en ceremonias o fiestas de noche)

Lo menos que debe usar quien practique la charrería es el traje de Faena. Este consiste en un sombrero liso de fieltro o palma, camisa estilo pachuqueño, de cuello pegado o corto, tipo militar, pantalón de corte charro, aunque sea sin adornos, botines estilo charro, corbata de moño en color rojo, espuelas y chaparreras.

En otros tiempos no había tantos escrúpulos en el uso del atuendo charro, porque estas actividades se desarrollaban sólo en el cam-

po, pero ahora debe presentarse el charro vestido lo mejor posible, o sea con la mayor propiedad, conservando así la tradición y una personalidad uniforme de categoría y buen gusto. El pelo largo está prohibido por el reglamento.

La palabra *charro*, que en México describe al jinete tradicional, tiene diversos orígenes y acepciones: se utiliza en Salamanca, España, como gentilicio local y proviene del idioma vasco: “txar”, que significa “rústico”, y por otra de “*chauch*”, que en el mozárabe andaluz significaba “pastor” o “jinete”, siendo esta última de la que probablemente derivan tanto la palabra *gaucho* como *charro*.

Como escuela hípica-rural, la charrería se origina en los llanos de Apan, Hidalgo. Como deporte surge tras la reforma agraria de principios del siglo XX, cuando los antiguos terratenientes emigran a las ciudades, principalmente de México y Guadalajara.

Elas se organizan en asociaciones de charros que gradualmente se extienden por todo el país dando lugar a la charrería organizada. Esta práctica está basada en las actividades tradicionales de la ganadería, como ha sucedido en otros casos, ya que las actividades ecuestres y ganaderas son el origen de deportes en varios países de América y del resto del mundo: rodeos, toros, coleados, rodeo chileno, gauchadas, corridas de toros, carreras parejeras, etcétera

Se puede imaginar que, cuando los indios y los mestizos, al principio considerados bastardos, quedaron frente a los caballos y los bovinos, tuvo lugar la más remota escena charra y cuando se integraron a las faenas campiranas, primero a pie y luego montados, ofrecieron el más antiguo cuadro de la charrería mexicana, que nació en forma modesta y con previo permiso oficial.

Con el tiempo, el jinete mexicano se haría famoso por su destreza como vaquero, pero hubo de pasar mucho tiempo para que formara parte de la civilización a caballo, ya que la discriminación racial retrasó el proceso; sin embargo, desde el siglo de la Conquista, se reconoció en España la calidad de nuestros primeros jinetes.

En 1619, el virrey Luis de Tovar Godínez otorgó el primer permiso escrito para que 20 indígenas en la Hacienda de San Javier, Pachuca, actual capital de Hidalgo, “pudieran montar libremente caballos con silla, freno y espuelas”.

Las necesidades rurales variaron las circunstancias, pues se precisó de la ayuda de los naboríes para la guerra y los servicios rurales.

Dentro de los precursores de la charrería en México, se reconoce a Sebastián de Aparicio (1502-1602). Sebastián llegó a la Nueva España en 1532, y fue constructor de caminos. Más tarde, adquirió una hacienda en Puebla dedicándose a la ganadería y la agricultura, así como amansador e instructor de actividades relacionadas con la domesticación y aprovechamiento de las bestias para el tiro, la carga y la silla. Sebastián de Aparicio murió en su Hacienda de Puebla en 1602.

En el siglo XIX, durante la época de la Colonia, los terratenientes, poseedores de ganado y propietarios de grandes extensiones de tierra, fueron los mayormente beneficiados con la economía rural, para la cual, requirieron de gran cantidad de trabajadores.

Las haciendas prósperas llegaron a emplear centenares de peones permanentes, un tanto eventuales y en menor cantidad de arrendatarios y de aparceros que estaban en los límites de las haciendas, esparcidos en rancherías o congregaciones y en pequeños caseríos.

El agro mexicano giró durante varios siglos en torno a la economía de las haciendas, predominando aquellas criadoras de ganado mayor. Surgió una escalada de trabajadores protagonistas de hechos que darían origen al charro y a la charrería.

Los trabajadores de las haciendas, teniendo mayor injerencia la población de libre movilidad como los arrendatarios, aparceros y rancheros, dejaron grata memoria escrita de aquellas faenas campearas, finalizadas en festejo, conocidas como rodeos.

Conforme a lo reglamentado en 1574, el rodeo era una batida circular que hacían los vaqueros montados en sus caballos para bajar el ganado de las serranías y concentrarlo en un punto donde se haría

la selección de animales, ayudándose de largas puyas con punta de hierro, similares a las garrochas.

Los animales sin marca “orejones” se repartían entre los distintos “señores de ganado”, y los de marca desconocida eran entregados a los representantes de las autoridades virreinales como bienes mostrencos.

La faena de amansar y arrendar o hacer a la rienda los caballos que, como el ganado bovino se habían multiplicado en estado semisalvaje en las grandes planicies, requería de hombres diestros y entrenados.

Para separar el ganado que vagaba sin reconocer límites de la hacienda a la que pertenecían, se designaba un sitio llamado rodeo. Ahí se reunían para contar, reconocer y vender el ganado mayor.

Enseguida los vaqueros marcaban a las bestias con el hierro del hacendado en sitios especialmente designados, ocasión que se convertía en una celebración colectiva.

Nacieron entonces los herraderos y así algunos animales eran elegidos para la agricultura o el transporte, y se procedía a caparlos para facilitar las labores.

La actividad conocida como “coleadero” surgió como una necesidad, pues a menudo, las haciendas tenían demasiado ganado; una vez que los animales estaban separados, los vaqueros acostumbraban derribarlos, tirándolos por la cola. Surgía así entre los jinetes un enfrentamiento amistoso y deportivo.

## ANDANZAS Y FAENAS...

Durante las dos primeras décadas del siglo XX tenían todavía lugar los rodeos, llamados desde entonces jaripeos.

En el corral mayor se llevaba a cabo la concentración de animales para iniciar la selección en dos pequeños corrales anexos y realizar las tareas de conteo, herraje y capazón, implicando la participación

de experimentados jinetes, muy hábiles en el manejo de las reatas para las lazadas de los animales. A los jaripeos se invitaba a connotados charros, expertos en las lides de lazar, colear y jinetear el ganado. Participaban también los señores hacendados y el espectáculo era presenciado por sus familiares y por la población ranchera de los alrededores.

Para dar de comer a toda esa concurrencia, eran sacrificados tres o cuatro novillos y se preparaba una succulenta carne acompañada de las populares tortillas recién hechas

No faltaba el tequila en botellas o bules que se acostumbraba beber a boca de botella, pasando de mano en mano. El tequila era traído de las tabernas cercanas que lo producían. La música daba el último toque a la fiesta campirana amenizada por un conjunto de mariachi de alguno de los ranchos próximos.

Entre los de a caballo, no faltaban los desafíos de tirar una botella al suelo, y a carrera tendida, levantarla sin caer de la montura

## PROTAGONISTA EN LA HISTORIA

A lo largo de la Colonia y en la época de la Independencia, abundaron los hechos importantes de nuestra historia en los que el hombre a caballo jugó un papel de vital importancia, tanto en las luchas como en el mantenimiento de la paz, y gracias a sus hazañas los charros consolidaron su figura. El antecedente de cómo se fue conformando la charrería como grupo importante, se remonta al siglo XVIII, cuando un contingente de soldados llamados “Dragones de la Cuera”, vigilaban los presidios desde Bahía Matagorda, en el Golfo, hasta el río Sacramento, en California del Norte. El grupo protegía a la Nueva España de las invasiones de los indios bárbaros, allá por 1730.

De la vestimenta de estos soldados, sobresalía la cuera de ante, que resultaba resistente a las flechas y hacía las veces del “escahuipil” de la época prehispánica.

Esta prenda tenía mangas y llegaba hasta las rodillas; estaba acorcinada por dentro con piel de borrego y era usada con un cinturón de piel cruzado al pecho. En las bolsas de la cuera estaban bordadas las armas del rey.

## EL CHINACO

Durante la Guerra de Independencia se les nombraba “cuerudos” y eran *chinacos* conocidos por su habilidad con el manejo de la reata para lazar “realistas” en la región del Bajío. Consumada la Independencia, la personalidad del charro, aguerrido y poderoso, surge para dominar las fuerzas de la naturaleza y acrisolar la riqueza de nuestro recién nacido país. Durante la guerra de 1847, los charros no sólo usaban con maestría la reata y el machete. Don Pablo de Verástegui, hacendado de Río Verde, convocó a una guerrilla contra el invasor ejército norteamericano.

Durante el porfiriato se hicieron famosos los “Rurales”, un cuerpo de voluntarios cuya misión consistía en perseguir a los ladrones y a los asaltantes que asolaban el campo mexicano, haciendo intransitables los caminos de México. El grupo estaba formado por hombres que vestían como charros, con la clásica indumentaria, portando sombrero gris galoneado en plata. Como parte de la Secretaría de Guerra participaban en los desfiles del 5 de mayo y 16 de septiembre y eran ovacionados por la concurrencia.

Durante la época de la Revolución y el reparto agrario, varias haciendas desaparecieron o quedaron fraccionadas y es cuando se inicia el éxodo masivo del hombre de campo hacia los centros urbanos.

Con nostalgia, tanto el antiguo hacendado como sus caporales y vaqueros buscan un lugar en dónde recrear las faenas campiranas que orgullosamente habían desempeñado en las haciendas, las estancias y los ranchos. Así nacen las asociaciones y lienzos cha-

ros y la charrería se convierte en deporte nacional y espectáculo sin precedente.

El notable historiador Luis Pérez Verdía, en su libro *Historia particular de Jalisco* (1911) hace referencia al ranchero rico que “usaba vestido de cuero o de género de lana, mangas o sarape de estambre o de Saltillo, que alcanzaba el precio de una onza de oro, botas de montar llamadas de campana con ataduras de cuero o fuertes cintas de color y sombrero de ancha falda...”

El traje charro tiene, entre sus antecedentes, los atuendos de los jinetes hispanos, quienes hacían prendas verdaderamente extraordinarias, especialmente suntuosas, con adornos de plata y oro. Según algunos historiadores, su origen principal está en el traje de Salamanca, España, al que también se llamaba “charro”.

## MAXIMILIANO

Maximiliano de Habsburgo fue sin duda uno de los grandes promotores del traje de charro. En sus viajes, el emperador se hacía acompañar por “gente de a caballo” que lucía con mucho orgullo su indumentaria. Maximiliano prefería la chaquetilla corta sin adornos y el pantalón ajustado con botonadura de plata; el sombrero que complementaba su atavío era de ala planchada galoneada en plata, así como la toquilla del mismo material.

Para los patrones, se confeccionaban sarapes y jorongos, con pantalones de jerga en blanco y negro. Los peones, además de chaquetas, calzoneras y pantalones de cuero, usaban pantalones de jerga en rojo y negro. Las mujeres eran las encargadas de bordar las camisas de padres, hermanos y novios. A los sombreros se les fueron agregando bordados distintos que hacían juego con el resto del traje: dibujos de flores, águilas, búhos o serpientes; todo en oro o plata, según los gustos y las posibilidades del dueño.

El atuendo charro ha tenido dos etapas importantes: la época de Maximiliano y la actual.

El más elegante de todos, se utiliza en ocasiones muy especiales, pero nunca a caballo.

Como parte importante del traje de charro, las espuelas fabricadas en Amozoc, Puebla, “cuyo pavón no borra el tiempo, ni el andar maltrata...”, según reza el refrán popular, mantienen vigente la herencia del diseño árabe y español.

El atuendo del caballo, con sus arreos, hace juego con la vestimenta de su dueño.

La silla ha sufrido modificaciones, conforme fueron surgiendo nuevas labores con el ganado. La anquera, descendiente de la gualdrapa, que es como unas enaguillas de cuero grueso que cubre el anca del caballo y va ribeteada alrededor de su parte baja con zarcillos o brincos, hermosamente calados, de los cuales cuelgan algunos adornos llamados “higas y cascajos” a los que la gente de campo llama “ruidosos”. Este aditamento sirve para amansar al potro y asentarle el paso y es muy útil para ayudar a su educación, además de que lo defiende de las cornadas de los toros.

Durante la Revolución Mexicana, mucha gente del campo, gente de a caballo, se unió al movimiento en varios estados, viéndose en la necesidad de suspender sus labores campiranas. Concluido el periodo revolucionario y debido, entre otras causas, a la desaparición de las haciendas ganaderas, se continuó ejercitando la charrería, pero ya no como una necesidad, sino como deporte.

El traslado de las esencias charras y campiranas a las urbes motivó la creación de las asociaciones y como consecuencia la construcción de los lienzos como lugares idóneos para cumplir con los reglamentos y formalidades de los eventos; hoy existen más de 650 lienzos charros en toda la República mexicana.

Ante la preocupación de los charros por la difusión de su arte, el orden y el respeto de los estatutos, se iniciaron pláticas para crear una Federación Nacional de Charros, misma que se fundó en la Ciudad

de México el 16 de diciembre del año de 1933. Esta institución central de la charrería organizada agrupa, en la actualidad, a más de 1 500 asociaciones debidamente constituidas y diseminadas por todo el territorio nacional.

La charrería hoy en día, reserva armada del ejército, es símbolo de patriotismo y mexicanidad, razón por la cual se les autoriza concluir las paradas militares del 16 de septiembre y participar en diversos desfiles y eventos cívicos que se realizan con motivo de festejos a la patria.

El charro, comprometido con su país, ha ido perfeccionando y depurando las faenas campiranas, dando lugar a un deporte espectáculo, ya que en él se funde la tradición con la valentía, el peligro con la gallardía, la caballeridad con el compañerismo, lo cual como resultado da una charreada

La charrería por otra parte está relacionada con la sastrería, sombrerería, platería, zapatería, fustería, talabartería, curtiduría, fabricación de sarapes, elaboración de reatas, herrajes, bordados y trabajos en pita.

Es el único deporte en el cual pueden quedarse a deber puntos, por no ejecutar las suertes bien, de tal modo que su resultado podría ser de 0 por no ejecutar la suerte, menos los puntos negativos que acumule como sanción por hacerlo además mal.

## LAS 10 SUERTES CHARRAS

La fiesta charra se inicia con el desfile general de los charros participantes y de las amazonas de alguna escaramuza, quienes recorren en sus corceles el ruedo y rinden honores a la bandera.

**Cala de caballo.** Primera de las suertes que requiere gran disciplina y entendimiento entre jinete y cabalgadura, ya que se demostrará la buena rienda y mansedumbre del animal, comprenderá brío, buen gobierno, estribo, andadura, postura de cabeza y cola, etc.; se

toma en cuenta la velocidad, manera de meter las patas y las huellas que haya marcado el caballo al rayar en tres tiempos como máximo.

Detener la carrera de una yegua a galope tendido por el lienzo del corral al ruedo lazándole las patas, el jinete montado y teniendo tres oportunidades el lanzador a una distancia de cuatro metros como mínimo.

**Coleadero.** El charro montado cuenta con 60 metros para derribar un toro en plena carrera tirándole de la cola, realizando movimientos reglamentarios, como saludar con la mano derecha en la lorenzana (orilla del sombrero), “pachonea” que consiste en dar una nalgada al toro, agarrando la cola del animal y enredándola en la pierna derecha, accionando y abriendo el caballo, estirándolo para provocar la caída del vacuno dependiendo de ésta, y la menor distancia, la puntuación.

**Jineteo de toro.** Consiste en montar un toro detenido de un “pre-tal”, que rodea el cuerpo del animal y provocar un mayor corcoveo. No cuenta el tiempo que dura el jinete montado sino que no caiga y que no sea ayudado por sus compañeros o una barda para bajarse.

**Terna en el ruedo.** Esta se compone de lazo a la cabeza, en donde tres charros tienen tres oportunidades para lazar el toro previamente jineteado, a la cabeza o los cuernos ganando puntos de acuerdo al floreo de soga que realice. Así como el pial en el ruedo, donde los dos lanzadores restantes deben lazar al animal de las patas traseras con las restantes oportunidades y condiciones de puntuación. Se cuenta con ocho minutos de tiempo para realizar ambos.

**Jineteo de yegua.** Montar una yegua bruta detenida de un pre-tal, donde el charro adorna su jineteo con el juego de piernas.

**Manganas a pie.** Conocida como “la parte romántica de la charrería”, ya que el charro elabora filigranas y giros en el aire con su reata para lazar una yegua de las patas delanteras o “manos” que pasa frente a él a toda velocidad y así derribarla, tirando su mangana a una distancia no menor de cuatro metros. El competidor cuenta con tres oportunidades.

**Manganas a caballo.** Es realizar la faena montado en su cabalgadura, florea su reata y derriba a la yegua lazándole las manos y amarrando la sogá en la cabeza de la silla. El charro cuenta con tres oportunidades. La calificación de la mangana depende del grado de dificultad que le imprima al floreo de reata previo a la presentación de la mangana, su cuaje y derribo, en el que la yegua deberá rendir costillar y paleta en el piso.

**Paso de la muerte.** Consiste en que el charro ejecutante, montando a pelo, deberá pasar a los lomos de una yegua bruta que corre alrededor del ruedo a galope tendido, sujetándose de las greñas y con las piernas abarcando la panza del animal, debiéndose bajar hasta que deje de reparar. El charro tiene tres oportunidades para realizarla y es ayudado por tres compañeros cuando es necesario arrear al animal.

**La escaramuza charra.** Se conoce al conjunto de ejercicios ecuestres que a galope realiza un grupo de niñas o señoritas vestidas de rancheras mexicanas y montadas al estilo a mujeriegas. La mujer del charro y su familia se integran a esta bella práctica y contribuyen a la solidez de la sociedad, y hacen una fiesta jalisciense y mexicana sin igual, que conserva la riqueza pura de nuestras tradiciones. De esta forma se cierra esta fiesta que demuestra la destreza y disciplina necesaria para mantener viva la charrería que, hoy por hoy, se ha convertido en la imagen de México y en el único deporte nacional por excelencia.

## LOS ORÍGENES DEL CABALLO

Los primeros ejemplares de caballos se localizaron en América del Norte, donde habitó hace 55 millones de años el *eohippus*, su antecesor equino, de menor tamaño, entre los 20 y los 40 centímetros de altura, con cuatro dedos en las extremidades anteriores y tres en las posteriores, pero al evolucionar aumentó su altura hasta los 115 centímetros y perdió sus dedos hasta hacerse monodáctilo.

Poco a poco su único dedo se endureció hasta desarrollar pezuñas

Con el tiempo crecerían sus mandíbulas, desplegándose hasta llegar a la especie denominada *equus*, de donde le viene el nombre de *equinos*. Esta teoría no ha sido aceptada por la totalidad de la comunidad científica, aunque sí es la más extendida.

La época de los glaciares provocó que el *equus* dejara las tierras de Norteamérica, cruzara por las congeladas aguas del estrecho de Bering, que separa Asia y América por Rusia y Alaska y se instalase en las estepas asiáticas.

En el Pleistoceno (hace dos millones de años) se puede ubicar la aparición del caballo que existe en la actualidad. Los equinos acabaron por extinguirse en América hasta la llegada de los españoles, que trajeron con ellos caballos y algunas parejas con lo que se logró la repoblación.

Uno de los padres genéticos del caballo actual es el caballo de Przewalski, que procede precisamente de Asia y que se extendió también por África. Por Europa se extendería un Przewalski de perfil recto y que daría lugar a las diferentes razas europeas de caballos.

En la actualidad sólo existen 300 ejemplares de caballos Przewalski y todos ellos viven en cautiverio. Incluso, algunos zoólogos advierten que está completamente extinto en vida salvaje

El proceso evolutivo del caballo también daría lugar al asno, aunque de momento no se ha podido determinar el momento exacto de su aparición. El hombre pronto descubrió la valía del mismo como animal doméstico y de carga. El burro andaluz descendería de los équidos africanos y los asnos castellano-leoneses y catalanes, de los caballos asiáticos.

Los romanos fueron una de las civilizaciones que más importancia le concedió a la cría del caballo y, sobre todo, de los mulos, muy útiles para el transporte de mercancías y las tareas agrícolas. De hecho, otras civilizaciones invasoras de la península Ibérica, godos y árabes, llegarían a desarrollar su ganadería hasta convertirla en grandes manadas y una industria próspera.

La necesidad de caballos para las batallas de la Reconquista llevó al estancamiento de la cría de la mula y de los borricos. Esta actividad acabaría siendo prohibida hasta bien entrado el siglo XIX. En la actualidad, el caballo se ha convertido en la raza equina más popular, en detrimento de mulos y asnos los que, tal y como los conocemos hoy en día, aparecieron en las llanuras africanas aproximadamente cuatro millones de años atrás.

Cuando los humanos devoraban todo tipo de animales que encontraban a su paso, se convirtieron en depredadores de los caballos, a los que pusieron en peligro de extinción, pero al darse cuenta de la gran ayuda que le prestaban en el transporte, cacería y trabajos, prefirieron cuidarlos y protegerlos, lo que facilitó la integración y la cooperación de ambas especies para el bien común.



## HISTORIA DE LA MINERÍA



Los socavones

### UN REPASO POR LA MINERÍA

La sorpresa debió haber sido mayúscula. Un soldado carpintero lanzó el golpe con un zapapico contra la pared y, en respuesta, se le vino encima un pedazo de muralla y todo un tesoro. Sin querer, había descubierto las bodegas de las riquezas del emperador Moctezuma II, mientras buscaba un recoveco en el palacio de Axayácatl en donde construir un pequeño nicho para la imagen de Nuestra Señora de Fátima.

Así, ni tardo ni presuroso, corrió de inmediato en busca de Cortés para darle a conocer el maravilloso hallazgo, lo que abundó más en la ambición de éste, ya de por sí crecida desde su arribo al puerto

de la Villa Rica de la Vera Cruz, en donde había sido recibido con valiosos regalos de oro y plata enviados por el propio Emperador, creyéndolo un enviado del Dios Quetzalcóatl.

Cortés había arribado a Tenochtitlan el 8 de noviembre de 1519, días después de haber llegado a la Villa Rica de la Vera Cruz, en Semana Santa, con un ejército que consistía en 11 naves, 110 marineros, 553 soldados (32 ballesteros y 13 arcabuceros), 10 cañones pesados, 4 culebrinas ligeras, 4 falconetes, 16 caballos, unos 200 indios y negros como auxiliares de tropa, algunos perros.

Esa fue la primera noticia del gran valor de los metales preciosos. Los soldados se dedicaron a cambiar cuentas y espejitos por piezas de metales preciosos, lo que también les despertó la ambición y les auguró grandes riquezas.

Moctezuma hospedó a Cortés y sus capitanes en el palacio de Axayácatl.

En los días siguientes, los españoles visitaron la gran capital azteca, así como el gran cu (templo) de la ciudad gemela del imperio, Tlatelolco, y su mercado, más del doble de extenso que la Plaza Mayor de Salamanca, considerada en aquellos tiempos como la más grande de la cristiandad.

Alojados Cortés y sus capitanes en el palacio, se les ocurrió construir una capilla propia y, puesto que Moctezuma se había negado a que la erigieran en el cu de Huitzilopochtli, resolvieron levantarla en sus alojamientos, y fue como quedó al descubierto el gran tesoro, que a pesar de haberles avivado una mayor ambición, lo mantuvieron intacto para no ser descubiertos.

Les inquietó entonces la posibilidad de ser asesinados.

Cuatro capitanes y doce soldados se presentaron a Cortés para hacerle ver la conveniencia de secuestrar al emperador, manteniéndolo como rehén, para que respondiera con su vida de la seguridad del ejército. No se tomó de momento ningún acuerdo, pero una noticia precipitó la resolución.

En las cercanías de la Villa Rica de la Veracruz, ocurrió la batalla de Nautla, de los mexicas dirigidos por Cuauhpopoca y los totonacas, aliados de los extranjeros, y en el conflicto pereció Juan Escalante, alguacil mayor y siete iberos más, lo que les descubría como mortales y que podían ser vencidos.

Además, un soldado llamado Argüello murió en el camino por las heridas y su cabeza fue enviada al emperador azteca, quien no quiso recibirla.

Todo ello cambió el panorama. Moctezuma cayó prisionero de los españoles y Cortés lo amenazó de muerte y exigió que los caciques autores de la agresión en Veracruz fueran llevados a su presencia y confirmaron que obedecían órdenes de Moctezuma.

Los capitanes aztecas fueron sentenciados a morir en la hoguera.

El 24 de junio de 1520 el ejército de Cortés entraba nuevamente en la ciudad. El hermano de Moctezuma, Cuitláhuac, fue liberado para que gestionase la pacificación, pero hizo todo lo contrario y se unió al jefe de los caciques, llamado Cuauhtémoc, para atacar a los españoles. Cortés consiguió que Moctezuma tratase de apaciguar a los inconformes y que los dejaran salir.

Ahí existen dos versiones de la muerte de Moctezuma: una es que cuando el emperador hablaba a su pueblo, recibió una pedrada de los propios aztecas que lo hirió de muerte; la otra dice que Hernán Cortés ordenó matarlo cuando vio que no podía calmar al pueblo, si bien esta última versión fue aportada por los aztecas y se considera la menos probable.

Así, sin el emperador como escudo, los españoles, sitiados, veían disminuir el agua, las municiones y toda clase de víveres. La única salida era la retirada, lo que trataron de hacer subrepticamente, bajo un torrencial aguacero, el 30 de junio al 1º de julio de 1520, en aquel pasaje conocido como la *Noche Triste*.

En aquella retirada cayeron gran cantidad de hispanos, que al ir demasiado cargados con piezas de oro, murieron ahogados al tratar de cruzar un lago pantanoso, que se tragó, también, una buena can-

tividad de piezas de artillería y de caballos, así como gran parte del tesoro que se transportaba.

## TIEMPO DESPUÉS, LLEGÓ LA CONQUISTA

En una incesante lucha por la supervivencia, prisioneros de guerra, convertidos en esclavos, mexicas y aztecas dejaron su sangre y su vida dentro de los túneles de las minas de oro y plata, en busca de la gran riqueza que solo favorecía a sus verdugos.

Se inició la conquista mediante el exterminio. Hubo guerras crueles y sangrientas que nos llevaron a tres siglos de esclavitud.

Con el descubrimiento de América, se encontraron nuevas vetas de los codiciados metales, lo que permitió e impulsó no solo la conquista y colonización de las nuevas tierras, sino las expediciones a los lugares más recónditos e inhóspitos en busca de las preciadas vetas, que resultaron muy ricas en el Nuevo Mundo.

En México, la compañía Real del Monte y Pachuca tiene sus antecedentes en los primeros años de la Conquista y con los siglos su distrito minero se ha convertido en uno de los más importantes a nivel internacional.

Ha producido grandes cantidades de plata desde el siglo XVI hasta nuestros días, en forma ininterrumpida. Es la única empresa minera que desde sus orígenes y hasta hoy ha explotado, beneficiado y fundido el metal, y tiene, como muy pocas compañías, el derecho de quintar su producción.

Son 52 000 hectáreas de superficie de esa compañía, que comprenden 78 vetas productivas, de las cuales la más importantes es la llamada Vizcaína, la veta madre.

Sus 3 000 kilómetros de túneles unen subterráneamente todo el distrito minero de Real del Monte y Pachuca. En este, las vetas argentíferas se encuentran mezcladas principalmente con cuarzo, calcita y ocasionalmente con rodonita. La plata se encuentra como

argentita o sulfato de plata en cantidades limitadas y hay también en el distrito reducidas porciones de oro (por cada 200 gramos de plata, aproximadamente, un gramo del metal amarillo).

## ÉPOCA DE LA COLONIA

Los españoles llegaron a establecerse en esta región en 1524 donde había algunos asentamientos de origen otomí y chichimecas. El pionero fue el Capitán Francisco Téllez, al mando de 25 soldados y en una sesión de cabildo de la Ciudad de México, en 1527, se les dotó de un solar en la ciudad de Pachuca, lo que dio paso a la colonización de la zona en 1528. Esos primeros colonos hispanos se dedicaron inicialmente a la agricultura y al ganado menor.

## LA EXPLOTACIÓN MINERA

Cuenta la leyenda que los primeros feudos mineros en ser descubiertos fueron El Jacal y El Encino en 1551, pero no se advierte quién o quiénes fueron los que las destaparon, aun cuando se supone que pudieron ser soldados o frailes, porque ambos grupos llegaron con los conquistadores e indudablemente sabían de la existencia de los metales preciosos.

Lo que sí destaca la historia es que las primeras minas fueron a cielo abierto en Pachuca y Real del Monte, entre los cerros de Magdalena y San Cristóbal. Es un hecho que para 1552 ya existían varios denuncios formales en el distrito y que la vida pastoral y agrícola dejó paso al inicio de la historia minera de la región.

El auge minero, allá por la segunda mitad del siglo XVI, trajo como consecuencia que, en la época de la Colonia, se establecieran las bases estructurales en lo político, social y económico y así, Real del Monte y Pachuca fueron las primeras zonas a las que llegaron

incluso representantes de las autoridades para cuidar los intereses de la Corona, regular los denuncios y registros de minas y sobre todo asegurar el cobro de los derechos reales por concepto de explotación minera, así como para administrar justicia.

Se iniciaron de inmediato los programas de evangelización por lo que los indígenas fueron catequizados y comenzaron a brotar en las principales áreas iglesias, templos, parroquias y conventos.

Para fines del siglo XVI los franciscanos fundaron el convento de San Francisco de Pachuca y varios colegios de propaganda de la fe para adoctrinar la zona.

Desaparecieron gran parte de los bosques y dieron paso a la gran civilización que construyó casas y pueblos. El baluarte principal eran las minas que se empezaron a explotar a cielo abierto y con el tiempo se construyeron tiros y galerías que comenzaron a hurgar las entrañas de la tierra.

El hombre fue el mejor implemento de carga. Los tamemes sacaban el mineral o acarreaban agua para evitar las inundaciones y todo lo hacían con cestas o bolsas cargadas en la espalda sujetas con una banda de cuero en la frente.

Más adelante llegó la tecnificación. En las galerías más importantes se utilizó el malacate accionado por mulas o caballos, que agilizaban la extracción del agua o del mineral.

En cuanto a los descubrimientos científicos, en beneficio de la extracción de minerales, la gente debía de tener mucho cuidado, pues la podían acusar de brujería. Se da el caso de que fue precisamente en Pachuca donde se instrumentó una nueva técnica, sencilla y económica, que vino a revolucionar los sistemas hasta entonces conocidos y que fue ideada por el minero sevillano Bartolomé de Medina en la Hacienda de la Purísima el Grande, en el año de 1555.

El nuevo método, llamado de amalgamación o beneficio de patio, fue utilizado durante 350 años y revolucionó la minería de América y Europa.

La amalgamación permitió un increíble aumento en la producción de plata en el Nuevo Mundo, lo que convirtió a la España de finales del siglo XVI en la primera potencia económica del mundo.

La nueva técnica básicamente se realizaba de la siguiente forma: Las piedras minerales se acarreaban en bestias desde la mina hasta la hacienda de beneficio. Allí se trituraban con mazos o molinos movidos por animales o por agua, hasta quedar una arena muy fina. Con ella se hacían grandes montones en patios circulares al aire libre o bajo techo y se le agregaba agua, sal común, magistral (término empleado para designar la mezcla de piritas de cobre y hierro calcinado) y algunas veces cal.

A través de un lienzo fino se añadía mercurio o azogue, para que cayera en forma de rocío. Todo ello terminaba en una torta que se pisaba durante varios días, para amalgamar el mineral con el mercurio. Cuando la plata se empezaba a separar de los demás minerales, venía un cambio de color y se procedía entonces al lavado de las tortas en tinajas con agua separándose la pella o amalgama de plata de los lodos finos o lamas y los lodos arenosos o jales.

La pella se colocaba entonces en unas bolsas de cuero para exprimirla y formar unas piñas, las cuales se ponían en una pieza de cobre en donde se encendía el fuego. Con el calor, el mercurio se destilaba y la plata quedaba enteramente libre de los demás minerales, excepto del oro. Por último, el metal ya separado se sometía a la fundición.

La química de entonces no podía explicarse este fenómeno. Y como los alquimistas eran frecuentemente acosados por la Inquisición por creerse que tenían tratos con el demonio, era necesaria la intervención del Estado o de algún personaje importante para dar validez a los descubrimientos como algo científico.

El mismo Bartolomé de Medina menciona en un documento dirigido al Virrey Don Luis de Velasco, que solo mediante la intervención divina de la santísima Virgen tuvieron éxito sus esfuerzos. Medina fue protegido por el virrey, quien ordenó que en un periodo

de seis años nadie en la nueva España usara el sistema de patios sin pagar regalías a su inventor. La cuota fue fijada en relación con el número de esclavos que tuviera cada fundo minero. No obstante el éxito y la difusión que tuvo la amalgamación en todos los distritos mineros, Medina murió en la pobreza.

Al descubrirse este nuevo método de beneficio del mineral, las actividades mineras se desarrollaron con rapidez. A la zona de Pachuca, Real del Monte, El Chico, Ixmiquilpan y Zimapán fueron llegando gran cantidad de mineros, artesanos y comerciantes y sobre todo trabajadores nativos libres que ofrecían sus servicios como operarios asalariados en las minas. Pero la población indígena de la zona padeció, además de la esclavitud, la encomienda y el repartimiento, la obligación de soportar las epidemias, accidentes de trabajo, enfermedades provocadas por los minerales y las malas condiciones de seguridad, lo que inevitablemente provocó escasez de mano de obra nativa.

## EL PARTIDO

Los yacimientos de plata de Real del Monte y Pachuca, a pesar de su cercanía con la Ciudad de México, tardaron algunos años en ser descubiertos. Los documentos gráficos del archivo fundamentan la historia minera de la región desde 1556 hasta 1967, y lo convierten en el patrimonio más completo sobre el tema en México.

De las entrañas de los cerros hidalguenses se han extraído más de mil millones de onzas de plata y cinco millones de onzas de oro. ¿Qué es lo que queda de ellas? ¿Qué sabemos de quiénes las sacaron, amalgamaron y fundieron? ¿Cómo lograron semejante hazaña?

La apasionada y a veces dolorosa obsesión por los metales preciosos estaba por ser relegada para siempre al olvido, pero en 1987 un equipo de jóvenes comenzó a rescatarla. Gracias a la tenacidad y convicción de mucha gente, este esfuerzo inicial desembocó en la

consolidación del Archivo Histórico y Museo de Minería, una asociación civil que guarda el único acervo de su índole en la nación.

En 1993 iban remodelando el edificio a la vez que rescataban maquinaria antigua. En perfecto estado de conservación, los camiones de principios del siglo XX, conocidos como “cotorras” por sus vivos colores, comparten el jardín con una grúa de 80 toneladas, un malacate, una escultura moderna y otros objetos. Dividido en seis fondos, sus más de 1 800 metros lineales de documentos y 10 000 gráficas fundamentan la historia minera de la región desde 1556 hasta 1967, convirtiéndose en el patrimonio más completo sobre el tema en México y en un verdadero tesoro para quienes se interesan por el pasado de nuestro país. Siempre considerada como uno de los pilares de la economía, la actividad minera es una radiografía de cada época de la historia nacional. El Fondo Colonial (1556-1824) incluye correspondencia de los tres primeros Condes de Regla, así como facturas de compra-venta de esclavos, libros contables e informes de producción. Aquí aparece el nombre del sevillano Bartolomé de Medina, quien perfeccionó el sistema de amalgamación en los patios de la Purísima Grande. Aunque el azogue usado causó muchas muertes por envenenamiento, este método revolucionó la minería en toda América y propició una producción cada vez mayor.

Los documentos relacionados con el tumulto de 1766 también son de gran interés histórico, ya que constituyen el primer antecedente de una huelga obrera en México. En este caso, los barreteros lucharon por defender el partido, un sistema de pago mediante el cual el operario ganaba un porcentaje del mineral que extraía después de cumplir con una producción mínima o tequio, establecida por el dueño de la mina.

Pero el Conde de Regla, don Pedro Romero de Terreros, no se conformaba con eliminar el partido, también pretendía aumentar el tamaño del costal de mineral y reducir el número de velas permitidas, lo que provocó una fuerte oposición de los mineros. A pesar de la voluntad del gobierno colonial de llegar a un acuerdo, los problemas

duraron más de nueve años, hasta que el virrey Bucareli ratificó el partido como forma de pago, una práctica común hasta el siglo XIX.

La época correspondiente al Fondo Siglo XIX (1824-1906) empieza después de la destrucción y fuga de capitales causadas por la Guerra de Independencia. Ya abandonadas e inundadas las minas, los ingleses, ansiosos de extender su poderío, llenaron el vacío dejado por la retirada española, con capital y con más de 1 500 toneladas de equipo traídas en barco desde Inglaterra.

Tras un viaje epopéyico llegó a Pachuca por tren, desde el puerto de Veracruz, la primera máquina de vapor de balancín, del tipo inventada en Cornualles por Richard Trevithick en el siglo XIX. Hecha de cantera maciza, una austera casa de tres pisos alojaba a este incansable aparato alimentado por leña que, por fin, posibilitó el desagüe de las minas y con ello el auge de la producción de oro y plata.

Asimismo, los ingleses nos legaron importantes técnicas mineras y sus sabrosos pastes, aunque nosotros les cambiamos su carne con poro por frijoles con chile. Los habitantes de Real del Monte aseguran que el primer partido de fútbol en México se celebró entre mineros ingleses y mexicanos en su pueblo.

Después de sentar las bases para un fuerte repunte en la producción, los ingleses, desalentados por la guerra entre México y Estados Unidos, decidieron liquidar su compañía. La formación de la Sociedad Aviadora de Minas de Real del Monte y Pachuca señala el inicio de otra etapa, la cual es abordada en el Fondo Mexicano. En este periodo los inversionistas mexicanos aprovechan la infraestructura instalada por los ingleses e introdujeron máquinas de vapor más potentes, así como el barrenado de aire comprimido, a la vez que cambiaron la pólvora por la dinamita.

El Fondo Norteamericano (1906-1947) reúne archivos que nos remiten a importantes cambios tecnológicos, como la sustitución de la amalgamación por cianuración en el beneficio del metal y el uso intensivo de la energía eléctrica. En los años treinta el distrito Pachuca-Real del Monte se convierte en el primer productor

mundial de plata, pero apenas una década después, en 1947, la empresa United States Smelting, Refining and Mining Company declara incoachable la producción minera y vende todas sus acciones al gobierno federal.

Las exhibiciones del museo reflejan la viva participación de los mineros, quienes han enriquecido la colección prestando sus objetos personales, compartiendo sus relatos y donando sus dibujos. Este contacto directo con la cultura minera actual del distrito, una relación cultivada cuidadosamente a lo largo de muchos años, dota al museo de una personalidad única.

En palabras de su directora, Belem Oviedo, el museo nace de la necesidad de asegurar la preservación de ese material que se vendía como fierro viejo, por kilo, y de rendirle un homenaje a este gremio que ha labrado a través del tiempo toda una cultura minera.

En el terreno artístico, el subdirector de exposiciones, Marco Antonio Hernández, ha conseguido mes con mes importantes muestras de arte para la gente de Pachuca y Real del Monte. Creadores de la talla de Francisco Toledo, Sebastião Salgado, Pedro Ascencio, Flor Garduño, Pablo Ortiz Monasterio y Pedro Valtierra, han desfilado por sus dos salas de exposiciones.

Esta visión integradora de la historia con las artes también se ve reflejada en hermosas publicaciones, como *Canto en la tierra e imagen ante el tiempo*, un libro editado por el Archivo, que cuenta la historia de la minería del distrito mediante una depurada selección de las más de mil fotografías y negativos contenidos en la fototeca.

Todavía hoy los vestigios fantasmagóricos de la arquitectura inglesa integran el paisaje de Real del Monte, donde se encuentra el proyecto más novedoso y apasionante del Archivo Histórico: la restauración de la Mina de Acosta, el primer museo de sitio de minería en México. Por sus cimientos de construcciones coloniales, restos de una casa de máquinas corniales y una horca de hierro oxidado de la época norteamericana, este sitio encarna toda la historia de la minería del distrito.

Un pequeño equipo de ex mineros está reconstruyendo los muros usando argamasa de cal y arena y otras técnicas tradicionales a fin de respetar la integridad arquitectónica y no dañar las construcciones. Están rehabilitando las oficinas para convertirlas en un museo sobre la minería del distrito, una cafetería y varios espacios para investigadores. Además se piensa adecuar un socavón para que los visitantes puedan vivir la experiencia de una mina.

Los proyectos del Archivo se han concretado con escasos recursos y muchísimo trabajo, conservando siempre una austera elegancia que los tipifica. El apoyo entusiasta y generoso de Grupo Acerero del Norte y de los licenciados Alonso y Jorge Ancira Elizondo, así como del ingeniero Xavier Autrey Maza, ha estado presente desde el principio.

# HISTORIA DEL FUTBOL



Athetic Pachuca, 1904

## ¿FUTBOL?... UN CÚMULO DE RECUERDOS

● Futbol? Al salir de las minas los ingleses se reunían entre ellos y comenzaban a patear una pelota a la entrada-salida de las bocaminas, por las terrosas calles del pueblo o en la explanada de Dolores, en Real del Monte o en Pachuca. Era una forma sana de divertirse, hacer ejercicio, de sacudir el cansancio y despejarse un buen rato. El ir y venir tras la bola servía también como una distracción para los mineros que antes de meterse a la cantina “a mojar el gañote”, o pasar por “las casas de muñecas”, se distraían viendo

correr de un lado a otro, para no llegar a ningún lado, a los improvisados jugadores que terminaban exhaustos, muertos de cansancio y chorreando de sudor.

Y eso era un día y otro también... Pero pasó mucho tiempo antes de que ellos, que habían cambiado los tacos por los pastes de papa y carne, osaran invitar a los mexicanos a participar en sus improvisados juegos. Y así llegó el tiempo en que se conformaron los equipos y los nacionales sintieron en su boca el sabor de la adrenalina y en carne propia lo que eran los caballazos y las patadas en las espinillas, porque en cada partido era como jugarse la vida y probaron las mieles del triunfo cada vez que perforaban la meta enemiga o la amargura de la derrota si perdían.

De ello no existen testimonios escritos, solo anécdotas y leyendas contadas por los pocos viejos mineros que sobrevivían y que en sus narraciones hurgaban con su vista el espacio para tratar de traer aquellos recuerdos de días que no volverían, con voces temblorosas que cambiaban de graves a agudas y los ojos anegados por las lagrimas que les traicionaban.

#### PACHUCA ATHLETIC CLUB.

#### ATHLETIC CLUB PACHUCA EN 1904

Pero en 1901 cuando los técnicos británicos encargados de las canteiras de Pachuca y Real del Monte fundaron el Pachuca Athletic Club, se ignora si la creación fue sólo de un “equipo” de futbol, exclusivamente establecido para desarrollar el deporte sin pretensiones institucionales mayores, como tampoco existen otros antecedentes sobre la forma en que estaba organizada esa agrupación. También se ignora si, al igual que otras asociaciones de la época, contaba con una comisión directiva, un cuerpo técnico de entrenadores, un reglamento, acta constitutiva o era solamente un grupo de socios. En este sentido, podemos suponer que, más que un “club”, era simple y sen-

cillamente una sociedad deportiva de amigos, como la que habían formado por las mismas fechas otros ingleses dedicados a los textiles. En 1898, en la ciudad de Orizaba, Estado de Veracruz, se funda el Orizaba Athletic Club, un Club Deportivo con ramas en el cricket y otros deportes, pero sería hasta 1901 cuando se organiza el equipo de fútbol, a cargo de Duncan Macomish, un hilandero escocés radicado en aquella ciudad.

Sin embargo, ese mismo año, finalmente, los ingleses de la “Compañía Real del Monte y Pachuca” se decidieron a dar de alta el “Pachuca Athletic Club”, que, por cierto, ya totalmente integrado fue uno de los impulsores para que el 19 de julio de 1907 se creara la Primera División del Fútbol Mexicano

En los inicios del balompié nacional se coronó en las temporadas 1904-05, 1917-18, y 1919-20. Además, Campeón de Copa en 1906-07, 1911-12 y 1965-66.

Posteriormente desapareció de las canchas, de 1922 a 1950. En 1951 reapareció con la naciente Segunda División de la que fue fundador.

También en 1901, simultáneamente, se formaron en México y Veracruz numerosos conjuntos deportivos, todos integrados por británicos. De tal modo que en pocos años dieron inicio en México las primeras competencias futbolísticas. El primer torneo oficial de fútbol amateur se jugó en el año de 1902, en el que participaron las siguientes escuadras: Reforma Athletic Club, British Club, Mexico Cricket Club, Orizaba Athletic Club y el Pachuca Athletic Club.

Luego seguirían otros torneos, a los que se sumarían nuevos equipos como el Puebla, también conformado por los británicos que trabajaban en las industrias textiles que se habían asentado en esa ciudad, y el Popo Pk'g Co, procedente del Distrito Federal.

Pero los problemas sociales por los que atravesaba el país por esos días y el estallido de la Revolución Mexicana, interrumpieron las prácticas deportivas. En el último torneo, realizado entre 1911 y 1912, solo estuvieron cuatro equipos. El Pachuca Athletic Club, al

igual que el resto de los equipos de raíces británicas, desaparecería de los escenarios; después la práctica futbolística sería monopolizada por conjuntos de otras banderas extranjeras, como la española, alemana y francesa.

Las diferencias entre éstos últimos conjuntos y los de raíces británicas eran notables. Mientras los equipos británicos fueron “exclusivos”, con una tendencia segregacionista que impedía la inclusión de jugadores mexicanos, los equipos de las restantes nacionalidades aceptaron e incluso buscaron la participación en sus escuadras de jugadores locales. Así fue como este deporte habría comenzado su expansión hacia todos los sectores sociales.

En estos tiempos, los jugadores vestían con casacas que no seguían un patrón de diseño definido, pues se parecía más a ropa de uso cotidiano. Los porteros utilizaban pantalones de tres cuartos, con bolsillos a los costados y con el clásico “jersey” de cuello alto. Los demás llevaban pantalones a la rodilla o de tres cuartos, con bolsillos y cinturones. Las camisas eran de manga larga, de un mismo color, pero variaban de forma y algunas tenían cuello en «V», botones o hilos. Las piernas de estos jugadores iban vendadas hasta los muslos, lo que daba cuenta del carácter agresivo del encuentro. Como detalle distintivo, los jugadores utilizaban gorras o boinas.

Los árbitros, que desde entonces eran tres (uno en el centro y dos en las líneas), vestían con uniformes muy elegantes: los *linesman* llevaban pantalones de un mismo color (blanco o negro) y con una casaca del mismo tono; mientras que el árbitro central usaba pantalón corto y un saco negro con rayas blancas, calcetines y zapatos.

Los espectadores, elegantemente vestidos con saco, corbata o moño e, incluso, con bastón y sombrero, se colocaban a unos metros del terreno de juego, el cual no poseía vallas o alambrados de contención. Unos pocos contaban con el privilegio de observar el desarrollo bajo los rayos solares y otros preferían las gradas de madera que estaban protegidas por grandes lonas de tela; el resto de los aficionados debía contentarse con observar el encuentro de a pie.

## REFUNDACIÓN DEL CLUB PACHUCA

Hasta el momento no se sabe a ciencia cierta qué aconteció con el Pachuca Athletic Club en las primeras décadas del siglo XX. Existen datos de que en 1921 participó en el “Torneo del Centenario”, en la Ciudad de México, con motivo de los festejos realizados por el aniversario de la Independencia. Después, el equipo desapareció como si lo hubieran sepultado los jales de las minas.

Años después, en Pachuca y Real del Monte, los obreros de la empresa minera solicitaron a las autoridades apoyo económico para fomentar las actividades físicas entre los trabajadores y así combatir muchos de los males que les acosaban, siendo el más importante el alcoholismo.

En 1928 el representante del Sindicato Industrial de Trabajadores Mineros del Estado de Hidalgo, envió una carta a las autoridades, en la que señalaba:

Tomando en consideración el decaimiento espiritual que embarga a la clase trabajadora y principalmente a los mineros, por falta de lugares de recreo, pues en la actualidad el noventa y cinco por ciento de los mineros, el tiempo libre que le deja el desempeño de sus labores, lo ocupa en su mayoría a la embriaguez y lo que es más en frecuentar constantemente las casas de asignación, en perjuicio de su organismo, de la familia y hasta la sociedad entera; por lo tanto estima necesario e indispensable que la juventud actual deba buscar la forma más eficaz para evitar este mal, propugnamos la formación de clubes deportivos.

Y los trabajadores esperaron pacientemente hasta 1934 para que se fundase un “Centro Social y Deportivo”. La existencia de esta institución resultaría trascendente, debido a que fue la única vez en la historia que el club de fútbol se adhirió a los lineamientos de las asociaciones, en boga por aquellos tiempos.

La empresa minera de Real del Monte y Pachuca solventaba los gastos para la adquisición de materiales deportivos y pagaba la nómina de los entrenadores y del personal administrativo.

El fútbol retornó de nuevo a Pachuca y Real del Monte, incluso, bajo las órdenes de “El Manco” Blamey, un ex jugador inglés y fundador del equipo. El “Pachuca” sólo participaba en torneos regionales, pero cuando lo hacía en campeonatos estatales y nacionales, adoptaba el nombre de Club de Fútbol del Estado de Hidalgo.

Con la creación de la Segunda División, en 1950, el Pachuca regresó a las competencias nacionales. Desde entonces y hasta mediados de 1990, la trayectoria de la institución se caracterizaría por la discontinuidad, marcada por altibajos de organización, que por mucho tiempo lo mantuvieron al margen de las competencias oficiales.

Además, en varias ocasiones el club cambió el color del uniforme, el campo de juego, su escudo representativo, sus autoridades, y aun de nombre: Pachuca Athletic Club, Club Deportivo Atlético Pachuca, Garzas Blancas del Pachuca de UAH, Pachuca Fútbol Club, Club Pachuca y el actual Club de Fútbol Pachuca.

En 1975, el Estado adquirió la franquicia, que en 1978 fue cedida a la Universidad Autónoma de Hidalgo, pero en 1981 el Estado recuperaría la propiedad.

En el año de 1995, el entonces Gobernador del Estado de Hidalgo, Licenciado Murillo Karam, personalmente eligió en calidad de Presidente del club Pachuca al empresario local Jesús Martínez Patiño. A partir de ese momento la institución experimentaría una serie de cambios significativos, los cuales fueron acompañados por importantes éxitos en el ámbito deportivo.

## LOGROS DEPORTIVOS

En los últimos nueve años los éxitos del Pachuca han sido en los planos nacional e internacional, luego de estar en la Segunda Divi-

sión, pero en 1995-96, realizó una gran campaña coronándose para lograr el ascenso a la Primera División.

En la temporada siguiente, 1996-97, bajó de nueva cuenta a la Segunda División. Pero en la campaña 1997-98, otra vez subió a la Primera División de manera definitiva, permaneciendo en esta categoría hasta la actualidad.

El club ha obtenido los logros deportivos más importantes de su historia, con los títulos de los Torneos “Invierno 1999”, “Invierno 2001”, “Apertura 2003”, y logrando el primer título internacional, la Copa de Campeones de la Confederación Centroamericana de Fútbol (CONCACAF) 2002.

Pero uno de los grandes logros del Club Pachuca es, indudablemente, la Universidad del Fútbol, única en su género en toda América y una de las pocas del orbe.

A principios del 2008 contaba con 700 estudiantes en cuatro carreras (Administración de Empresas, Psicología, Educación Física y Comunicación Social) siendo el eje educativo de estas disciplinas la capacitación en los deportes.

## UNA RETROSPECTIVA HISTÓRICA

El acto de jugar es el establecimiento de sistemas inexistentes en lo real, o recrear lo real en términos ajenos a las leyes y funciones de la estructura social. El juego puede brotar de la actualidad, del pasado, o de formas culturales arcaicas o míticas. O puede también ser visionario. Este es el caso del fútbol.

Vladimir Propp lo describe como “el relato maravilloso que debe ser confrontado tanto en los mitos de los pueblos primitivos, como con los mitos de los estados civilizados”.

Así, los juegos reproducen “de facto” un sistema imaginario, lo real inmediato: los ritos de interacción de las sociedades, los sueños y temores de la época, las dinámicas institucionales. El juego, como

competencia amistosa, cristaliza elementos de interrelación de la política internacional, jerarquías, dependencias, autoridad, poder, como lo demostraría un análisis de la geopolítica, tal y como existe en la realidad.

Pero el juego deportivo puede también evadirse de la realidad y tornarse en visionario. Jugar es, ante todo, imaginar.

Los juegos, como apunta Aida Reboredo, “son espejo de la sociedad”. Por ello cada país finca sus valores nacionales, sus anhelos y aspiraciones en un equipo deportivo que le impone su espacio cultural. Es, como apunta Bett, “un resurgimiento involuntario” de los instintos vitales, como podría ser la guerra armada, que en la actualidad ha perdido su significado primitivo. Su importancia recae en la liberación que realiza el individuo de sus conflictos inconscientes, para adaptarlos al orden social.

Quizás en las sociedades adultas de la actualidad es el fútbol la forma más evidente de todo esto.

## FUTBOL EN LA ACTUALIDAD

De hecho este juego, en el que compiten dos equipos de once jugadores cada uno, parece haberse constituido en el deporte que con mayor efectividad mueve y agita a las masas. Según encuestas realizadas por organismos especializados internacionales, 85 por ciento de los varones y 69 por ciento de las mujeres del mundo civilizado, esperan pacientemente la celebración de la Copa Mundial. Y 77 por ciento de la población de los países contendientes siguen sus encuentros con expectación que raya en el fanatismo, ya sea directamente en los estadios o a través de la televisión y de la radio.

A la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA) pertenecen las asociaciones futbolísticas de 140 países, que registran casi 60 millones de jugadores.

Estas cifras por sí solas evidencian que el fútbol se ha transformado en auténtica cultura, o subcultura: la tendencia a la jornada de ocho horas de trabajo, la prolongación del fin de semana y el permiso laboral garantizado para seguir los encuentros, lo cual induce a un ámbito libre del trabajo industrial, que es ocupado por la afición a este deporte.

De esta manera el fútbol surge como una especie de subcultura consciente del físico y la fuerza individual y aglutina, moviliza y entusiasma a las masas, como un deber de ayudar directa o indirectamente a sus equipos a desarrollar y plasmar sus actividades y posibilidades en cuanto don de la naturaleza.

#### EL FUTBOL: “GUERRA DE PAZ”

En los tiempos actuales de crisis económica, guerra fría, tensiones internacionales, incertidumbre y zozobra frente al futuro, el vacío del tiempo libre, la necesidad de evasión, hizo surgir al fútbol como el deporte por excelencia de las mayorías. Ha llegado no sólo a rebasar las barreras infranqueables de las ideologías, las idiosincrasias, los idiomas, la cultura y la política, sino a desplazar todo género de diferencias políticas y religiosas, para hacer posible en un mundo agobiado y dividido, que el hombre encontrara una causa común: la sana competencia deportiva.

Esto se dio como una causa casi natural: en el contraste que presenta la magnitud de los problemas que vive el mundo, con la modestia e ineficacia, e incluso el fracaso de los programas y soluciones propuestas por gobiernos y partidos políticos, el hombre se dedicó a buscar una forma de olvidar o evadir sus propias angustias, para enfrascarse en el espectáculo del deporte, rico en emociones y ajeno a la complejidad de los problemas contemporáneos.

Fue esta la mejor demostración del carácter visionario del fútbol.

Ha llegado, “de facto” a sustituir las guerras, si bien en algunas ocasiones, como en el caso de Honduras y El Salvador, fue el detonador de conflictos latentes que encontraron en las diferencias deportivas el factor para hacer estallar sus propios conflictos.

## ¿CUÁLES FUERON SUS ORÍGENES?

Pero aún ahora en la que quizás sea la época de oro del fútbol, suman millones los aficionados y jugadores que se preguntan: ¿cómo nació? ¿Cuáles fueron los orígenes de este juego?, forma arrolladora y alienante que ha transformado a la sociedad y engendrado todas las sociedades y que van más allá de ritos, tradiciones, costumbres y valores ¿cuáles fueron sus principios?

Reboredo lo explica: todo juego simbólico, sea individual o social, deviene, tarde o temprano, en representación. Todo juego simbólico colectivo reserva algo propio al símbolo individual (o nacional). Y el juego colectivo acentúa la diferenciación de sí mismo con los demás. Es una forma de lenguaje, un mediador de la función del yo, sea social o individual: el juego permite tomar conciencia de la subjetividad propia y pasa a la dialéctica de la comunicación en una interrelación amplia con el mundo.

La mayor parte de las investigaciones realizadas en el transcurso de la historia sobre sus orígenes, nos llevan a la China antigua. Casi perdido en las neblinas del tiempo, el inicio del fútbol se remonta al año 2500 a. C., cuando el emperador Hunang-Ti decidió que la habilidad de los soldados para apoderarse de la pelota y llevarla hasta el campo enemigo constituía un excelente entrenamiento militar.

El espeso velo de los tiempos cubre aún el curso que siguió el deporte. Pero los estudiosos de las primeras civilizaciones griegas encontraron en las competencias atléticas llamadas episkiros una variante muy parecida a las centenarias competencias chinas, pero ya sujetas a ciertas reglas y formas.

Luego sobrevino la debacle de la civilización helénica y surgió el imperio romano. Y casi al inicio de la época cristiana se jugaba la competencia denominada Harpastum, mucha más semejante al actual, pues la pelota, una vejiga de animal inflada, era lanzada en medio de un campo cubierto de grama. Los jugadores trataban de apoderarse de ella y llevarla hasta la meta contraria.

En la América prehispánica, el juego de pelota de los aztecas y los mayas podría ser una variante similar, e incluso más perfeccionada.

Siguió el curso de los siglos y el hombre de la Edad Media, caracterizada por la barbarie y el obscurantismo, comenzó a deformar el carácter competitivo y amistoso del fútbol. En la vieja Dinamarca los partidos se jugaban pateando la cabeza de algún ladrón ejecutado por la justicia.

Distorsionada, aquella especie de competencia equivalía de hecho a una bárbara venganza social que poco a poco comenzó a ser condenada por la iglesia y las monarquías, que terminaron por abolirla.

Mas la popularidad de la competencia comenzó a generalizarse, sobre todo en la antigua Gran Bretaña, como una especie rudimentaria de rugby. En Chester aparecen sus primeras manifestaciones en la festividad del “Shrove Tuesday” y los encuentros se realizaban anualmente, ya con las primeras pelotas de cuero, elaboradas por zapateros, que dos equipos contendientes se disputaban en un campo especialmente reservado para ello.

Para entonces era ya tanta la afición al juego que en 1365 el rey Eduardo III publicó un bando en que estableció la primera prohibición fundamentalmente por razones militares, pues las tropas preferían jugar que combatir en las guerras. Otra prueba del carácter visionario del fútbol.

El deporte comenzó a extenderse por Europa; en Bretaña se jugaba bajo el nombre de *Soule* y casi simultáneamente en Italia surgía el *calcio* florentino.

Sin embargo, en esa época, el fútbol era un recurso para descargar la agresividad del hombre contra sí mismo. Por ello, las compe-

tencias consistían principalmente en expresiones de carga y de fuerza, en lugar de las actitudes de habilidad e inteligencia que le caracterizan ahora.

También adolecían de organización y reglamentos rigurosos. Los primeros juegos que cada día se popularizaban más en Londres, en Smithfield y en otras ciudades se conocían como Mob footBall y en ellos participaban pueblos enteros. Los jugadores llegaban a sumar hasta 500 y generaban tremendos conflictos que se prolongaban durante días enteros.

Eran épocas medievales, subsistían formas de barbarie latente y las competencias terminaban normalmente con un elevado número de heridos con piernas, brazos y costillas rotas e incluso uno que otro muerto.

Una investigación practicada por Corn Wall, publicada en 1602 registra que las porterías estaban ubicadas a distancias de tres a cuatro millas una de otra. Los equipos eran virtualmente multitudes que se debatían en los campos, batallando a pies y manos, mientras otros esperaban turno.

En 1840, las competencias comenzaron a transformarse en duelos entre colegios. Surgieron entonces los primeros reglamentos racionales, que fueron tomados de las reglas perfeccionadas que en 1801 había establecido Joseph Strutt con un enunciado básico: un número igual de competidores entran a dos metas distantes de 80 a 100 yardas una de la otra. Las metas o porterías quedaron establecidas con dos palos enterrados y separados de dos a tres pies uno del otro, sin travesaño superior.

La bola, para entonces perfeccionada, era una tripa de animal inflada y forrada de trozos de cuero cosido para darle mayor consistencia. El objetivo de cada equipo era llevarla, colocada previamente a la mitad del campo, para hacerla pasar entre los dos postes del terreno contrario, la cancha ya dividida en dos partes asimétricas, y el equipo que lo hiciera mayor número de veces era el que ganaba el partido. Se establecía además que la habilidad de los jugadores se cifraba en su capacidad para atacar y defender las porterías. Pero

aún no se conseguía abatir la capacidad de agresión y cuando la competencia se violentaba los jugadores se pateaban sin misericordia entre ellos.

Este tipo de juego, extendido ya a todas las escuelas públicas de Inglaterra, era el primer antecedente del *soccer* moderno, pues anteriormente no existía gran diferencia con el *rugby*. No obstante, las reglas todavía eran diferentes en cada lugar. Pero en las escuelas de Eton, Westminster y Charterhou tenían denominadores comunes. Para entonces la competencia era ya casi el deporte nacional inglés, y en 1857, en Sheffield, se integró el primer club de *soccer*, cuyos pioneros, los jugadores de la escuela de Harrow, establecieron la modalidad de no tomar la bola con las manos y jugarla solo con los pies. El precepto escolar imponía además a los jugadores la obligación de usar guantes blancos, a los que se cosían florines de plata en los puños, con objeto de mantenerlos cerrados y evitar que algún jugador tuviera ventaja tomando el balón con las manos. Aquel primer equipo se llamó Oldboys.

Desde 1850 se había establecido así mismo un número selecto de 15 a 20 integrantes por equipo. Pero para 1860 el número se limitaba a 11 o más jugadores, si bien en Queens Park, en Glasgow, se jugaba con 15 o más. Cada equipo se distribuía en una alineación de 9 delanteros y dos defensas, a los que se denominaba “los de atrás”, según otra modalidad impuesta en 1870.

Erigido ya en deporte nacional por excelencia, el fútbol tuvo su primera organización el 26 de octubre de 1863, al fundarse en Londres la Football Association, como federación inglesa, de la que se separarían apenas el 8 de diciembre del mismo año los seguidores del rugby, por lo que la diferencia entre los dos juegos quedó plenamente definida.

Se estableció una nueva organización de los equipos dividida en siete delanteros, dos medios, portería y defensas. Y 10 años más tarde se optó por la alineación que prevalece hasta ahora con 5 delanteros 3 medios, dos defensas y un portero.

En la actualidad los equipos decanos del fútbol en el mundo son: Notts County, fundado en 1862; Nottingham Forest Football Club, en 1865; Sheffield Wednesday y Chesterfield, en 1866, en tanto la organización decana es la asociación de fútbol de Sheffield, que fue integrada en 1867.

## ES LA HISTORIA DE UN JUEGO VISIONARIO

La Copa Mundial de Fútbol se erigió como el máximo evento del deporte.

La incursión de la FIFA en los Juegos Olímpicos a partir de 1924 motivó la creación de un torneo propio y de mayor nivel. Gracias al trabajo de Jules Rimet, el 28 de mayo de 1928, en Ámsterdam, fue aprobada la realización de una Copa Mundial de Fútbol cada cuatro años. El 18 de mayo del año siguiente, en el Congreso de la FIFA en Barcelona, se definió que Uruguay fuera sede de la Primera Copa Jules Rimet, a disputarse en 1930.

## ESTADIO HIDALGO

Capacidad: 30 000. El Estadio Hidalgo está situado en la ciudad de Pachuca. Su nombre, como el del Estado, honra a Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla Gallaga Mandarte Villaseñor, prócer de la independencia de México.

También es llamado el *Huracán*. Se utiliza principalmente para el fútbol, y es la sede del Pachuca Club de Fútbol, mejor conocido como “Tuzos del Pachuca”. Allí jugaron también los Toros Hidalgo. Fue inaugurado el 14 de febrero de 1993 y pasó a ser la casa del Pachuca, que anteriormente jugaba como local en el Estadio Revolución Mexicana.

El partido inaugural fue entre los Tuzos y los Pumas de la Universidad Nacional Autónoma de México, quedando el marcador 0-1. Ha sido reconstruido y modernizado posteriormente.

Se reinauguró el día 1º de agosto de 2004 también con un partido entre Tuzos y Pumas de la UNAM, por la Copa de Campeón de Campeones, juego que ganó Pachuca 2-1 (y perdió en el de vuelta en CU), en el que se hizo presente como figura principal Edson Arantes do Nascimento, “Pelé”.

El Estadio fue construido en el centro de un enorme cerro de jales, material de desecho que salió de las minas durante varios siglos y que se fue amontonando “a las afueras” de la ciudad de los vientos. Se trata de material pétreo que fue transformado en lodo para quitarle los metales, básicamente oro y plata, y que al paso del tiempo adquirió gran consistencia debido a que recuperó su estado natural casi... casi de roca.

Pasaron más de 400 años antes de que el arquitecto Guillermo Rossell de la Lama, quien fuera Gobernador del Estado de Hidalgo, tuviera la visión de transformar esa pequeña montaña en algo de gran utilidad y, entre otras construcciones, como arquitecto, proyectó el Estadio de Fútbol.

## PARA FINALIZAR

Los antecedentes más remotos del fútbol se pueden situar alrededor del año 200 a. C., durante la dinastía Han en China. Su juego se llamaba *Tsu Chu* (significa aproximadamente “dar patadas” y *Chu* denota una bola hecha de cuero relleno). Incluso los emperadores chinos tomaron parte en el juego. Los griegos y los romanos tuvieron una gran variedad de juegos de pelota (como el *episcurus* y el *harpastum*) y algunos probablemente serían tanto para jugar con las manos como con los pies.

En el siglo VII los japoneses tuvieron una forma de fútbol llamada Kemari.

En el siglo XIV se disputaba en Florencia un juego llamado calcio (*giuoco de calcio*, “juego de la patada”), que se jugaba por equipos de 27 jugadores con seis árbitros. Este juego permitía usar tanto las manos como los pies.

## HISTORIA DE LA BARBACOA



El hoyo, barbacoa de borrego

**E**n Hidalgo, tierra de magia y encanto, de bellos y plácidos paisajes, escenarios que la naturaleza y el hombre forjaron, los hilos del tiempo tejen leyendas y anécdotas que a través de los años se han convertido en historias, transmitidas de generación en generación por los siglos de los siglos para estar presentes hoy y continuar su engrandecimiento hacia el mañana.

Allí continúan, como parte de una palpable realidad, algunas casi desfallecientes y otras ya agotadas pero horadando las entrañas de la tierra, las minas de los alrededores de Pachuca y Real del Monte, de donde, regadas por la sangre y el sufrimiento del pueblo, a través de los siglos han sido arrancadas de sus entrañas mil millones

de onzas de plata y cinco millones de onzas de oro, toneladas de riquezas que salvaron reinos extranjeros y cubrieron las paredes de las pirámides que, se dice, construyó el Dios Quetzalcóatl y que ahora permanecen sepultadas y convertidas en pequeños cerros coronados de breñales, en donde pastan apacibles rebaños de cabras y ovejas

Están, además, la legendaria, histórica y romántica ciudad de Tula, custodiada por los imponentes atlantes, así como los apacibles y melancólicos parques nacionales de El Chico y Los Mármoles, sin dejar de apreciar la vasta arquitectura colonial de iglesias, conventos y haciendas, como las de Ixmiquilpan, Actopan, Molango y Huichapan.

Y, salidos como del embrujo de los sueños de las leyendas y anécdotas, convertidos ahora también en realidad, el fútbol, el pulque, la barbacoa y la charrería.

El territorio que hoy ocupa el Estado de Hidalgo desde hace más de diez siglos ha sido testigo del paso de la humanidad. Aquí se desarrolló el conocimiento tolteca-Xicalanca, cuya influencia llegó a territorios lejanos como Taos o Chichen Itzá. Seres de la ciencia y del arte; filósofos, astrólogos o mercaderes vivieron en Xicotitlan-Tollan, donde influyó la revolución del pensamiento en las culturas mesoamericanas (como lo fueron los mayas-itzáes y los aztecas).

Pero son las costumbres, convertidas en leyes no escritas, las que nos han atado al pasado, permanecen en el presente y se proyectan hacia el mañana para marcar la vida de un pueblo que ha sido fiel a sus tradiciones.

Una de esas costumbres, que se pierde en el devenir de los días, antigua y sencilla quizá, pero no menos importante, ha sido el pastoreo de los rebaños de borregos, herencia que nos legó la mística y ya desaparecida civilización de los babilonios, habitantes de un antiguo reino localizado en la región de Mesopotamia, en torno al actual Iraq, allá por las lejanas centurias entre el 2 000 y 1 800 a. C. A las ovejas las tuvieron como el principio de una riqueza que les proveía

de su economía, su vestido y sus alimentos, entre ellos la barbacoa, magia gastronómica ritual ligada a una profunda cosmovisión astral, asociada también a los solsticios y equinoccios.

Así, la confección de la barbacoa, que traspasó mares, tierras y continentes, se mantiene estática como exquisita liturgia comilona que se enraizó desde el ayer en la rústica población de Actopan, y que ahora continúa siendo un especial baluarte que identifica a los hidalguenses con la vida de los pueblos.

Pero ¿cuáles habrán sido los verdaderos inicios de la barbacoa?, porque la realidad se enreda en la historia de los tiempos y si bien por antigüedad deberíamos de estatizarnos en que los babilonios nos la heredaron, también existe el hecho de que los borregos son casi tan viejos como el mundo y que en los espacios inmemorables había hombres y animales que se devoraban unos a otros en su eterna lucha por la subsistencia.

Los babilonios eran parte importante del medio oriente, cuyas poblaciones avanzaron hacia otras latitudes que se convirtieron en países árabes y parte de éstos fueron los Moros, que por ocho siglos dominaron a los españoles quienes, a su vez, subyugaron buena parte de los territorios del continente americano e incluso a los mexicanos y nos mantuvieron avasallados durante 300 años, hasta 1810, cuando Miguel Hidalgo inicia la independencia que nos lleva a la libertad.

Por otra parte, está el desplazamiento del hombre, cuyos orígenes vienen de Asia y África y en su viaje pasaron por Rusia para continuar hacia Estados Unidos, caminando poco más de 64 kilómetros por las congeladas aguas del Estrecho de Bering, un brazo de mar localizado entre el extremo oriental de Asia (Siberia) y el extremo occidental de América del Norte (Alaska). El estrecho recibe su nombre en honor de Vitus Bering, el explorador danés que lo cruzó en 1728. Según la teoría más aceptada, el ser humano migró desde Asia y África hasta América pasando por este estrecho, aprovechando un periodo glaciario y la congelación del mar.

Así, la mayor parte de los esquimales y todas las tribus nativas de Norteamérica y México tienen rasgos orientales, diluidos durante el proceso de mestizaje. La teoría dice que aquellos nómadas arrastraron sus costumbres y culturas y descubrieron hacia el sur tierras encantadoras llenas de flora y abundante fauna, tierras que tenían días brillantes y noches oscuras, contrario a las eternas tardes congeladas y grises de Siberia y Alaska. Esas tribus nómadas pronto establecieron un puente humano que cubrió de extremo a extremo todo el continente, con asentamientos tribales distantemente aislados unos de otros, en infinitos millones de kilómetros cuadrados.

Además, al principio de los tiempos los hombres comenzaron a alimentarse por necesidad: fueron cazadores y atrapar un animal y comérselo crudo era más que suficiente para poder subsistir. Pero, a través de los años, los dioses les mandaron de los cielos un rayo que les hizo descubrir el fuego y su panorama alimenticio cambió totalmente, e incluso se convirtió poco a poco en una cultura que se fue aumentando con el invento y la combinación de sabores.

Eso fue una sorpresa más para los conquistadores: probar de la cocina indígena la mezcla de ingredientes de diversas etnias, que luego mezclaron con los del viejo mundo, que a su vez era un mosaico de olor, color y sabor. Descubrir, además, que los nativos enterraban en hoyos con piedras ardientes la carne de diferentes animales, debió haber sido lo increíble, porque ellos conocían los hornos de piedra o tabique, pero no el nuevo sistema bajo tierra, de donde salía un manjar, la barbacoa, que no era de borrego todavía.

## CEREMONIA RITUAL

Pero, además, está la versión de que la barbacoa se inició entre unas tribus primitivas de América del Norte o de Tahití, y que consistía en asar a sus prisioneros para devorarlos, lo que después hicieron otras tribus en sus ritos y ceremonias, que sacrificaban a sus víctimas

arrancándoles el corazón para ofrecérselo a los dioses o para comérselo crudo y “heredar su valor” si se trataba de guerreros valientes.

Y dentro de esta serie de historias, leyendas o hipótesis, no tenemos por qué descartar a los señores piratas que pueden haber llevado de un lado a otro el guiso de la barbacoa, en sus viajes por los siete mares, luego de copiarlo de los indios caribeños que, se dice, fueron los primeros en utilizarlo, enterrando fuego y carne para lograr el manjar.

Cuenta la leyenda, además, que los dioses, la naturaleza y los hombres, tenían que estar en completa armonía mediante ceremonias en el campo, compartiendo la comida y bebida con la madre tierra, manifestando su complacencia, equilibrio, alegría y reciprocidad por vivir en comunidad.

## SU ORIGEN RITUAL

La comida enterrada tenía en sus orígenes ancestrales un carácter simbólico, pues era una forma de rendir pleitesía a la divinidad tierra, comiendo directamente de sus entrañas los productos que ella fecundaba. Representaba la fuente suprema de fertilidad, de vida natural, el ciclo perfecto de numerosos productos que debían llevar su aroma al ser cocinados y luego compartir con los humanos en plena comunión y armonía.

Era el nexo entre los dioses y los humanos, quienes aprendieron a sembrar los campos, cuidarlos, regalarlos, abonarlos e inventar sistemas para diversificar sus ritos culinarios y en alguna parte, algún día, descubrieron la olla en la tierra.

Cualquiera que sea la verdad, la confección de la barbacoa fue parte de una combinación entre la herencia de los árabes que legaron a los españoles los borregos y una buena cauda de alimentos y las costumbres indígenas. Ellos quizá ignoraban el sistema de los hornos enterrados y los de aquí ni siquiera conocían el cerdo, la vaca o el borrego.

Desde luego, el alimento de nuestros ancestros no solo era a base de semillas, yerbas, flores y frutos, pues señala la historia y cuenta la leyenda que los dioses proveían a los cavernícolas de cárnicos de dinosaurio y tocó a los guerreros, cazadores y a los esclavos abastecer a los pueblos de carne de iguana, armadillo, conejos, tuzas, liebres, ardillas, aves, el perro xoloescuinle, reptiles, insectos, larvas, venado, gallinas y guajolote, sin olvidarnos de los pescados y otros productos acuáticos. El consumo de la carne variaba de acuerdo con los motivos o acontecimientos y en los festejos comían animales crudos o asados al fuego, con diversas clases de cactus, yerbas y raíces.

Por cierto, la mezcla de costumbres fue general. El español, que durante el Virreinato se impuso sobre las lenguas que había en el territorio de nuestras etnias, tomó muchas palabras de los dialectos de América, sobre todo del náhuatl, como *chocolate*, *guajolote*, *jitomate*, *chile*, *popote* y *metate*.

Otras palabras que usamos todos los días vienen de los vocablos de las Antillas y llegaron con los conquistadores como *maíz*, *mamey*, *cacique*, *hamaca*, *canoa*, etcétera.

En lo que respecta a las palabras de origen árabe, que son muy frecuentes en nuestro diccionario, los hispanos nos las legaron: *alambique*, *alambre*, *almohada*, *aljibe*, *Alhambra*, *alhaja*, etcétera.

Durante la etapa de la Conquista a la Revolución, fueron 400 años de agricultura con tecnología empírica, producto del sincretismo entre lo indio (maíz, frijol, calabaza) y lo hispano (caballo, vaca, cabra, borrego, caña de azúcar, arroz, trigo), lo que se dio en dos áreas: los valles centrales (México, Puebla y Toluca) y la Gran Chichimeca (toda el área del altiplano, desde Querétaro hasta Saltillo).

En los valles centrales el paso inicial consistió en incorporar la oveja, el asno, el caballo, el cerdo, la vaca, la mula, así como los nuevos sistemas de la agricultura, lo que fue obra de los frailes franciscanos que llegaron a evangelizar y transculturizaron a los conquistados; así, ellos fueron los primeros extensionistas agrónomos de México.

Por cierto, esas especies animales cambiaron por completo la vida de los indígenas para bien de todos. El burro, la mula y el caballo ayudaron con la carga, incrementaron el comercio y abarataron los productos transportados. Algodón, maíz y leña, entre otros, bajaron de precio al conectar mayores áreas de producción a los centros de consumo.

Por lo que respecta al cerdo, el inicio de su reproducción fue en Puebla, en donde algunos soldados españoles recibieron como parte de su beneficio de guerra terrenos, esclavos y puercos, lo que les dio magníficos resultados, pues pronto acrecentaron sus manadas y por consiguiente su economía, por lo que, desde entonces, a esos animalitos se les tiene como símbolo de ahorro, debido a que con los sistemas que traían los hispanos desde la madre patria, hicieron una gran producción y comercialización de todas las partes del animal, incluyendo el excremento como abono.

Por cierto, los cochinos tienen una mala fama mal ganada, debido a que por la resequedad de su piel, igual que los hipopótamos, deben de mantenerse en constante humedad y, cuando no se les baña diariamente, tienen que acudir a los charcos o lodazales para refrescarse, amén de que en aquellos tiempos no había corrales y, como andaban por donde fuese, se encontraban con que la gente “hacía del cuerpo” en la primera sombrita o monte bajo que encontraban y de esa manera los marranos se convirtieron en la rapiña de los desechos humanos.

El borrego aportó lana para abrigo, carne y sebo para las velas; así las noches del indígena dejaron de ser frías y tenebrosas. La cobija, el gabán, la vela y la barbacoa, pasaron a ser la norma de la vida.

Una buena cantidad de investigadores concuerdan en que la palabra *barbacoa* es de origen caribeño, pero el platillo que hoy conocemos como tal es un asado oriundo de Actopan que ha cobrado fama en toda la nación, e incluso el nombre se registró en 1518 en la *Colección de documentos inéditos del archivo de Indias*.

Independientemente de que en otras partes del mundo haya otras barbacoas con diferente origen. En Sudamérica hay o había cuatro diferentes etnias que se llaman o llamaban Barbacoa.

Pero, tendremos que aceptar que la palabra barbacoa proviene de la zona del Caribe y significa “zarzo” (tejido de varas, cañas o juncos) o “andamio” que se coloca dentro del horno.

Los alimentos en un hoyo abierto en la tierra, es una técnica que data de tiempos inmemorables y eso sí fue empleada por antiguas culturas.

Ritos y ceremonias gastronómicas semejantes, con algunas características propias, que se realizan en otras partes del mundo: en polinesia se le denomina Umu; entre los mapuches de Chile, es curanto, que tiene la particularidad de ser siempre de mariscos; en las islas de los Uros, en el lago Titicaca es la wajaña; Hawai y su tradicional luau; en Yucatán, es la pibil; en Centroamérica lo llaman apocado; en Bolivia watthiya; en Brasil y Paraguay, paparruta.

La tradicional barbacoa mexicana originalmente se prepara en hueco y bajo tierra, pero ha ido evolucionando hasta convertirse, en algunos casos, en la parrillada.

La más acreditada de la comida enterrada es la de Hawai, su tradicional luau, acompañada de danzas ceremoniales especialmente de las playas tropicales, con típicos tambores y falditas de paja que se contonean de un lado a otro.

Pero, lo recomendable para hacer una buena barbacoa sin romper los ritos y tradiciones, es que para hacer el hoyo, la tierra debe de estar húmeda y la excavación nunca debe hacerla una mujer, ni siquiera acercarse, debido a que la tierra es muy celosa. Por su parte, los hombres, deben invitar de su trago a la tierra, echando el último sorbo de su jarro.

Y algo muy útil: la carne nunca debe estar en contacto directo, siempre hay que envolverla con pencas.

La gastronomía es también parte de la cultura que registra la historia. Desde luego, la barbacoa, en Hidalgo, es el ícono, pero hay casi un centenar de bocadillos y platillos que logran la plena satisfac-

ción de quien los prueba. Tenemos, por ejemplo, el paste, una herencia de los mineros ingleses, que vino a sustituir, en las minas, los tacos de los trabajadores, que se conformaban básicamente de tortilla y frijoles con chile.

El paste es una deliciosa empanada tipo hojaldre, originalmente de carne con papa, pero que al paso del tiempo en Real del Monte y Pachuca se modificó, agregando ingredientes regionales hasta dar lugar al paste moderno, cuyo relleno es tan variado como la inventiva de cada quien.

Básicamente en Pachuca, los pastes, además de ser una tradición, se han convertido en una industria rentable, y las veintenas de establecimientos que venden estas empanadas se ubican en toda la zona de la comarca minera.

El maguey no se come, pero apoya a los alimentos de diversas maneras, como en la confección de mixiotes, a los que aporta “su pellejo”, que también puede servir para imitar el papiro.

Con “la piel” del maguey se forma una pequeña bolsita, en cuyo interior hay carne de borrego enchilada, que se hace como la barbacoa, en horno bajo tierra. Se prepara en tacos con nopalitos, cebolla picada y chile y su sabor es exquisito.

Del interior del maguey, además, se obtienen los cotizados gusanos de maguey, que se preparan sobre el comal y se aderezan con distintas salsas, pero en tacos.

Otra de las perlas de la gastronomía hidalguense, que ha traspasado fronteras y que en Europa se vende como si se tratara de una joya, son los escamoles, huevecillos de hormiga, que deben “cosecharse” antes de las lluvias y que se combinan con una veintena de platillos pero que, con mantequilla y “muy poco hechos”, son una delicia. Igual pertenecen a la línea de los tacos, pero van mejor con tortillas de harina y el inevitable picante.

En el menú nacional aparecen los tamales, y los hay de todos sabores y colores, pero en la Huasteca hidalguense, si se tiene suerte, se podrá encontrar el zacahuil, que se prepara con diferentes carnes,

incluso pollos enteros –sin plumas, patas o cabeza– aderezado con salsa de jitomate, pero que sirve para alimentar a 20 personas o más, según el tamaño, que llega a ser de un metro de largo, por 60 centímetros de ancho.

El fiel compañero de los tamales, es el atole, que bien puede ser de frutas de la temporada o de aguamiel.

Así, los platillos y comidas más típicos de Actopan, son: la barbacoa de borrego, el ya también famoso pollocoa, el ximbo, que es un platillo a base de nopales acompañado con carne de pollo y monguises.

Los chinicuiles, parásitos de maguey, son un succulento platillo cocinado en diferentes formas, y otros de los manjares propios de esta región son el mole rojo, dulces de tamarindo, pulque blanco o curado y ni qué decir de los quesos de La Lagunilla, que fabrica la familia Cano Montufar.

El zacahuil en Huejutla, los pastes en Pachuca y Real del Monte, los gusanos de maguey en los llanos de Apan y los postres en Acaxochitlán...

Bueno, el postre debe de ser imprescindible, sobre todo si se trata de los riquísimos dulces típicos, entre los que hay frutas cristalizadas, mermeladas y acitrones que se preparan desde hace tiempo en diversas regiones del Estado, así como los exquisitos vinos de frutas que uno no debe perderse en lugares como el Valle de Tulancingo.

## LOS SECRETOS DEL HOYO

Si usted desea comer una espléndida barbacoa, lo primero es hacer un hoyo en la tierra, de aproximadamente 1.30 metros de profundidad, por un metro de diámetro. Para que no haya problemas de derrumbe, habrá que mantener húmedas las paredes y ello, además, dará oportunidad de aplanar mejor las orillas.

El hoyo se calienta poniéndole leña en el fondo y ya que están las brasas, se les ponen encima piedras de río y se coloca una cacero-la con verdura para captar el consomé del borrego. Encima de la ca-

zuela se hace una rejilla con varas o palos gruesos, sobre la que irá la carne cubierta por pencas de maguey, como si se tratara de un tamal. Se tapa con una manta húmeda que se cubre con un tapado de pencas previamente medio asadas en las brasas y finalmente se echa tierra, para tapar todo completamente.

El horno debe estar cerrado del todo de seis a ocho horas, según el tamaño del animal, que debe partirse en piezas y poner las más grandes hasta abajo para que haya una buena cocción. A la hora de abrir el horno hay que tener mucho cuidado al quitar la tierra y luego se retira hoja por hoja para que no caiga polvo en la cazuela, que estará hasta abajo llena de un riquísimo consomé con las verduras cocidas.

Si se desea, también se pueden colocar dentro del horno, desde el principio, algunos pollos solos o con salsa de jitomate, envueltos con pencas, también como tamales.

Lo obligatorio para que se realce el sabor de la barbacoa o pollo-coa, es que haya gente echando tortillas de mano y que tengan ya lista una buena salsa y, ¿por qué no?, un jarro con pulque natural o curado.

¡Ah!, el borrego no debe de tener más de seis meses y así la carne la podrá partir con el tenedor.



# HISTORIA DE LA MUERTE DE HIDALGO



## LA EJECUCIÓN DE HIDALGO

“ Había recibido dos descargas... Hidalgo mostraba un rictus de dolor... Se le rodaron unas lágrimas muy gruesas... y nos clavó aquellos hermosos ojos que tenía...

“Aún se mantenía con vida, por lo que le hizo fuego la tercera fila que volvió a errar no sacando más fruto que haberle hecho pedazos el vientre y espalda, quizá sería porque los soldados temblaban como unos azogados.

“Ordené que dos del pelotón de fusilamiento le dispararan poniendo la boca de los cañones sobre el corazón, y fue con lo que se consiguió el fin.”

*Eran las 7:30 de una triste mañana.*

Ese dramático relato escrito, el comandante Pedro Armendáriz, un militar que se había iniciado años antes en las filas castrenses mediante una leva y que sabía la importancia de los últimos momentos del caudillo a quien debía de enfrentar al pelotón para dirigir su fusilamiento, lo hizo llegar una década después al editor del periódico *La Abeja Poblana*.

Armendáriz percibía, indudablemente, el tamaño del compromiso que pesaba sobre su responsabilidad. La mañana fatídica, antes de abandonar su barraca en el cuartel, preocupado, se colgó de mala gana las cananas y su inseparable carabina 30-30, montó su retinto e inusualmente llevaba un cuaderno y un lápiz para hacer las anotaciones sobre la ejecución que poco después iba a dirigir.

Se echó un trago de aguardiente para hacer buches y quitarse de la boca el sabor a hierro, se ciñó la pistola, se colocó el quepí y se dirigió en su montura hacia la improvisada zona de la muerte, atrás de la Catedral de Chihuahua, en el muro posterior, que servía de paredón.

Estaba al corriente, además, que esa ejecución cerraría un ciclo.

Habían pasado apenas escasos seis meses (septiembre de 1810 a marzo de 1811), desde que el sacerdote Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla Gallaga Mandarte Villaseñor (al frente de un puñado de gente del pueblo con sombrero de petate, guarache, camisa y calzón de manta, armados con azadones, picos, palos, piedras, hondas, lanzas y uno que otro fusil de chimenea viejo y casi inservible), se obligó a precipitar las acciones guerreras en tiempos inusitados, dadas las circunstancias,

Y así aquel cura que había encendido la mecha de la conflagración libertaria que iniciara entre las 4:30 y las 5 del amanecer del 16 de septiembre (la Independencia de México); que cambió los hábitos por las armas, excomulgado y satanizado por el clero, con grandes

triumfos y derrotas, convertido en un gran líder, terminaba su vida frente al paredón, ante un nervioso pelotón de fusilamiento, ataviado con uniforme de gala.

Armendáriz relató en su misiva:

“Ciudad de Santa Fe del Nuevo Mejico, 17 de febrero de 1822. Segundo de la Independencia.

“Señor Impresor de ‘La Abeja Poblana’ [primer periódico en el que se publicó el Plan de Iguala, por cuyo motivo fueron encarcelados su redactor y su impresor].

“Muy señor mío: es demasiado el cariño que tengo a Vos y en consecuencia a que lo reconozco por un completo independiente, y decidido por el bien general de sus semejantes, pues así me lo han asegurado uno que otro papel, que he tenido fortuna de haber habido a las manos de los que Vos imprime, y llevado del cariño, y de lo justo, me ha parecido acertado darle la noticia siguiente que puede ser ignore.

“El año ochocientos once, me hallaba en Chihuahua de ayudante de plaza del señor Comandante General Salcedo; mi empleo era Teniente de Presidio, Jefe del 2º Batallón de Caballería de Reserva y vocal de la Junta de Guerra: como tal sentencié entre otros a muerte, a los señores Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Aldama, Jiménez y Santa María.

“Fui el testigo de vista más inmediato de sus muertes, con motivo a que a mi cuidado se fiaron en capilla, hasta que como principal verdugo los hacía pasar por las armas: siempre he oído hablar con variación de dichos señores a cerca de los últimos momentos de su vida en términos, que según los acriminan, han creído muchos que eran herejes y para sacar de dudas digo:

“Que el señor Hidalgo luego que llegó a Chihuahua se puso preso con las seguridades necesarias en el cuartito número uno del Hospital; muy a menudo se confesaba, se condujo con la mayor resignación y modestia, hasta que llegó el día horroroso, en que hallándose en otro calabozo se sacó para ser inmolado”.

## LA SENTENCIA DE DEGRADACIÓN

“Salió con un garbo y entereza que admiró a todos los concurrentes, se presentó y arrodilló orando con cristiana devoción al frente del altar que estaba al lado derecho de la puerta de la botica; de allí con humildad, se fue donde estaba el juez eclesiástico comisionado en el Hospital Real de esta villa con sus asociados y varios eclesiásticos y seculares que acudieron a presenciar el acto, compareció en hábitos clericales el reo Miguel Hidalgo y Costilla en el paraje destinado para hacerle saber la precedente sentencia.

“Y después de habérsele quitado las prisiones, y para quedando libre los eclesiásticos destinados para el efecto le revistieron de todos los ornamentos de su orden presbiteral de color encarnado y el señor Juez pasó a ocupar la silla que en lugar conveniente estaba preparada, revestido de amito, alba, cíngulo, estola y capa pluvial, e inclinado al pueblo y acompañándole el juez secular, Teniente Coronel Manuel Salcedo, gobernador de Texas.

“Puesto de rodillas el reo ante el referido comisionado, éste manifestó al pueblo la causa de su degradación, y enseguida pronunció contra él la sentencia y concluida su lectura procedió a rasparle la piel de las manos para impedirle el sagrado don de la extremaunción y despojarlo de todas las ornamentas de su orden, empezando por el último, y descendió gradualmente hasta el primero en la forma que prescribe el Pontifical Romano.

“Y después de haber intercedido por el reo con la mayor estancia y encarecimiento ante el juez real para que se le mitigase la pena, no imponiéndole la de muerte, ni mutilación de sus miembros, los ministros de la curia seglar recibieron bajo su custodia al citado reo, ya degradado, llevándolo consigo y firmaron esta diligencia el señor delegado y sus compañeros y concluidos todos los pasos de la degradación, que con la misma humildad sufrió, se me entregó.

“Lo conduje a la capilla del mismo Hospital, siendo ya las 10 de la mañana, en donde se mantuvo orando a largos ratos, en otros re-

conciliándose, y en distintos hablando con tal entereza, que parecía que no se llegaba al final de su vida, hasta las siete de la mañana del siguiente día, que acompañado de algunos sacerdotes, doce soldados armados y yo, lo condujimos al corral del mismo Hospital a un rincón en donde le esperaba el espantoso banquillo.

“Antes de salir de su celda Hidalgo recibió su desayuno, pero protestó debido a que en la taza con el chocolate, le dieron una menor cantidad de leche, por lo que replicó que no porque le iban a quitar la vida le debían dar menos alimento y al caminar a la ejecución se acordó que había dejado en su cuarto unos dulces, los cuales solicitó e incluso se detuvo para recibirlos, comió algunos y los demás los dio a los doce soldados que lo escoltaban.

“Por fin, para continuar, señaló con la vista lo que había escrito, para sus carceleros, en la pared de su celda:

‘Ortega, tu crianza fina,  
tu índole y estilo amable  
siempre te harán apreciable  
aún con gente peregrina.  
Tiene protección divina  
La piedad que has ejercido  
Con un pobre desvalido  
Que mañana va a morir,  
Y no puede retribuir  
ningún favor recibido

‘Melchor, tu buen corazón  
ha adunado con pericia  
lo que pide la justicia  
Y exige la compasión

‘Das consuelo al desvalido  
en cuanto te es permitido,

partes el postre con él  
y agradecido Miguel  
Te da las gracias rendido'

“La marcha se hizo con todo silencio; no fue exhortado por ningún eclesiástico en atención que lo iba haciendo por sí en un librito que llevaba en la derecha, y un crucifijo en la izquierda.

“Llegó como dije al banquillo, dio a un sacerdote el librito, y sin hablar palabra, por sí se sentó en tal sitio, en el que fue atado con dos portafusiles de los molleros, y con una venda en los ojos contra el palo, teniendo el Crucifijo en ambas manos y la cara al frente de la tropa que distaba formada dos pasos a tres de fondo y a cuatro de frente.

“Con arreglo a lo que previne le hizo fuego la primera fila, tres de las balas le dieron en el vientre y la otra en un brazo que le quebró”.

“El dolor hizo torcerse un poco el cuerpo, por lo que se le safó la venda de la cabeza y nos clavó aquellos hermosos ojos que tenía.

“En tal estado hice descargar la segunda fila, que le dio toda en el vientre, estando prevenidos que le apuntasen al corazón.

“Poco externó... solo sí se le rodaron unas lágrimas muy gruesas; aún se mantenía con vida sin siquiera desmerecer en nada aquella hermosa vista, por lo que le hizo fuego la tercera fila que volvió a errar no sacando más fruto que haberle hecho pedazos el vientre y espalda quizá sería porque los soldados temblaban como unos azogados.

“En este caso tan apretado y lastimoso, hice que dos soldados le dispararan poniendo la boca de los cañones de sus rifles sobre el corazón y fue con lo que se consiguió el fin.

“Era el 30 de julio de 1811, como a las siete de la mañana, cuando Hidalgo recibió al grupo que lo condujo hacia el paredón

“Ante la muralla fatídica, otorgó el perdón a sus verdugos.

“Con palabras amables, acompañadas de una leve y triste sonrisa, sabedor de que no le iban a disparar a la cabeza, temía padecer mucho, comentó él mismo:

‘La mano derecha que pondré sobre mi pecho, será hijos míos, blanco seguro a que habéis de dirigiros’

“Se negó a sentarse de espaldas al pelotón. A pesar de su negativa, le vendaron los ojos.

“Uno de los disparos de la primera descarga de fusilería atravesó su mano sin tocarle el pecho.

“La segunda andanada provocó que se retorciera, pero no cayó.

“Daba la impresión de que trataba de mostrar así, la fortaleza que soportaba el movimiento armado por el que lo estaban sacrificando.

“Una tercera salva lo hizo finalmente rodar por el suelo, aún con vida, por lo que fue necesario darle de tiros a bocajarro para terminar con su existencia.

“Las órdenes marciales rompieron el silencio de un ambiente impregnado a tragedia y con olor a pólvora, sangre y muerte”.

“En la parte posterior de la Catedral de Chihuahua, a las 7:30 horas del 30 de julio de 1811, el cura Miguel se derrumbó ante el pelotón de fusilamiento, integrado por el Teniente de Janos, Pedro Armendáriz, oficial de mando y por los soldados Juan Vicente García, Felipe Varela, Antonio Parra, Albino Parra, Juan Molina, José Quintana, Miguel Ruiz, José Tarín, Victoriano Torres.

“El Teniente Coronel Manuel Salcedo mandaba la fuerza del interior del edificio, compuesta de 200 hombres, mientras pasaban de un mil la que custodiaba el exterior al tiempo de la ejecución.

“Hidalgo tenía 58 años de edad y recibió un total de 14 balas, pero surge en medio del humo de los disparos con la dulce resignación del mártir y la tranquila serenidad del que muere en cumplimiento del más sagrado de los deberes, libertar a su pueblo.

“Luego se sacó el cadáver a la plaza del frente del hospital; se puso una mesa a la derecha de la entrada de la puerta principal, y sobre ella una silla en la que lo sentaron para que lo viera el público que cuasi en lo general lloraba, aunque, sorbiéndose las lágrimas.

“El cuerpo sangraba profusamente. El clima era templado, de una mañana triste, pero el viento frío de la muerte calaba hasta los huesos.

“Poco después llegó entonces otro de los estrujantes, dramáticos y crueles momentos.

“Mientras la gente del pueblo se arremolinaba alrededor del cuerpo inmolado del padrecito, un tarahumara (de Chuvíscar o Nombre de Dios), con alfanje muy cortante, tendido el cadáver sobre el tablón, a la presencia del General Salcedo, éste dio la voz de mando:

“Corta la cabeza de este reo; la orden fue cumplida de un solo tajo. El jefe español regaló veinticinco monedas de plata al ejecutor, ante el estupor de la gente que soportaba indignada y adolorida el macabro espectáculo.

“Después se metió adentro; la cabeza se salió, y el cuerpo fue sepultado por la Santa Hermandad de la Orden de Penitentes de nuestro Seráfico Padre San Francisco, en el campo santo de la Tercera Orden de San Antonio, en la ciudad de Chihuahua”.

El 14 de octubre de 1811, llegaron a Guanajuato las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez; fueron colocadas dentro de jaulas de fierro en los cuatro ángulos de la Alhóndiga de Granaditas, “en unas largas escarpas o alcayatas que hasta hoy se encuentran en los mismos ángulos”.

Las cabezas de Hidalgo y Allende estaban en las esquinas del edificio que ve hacia el costado de Belén, y las otras dos en el opuesto: las jaulas fueron construidas por el herrero Modesto Pérez.

En la puerta principal se puso la virulenta inscripción, ordenada por el intendente Fernando Pérez Magaón:

“Las cabezas de Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Jiménez, insignes facinerosos y primeros caudillos de la revolución; que saquearon y robaron los bienes del culto de Dios del Real Erario; derramaron con la mayor atrocidad la inocente sangre de sacerdotes fieles y Magistrados justos; y fueron causa de los desas-

tres, desgracias y calamidades que experimentamos, y que afligen y deploran los habitantes todos de esta parte tan integrante de la Nación Española.

“Aquí clavadas por orden del Sr. Brigadier Don Félix María Calleja del Rey, ilustre vencedor de Aculco, Guanajuato, y Calderón, y restaurador de la paz en ésta América.

“Guanajuato 14 de octubre de 1811”

Las cabezas permanecieron enclavadas desde este día hasta el 28 de marzo de 1821 en que Anastasio Bustamante ordenó se quitaran. Fueron sepultadas en lugar distinguido del panteón de San Sebastián de Guanajuato. Duraron allí hasta que, exhumadas, fueron conducidas a México y colocadas en la bóveda del Altar de los Reyes de la Catedral, el 17 de septiembre de 1823. El 30 de julio de 1895, se trasladaron a la Capilla del Señor San José, del mismo templo.

Él había terminado, aparentemente, pero sus ideales no y continuaron todavía una década más, hasta que se garantizó oficialmente la independencia, con la entrada a la Ciudad de México del Ejército Trigarante, encabezado por Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero.

Y sobre el ambiente debió de haber quedado flotando la respuesta que él y Allende dieron al virrey Venegas cuando les ofreció la indulgencia:

“El indulto, Señor Excelentísimo, es para los criminales, no para los defensores de la Patria...”

## HIDALGO Y LA INDEPENDENCIA

La precipitada decisión del padre Miguel Hidalgo y Costilla de iniciar la batalla por la independencia nacional, obedeció a que su conspiración había sido descubierta y sabía que la “pelotera” tenía que iniciarse de inmediato, antes de que llegaran las tropas y los capturaran, por lo que logró reunir a su ejército, en solo tres horas, en el atrio de la parroquia de Dolores.

Advirtió:

“¡Caballeros, somos perdidos; aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines!”

Un soplo helado cundió en el ambiente. Aldama objetó con timidez y preocupación:

“Señor, ¿qué va a hacer vuestra merced? ¡Por amor de Dios, vea lo que hace!”

Esa madrugada cambió el destino de México por la proclama libertadora de Hidalgo:

¡Viva la religión católica! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la patria y viva y reine por siempre en el Continente Americano la Sagrada Patrona, la Santísima Virgen de Guadalupe! ¡Muera el mal gobierno!

Así inició en Dolores el recorrido del camino de más de una década de sufrimiento, incertidumbre, sacrificio, odio y desesperanza.

Unos once años de los cuales Hidalgo sólo participó seis meses (de septiembre de 1810 a marzo de 1811), tiempo suficiente para señalar la ruta en busca del cambio que la nación requería.

Hidalgo nació en 1753 en la Hacienda de Corralejo, intendencia de Guanajuato. A los catorce años ingresó al colegio de San Nicolás Obispo en Valladolid (hoy Morelia), donde sobresalió en la escolástica medieval y los adelantos recientes de la moderna teología.

Sus compañeros le decían el “Zorro”, por la astucia con la que libraba las trampas intelectuales más complejas.

En 1770 recibió el grado de Bachiller en Artes; tres años después se graduó de Bachiller en Teología en la Universidad de México y, en el año de 1778, fue ordenado sacerdote, cuando era un joven de 25 años.

En el colegio de San Nicolás fue catedrático de 1782 a 1792.

El sueldo del cura Hidalgo como maestro era apenas de un peso con diez centavos diarios (400 pesos anuales), no obstante su prestigio académico y la consideración de ser el “mejor teólogo de la diócesis”; en 1787 logró ganar 300 pesos más al aceptar el nombramiento

de tesorero del colegio, y otros 500 cuando fue nombrado vicerrector y después rector, en 1790.

El obispo ilustrado fray Antonio de San Miguel lo envió en 1792 a la parroquia de Colima. Desde entonces hasta 1810 (dieciocho años) Hidalgo sería cura de pueblo.

Sobre su nombramiento de cura de Colima erróneamente se ha dicho que fue un castigo y que “...sus superiores le quitaron el puesto prestigioso de rector y lo exiliaron en una parroquia de provincia para aplacar su espíritu rebelde y sus ideas libertarias”.

En realidad, el cambio obedeció a un incremento salarial: los 1 200 pesos anuales que llegó a ganar como maestro, tesorero y rector, se elevaron en el curato de Colima a 3 000 (8.22 pesos día).

El obispo lo apoyó de esa manera, y volvió a hacerlo unos meses después –estuvo menos de un año en Colima– encargándole la parroquia de San Felipe Torresmochas, donde su ingreso anual ascendió a 4 000 pesos (10.96 día), mejoría económica que le vino bien, pues ayudó con más holgura a sus hermanos (Cristóbal había muerto en 1790), que vivían en las proximidades de Corralejo, Silao y San Miguel.

Y aún faltaba otro cambio: en 1803, a la muerte del párroco de Dolores, don José Joaquín Hidalgo, hermano mayor de don Miguel, el obispo lo nombró cura de Dolores; su sueldo ascendió a 8 000 pesos anuales, quizá hasta 9 000, según don Lucas Alamán.

En Dolores las circunstancias obligaron a Hidalgo a iniciar la Guerra de Independencia. Esa cruenta guerra daría lugar a la expresión de diversos intereses: unos se inclinaban por la independencia, otros por la “autonomía”; unos veían en la guerra la posibilidad de librarse del dominio español, otros de separar las provincias del gobierno de la Ciudad de México; los indios, por su parte, querían la expulsión de los peninsulares.

La proeza de Hidalgo quiso cambiar un orden político establecido desde 1521. Durante el corto lapso que acaudilló a su ejército, logró la renovación de las autoridades locales, aunque por un tiempo.

Dolores primero, luego Atotonilco, Chamacuero (hoy Comonfort), San Miguel el Grande, Celaya, Salamanca, Irapuato, Silao, fueron ocupados con relativa facilidad.

Ni tardo ni perezoso, el 24 de septiembre el obispo electo y gobernador de la diócesis de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, decretó la excomunión de Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo, declarándolos “perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos, perjuros...” y exhortó “a la porción del pueblo que trae seducido, con título de soldados y compañeros de armas, que se restituyan a sus hogares bajo la misma pena de excomunión mayor...”

La lucha continuó: la toma de Guanajuato fue sangrienta y Valladolid se entregó sin combatir; en esta última ciudad el caudillo se pronunció, por primera vez (lo haría de nuevo en Guadalajara), por la abolición de la esclavitud y del pago de tributos y obligaciones impuestas a las castas. También ahí los líderes planearon la ocupación de la Ciudad de México.

Los insurgentes, que llegaron a ser casi 100 000, se dirigían a la capital del virreinato. Para detener su avance y proteger a la Ciudad de México, el virrey Francisco Xavier Venegas puso al mando del Teniente Coronel Torcuato Trujillo un pequeño pero bien disciplinado ejército, compuesto por no más de 2 000 soldados y dos piezas de artillería.

El 30 de octubre de 1810 el ejército virreinal y la “chusma”, como los realistas llamaban a las fuerzas de Hidalgo, abrieron fuego en el Monte de las Cruces y vencieron.

Pero la estrella triunfal de los insurgentes se apagaría después de Las Cruces, porque en Cuajimalpa, a un paso ya de la Ciudad de México, apareció la discrepancia entre Hidalgo y Allende, al negarse el primero a ordenar el avance sobre la capital, haciendo a un lado la opinión de Allende en el sentido de que era necesario ocuparla.

Esta decisión representó el mayor error militar y político de Miguel Hidalgo, porque dividió su ejército, generó un gran desconcierto entre la gente que le seguía e hizo perder la oportunidad de desvertebrar el virreinato; se suponía que la toma de la ciudad terminaría la guerra y podría establecerse un nuevo gobierno.

Ante ese alto la muchedumbre insurgente se desconcertó; muchos jefes menores se separaron con sus hombres y se fueron por distintos rumbos a hacer la revolución por su cuenta y riesgo.

El grueso del “ejército” insurgente se encontró en Aculco, el 7 de noviembre, frente a la tropa de Félix María Calleja, futuro virrey. Allende y los demás oficiales habían aconsejado a Hidalgo evitar el combate y que se hiciera la guerra de guerrillas; basaban su consejo en que no bastaba tener 40 000 “soldados” sin disciplina y mal armados, incapaces de hacer frente a un poco más de 10 000, éstos sí, soldados profesionales, disciplinados y bien armados.

Como era de esperarse, vencieron las tropas virreinales, y los caudillos de la Independencia tuvieron que separarse: Hidalgo se dirigió a Valladolid, estableciéndose poco después en Guadalajara, y Allende se encaminó a Guanajuato. Calleja expulsó de Guanajuato a Allende, y éste buscó refugio en Guadalajara, al lado de Hidalgo.

Calleja, eficiente militar, sabía que la batalla definitiva estaba por venir. Y ésta ocurrió el 17 de enero de 1811 en un sitio llamado Puente de Calderón, en la periferia de Guadalajara: Hidalgo dispuso sus tropas para enfrentar a Calleja, no obstante la oposición de Allende y Aldama que, nuevamente, le habían aconsejado que se alejara y que fraccionara las tropas, despidiera a las masas y formara cuerpos de guerrillas.

Como ocurrió en Cuajimalpa, la decisión del sacerdote prevaleció sobre la opinión de los militares. El resultado fue un desastre; la derrota selló la suerte de los primeros caudillos insurgentes, que se vieron obligados a desplazarse hacia el norte, tratando de llegar a Estados Unidos para adquirir armamento.

Hidalgo se dirigió a Aguascalientes, en donde se reunió a la división de Iriarte y tomó el rumbo de Zacatecas. Lo alcanzó Allende en la Hacienda del Pabellón y el 25 de enero, en compañía de Arias, Casas y Arroyo y de otros jefes, depusieron al Generalísimo del mando político y militar, dejándolo reducido a un papel insignificante en realidad, aunque su destitución no se hizo pública y en apariencia conservaba su autoridad.

Así siguió Hidalgo casi como prisionero con aquellos jefes y aún llegó a entender, dijo él mismo, “que se tenía dada la orden de que se le matase si se separaba del ejército, lo mismo que contra Abasolo y contra Iriarte”.

De este modo continuaron su marcha por Salinas, el Venado, Charcas, Matehuala y el Saltillo. Allí se determinó seguir hasta la frontera del norte, pero mientras la caravana cruzaba el desierto, en la confianza de que todos los pueblos de la comarca que iban a atravesar estaban guarnecidos por tropas insurgentes y adheridos a la causa nacional, se fraguaba en Béjar y en Monclova la traición.

En los últimos días de febrero el Capitán Sáenz, por envidia y celos se lanzó contra el comandante Casas, e instigado por el clérigo Don Juan Manuel Zambrano, arrestó al Mariscal don Ignacio Aldama y al Padre Salazar, para granjearse el perdón de los realistas, a los que se había puesto a su disposición, entregándoles aquella presa.

Imitando a los de Béjar, Ignacio Elizondo llegó a Monclova y ayudado de algunos vecinos y de gente que había sobornado con anticipación, aprehendió al Mariscal insurgente Pedro Aranda y a sus oficiales y se alzó también con la plaza, confiriéndosela a los realistas. Efectuado esto con el mayor sigilo, de manera que no pudiesen tener conocimiento de ello los que habían salido de Saltillo, pudo ponerles una emboscada, en la que cayeron sin sospecharla siquiera.

Hidalgo, Allende, Aldama y los demás caudillos, sorprendidos en los carruajes en que transitaban y sin haber podido hacer resistencia, fueron hechos prisioneros en Las Norias de Baján el 31 de marzo de 1811.

Hubo alguna, pero muy personal y estéril. Allende disparó tres tiros sobre Elizondo, quien en consecuencia se vengó, ordenando el fusilamiento del hijo del caudillo, un joven de pocos años, y de 40 insurgentes más.

El jefe de las tropas realistas que hicieron la aprehensión en las Norias de Bajan, se llamaba Flores, según declaración de Hidalgo, quien juntamente con los demás jefes fue conducido a Monclova, de allí salió el 26 de marzo por el Álamo y Mapimí, y el 23 de abril

entró en Chihuahua, donde se hallaba el brigadier español Nemesio Salcedo, Comandante General de las provincias internas, quien anunció al pueblo de Chihuahua la llegada de los prisioneros, desde el día 21, con un bando que es un modelo de tiranía y suspicacia.

Salcedo calificó a la traición de Elizondo como “estratagema lo más bien combinada; pero cuya ejecución hubiera sido imposible sin el auxilio especial del cielo”.

La suerte que esperaba al héroe de Dolores en Chihuahua, no era dudosa. Encerrado desde luego en el hospital de aquella villa, convertido en prisionero y sujeto —como sus demás compañeros— a los más duros tratos, que sufrió con estoicismo, se le mandó formar un proceso sumario, con fecha 6 de mayo, nombrando Salcedo juez fiscal de la causa a un tal don Ángel Avella, quien comenzó a crearlo, designando escribano a Francisco Salcido, soldado de la 3ª Compañía Volante y tomando ese mismo día su primera declaración al padre Hidalgo.

Él asumió con orgullo, pero sin miedo, la responsabilidad de todos sus actos, aun de los que podía haber atribuido a la exaltación popular o a la imperiosa exigencia de las circunstancias. No se intimidó, ni se disculpó, ni denunció a nadie, como algunos de sus compañeros, que por debilidad o quizá manteniendo alguna esperanza, negaban su participación espontánea en la insurrección y echaban sobre su jefe todo el peso de aquella empresa.

La causa, como era de esperarse, concluyó con una sentencia de muerte. Concluida la sumaria, el comandante Salcedo la pasó con fecha 28 de junio al Licenciado don Rafael Bracho, para que en calidad de asesor dictaminase sobre ella.

Este letrado, en un violento dictamen, repleto más bien de diatribas que de razones y que presentó a Salcedo el 3 de junio siguiente, concluyó pidiendo para Hidalgo la pena de muerte; y en cuanto a la forma, dijo que la más afrentosa que pudiera reflexionarse aún no satisfaría la venganza pública, pero que se inclinaba a que fuese pasado por las armas, a falta de verdugo e instrumento para dársele garrote.

Pero era preciso que el alto clero tuviera también su parte en este festín de venganza. Así fue que el obispo de Durango, don Francisco de Olivares, comisionó al canónigo don Francisco Hernández Valentín para que, previas ciertas fórmulas judiciales, procediese a la degradación del carácter eclesiástico de Hidalgo.

Así lo hizo el canónigo, después de varias contestaciones en que alegaba su falta de competencia, hasta que por fin, urgido por Salcedo y por su superior y con asistencia de varios frailes, sujetó a Hidalgo a esta inútil y triste prueba que él soportó con heroica indiferencia.

El pueblo de Chihuahua no manifestó entonces francamente sus sentimientos hacia los héroes, porque aún seguía el bando publicado por Nemesio Salcedo el 21 de abril de 1811, en el que prohibía, entre otras cosas, “dar muestras de una imprudente compasión” por los prisioneros.

En el año 1824, por decreto del Congreso nacional, tanto la cabeza como las cenizas depositadas en Chihuahua se trasladaron a la Ciudad de México en donde se enterraron con gran solemnidad en la Catedral, bajo el Altar de Los Reyes, en la bóveda destinada antes a los virreyes.

Ignacio Allende, Mariano Jiménez y Juan Aldama, murieron antes que el señor cura. Fueron enclaustrados juntos en la misma capilla y los condujeron atados de los tobillos con los portafusiles hasta la plazoleta que queda a espaldas del hospital, en donde estaban los banquillos esperándolos. Allende llegó al lugar que debía ocupar, volvió la cara al campo, se levantó la venda que le cubría los ojos, estuvo mirando a la gente, se volvió a cubrir la vista; los otros tres fueron sentados en los banquillos de los ajusticiados. Les descargaron cuatro tiros a cada uno por la espalda... Los quitaron de los banquillos, los tendieron en una mesa y, excepto a Santamaría, les quitaron las cabezas que después se salaron.

En el preludio de la vida y la muerte, se confesaron en varias ocasiones, su resignación y entereza causaron admiración. Allende murió defendiendo por justa la independencia, y en determinado

momento tomó el cortaplumas de sobre la mesa y se tiró tres cortadas al pecho, que no le hicieron nada. Jiménez solo encargaba a su mujer y un hijito; y Santamaría, antes se había fingido loco por escapar de la muerte, pero después fue admirable su conducta.

Los caudillos, resignados, sufrieron el juicio por “delitos de infidencia” a que fueron sometidos, aunque ya se había decidido que serían duramente castigados.

Antes, el 6 de junio de 1811, había sido fusilado Mariano Hidalgo, hermano de don Miguel; el 26 fueron ejecutados Ignacio Allende, Mariano Jiménez, Santamaría y Juan Aldama.

Abasolo consiguió eludir al pelotón de fusilamiento gracias a los conmovedores ruegos de su esposa, doña María Manuela Taboada, y sólo fue condenado a presidio: se le llevó a Cádiz, y allí murió en 1816 en el castillo de Santa Catalina.

Hidalgo fue condenado a muerte, pero se recomendó “que en consideración a su carácter sacerdotal, la ejecución no se hiciese en un paraje público, como era el lugar donde habían sido fusilados los demás, que se le tirase al pecho y no por la espalda y que no fuera decapitado”.

En su proceso, Hidalgo afirmarí: “He sufrido las mayores fatigas en el tiempo que he sido cura sin temer soles, fríos y asperezas, distancias y pestes, porque mis feligreses no pasaran sin la confesión a la eternidad”.

En su curato, para beneficio de sus fieles, desarrolló el cultivo de la vid, la cría del gusano de seda, la fabricación de lozas y tejas y el curtido de pieles.

Pero era “...tanto el ruido en torno al cura de San Felipe –comenta el Dr. Lemoine–, que a principios de 1800 el Santo Oficio, merced a dos o tres denuncias, abrió un juicio a Hidalgo por blasfemo, hereje, vida disoluta, etcétera, que hábilmente y con buenas relaciones, logró parar”. En las acusaciones que se obtuvieron, los denunciadores y declarantes, temerosos de los inquisidores, lo hundieron como sacerdote, cristiano, teólogo y ciudadano. Destacó en-

tre los quejosos el exigente fray Ramón Casás, en cuyo informe inquisitorial, del 10 de diciembre de 1800, dice: "...tengo formado muy mal concepto del cura de San Felipe, por lo que públicamente se decía de su vida escandalosa y de la comitiva de gente villana que come y bebe, baila y putea perpetuamente en su casa..."

Las libres opiniones del padre Hidalgo —temerarias, habiendo Inquisición—, como aquella que subrayaba la inutilidad de las religiones porque surgieron en el tiempo de la ignorancia, no fueron, por supuesto, bien vistas por los demás religiosos.

Según sus acusadores, decía, además, que no se había graduado en la Real y Pontificia Universidad de México por considerarla una cuadrilla de ignorantes; que veía la fornicación como un acto natural, no como un pecado; y que blasfemaba al afirmar que Santa Teresa de Jesús, la santa de Ávila, la insigne santa española Teresa de Cepeda Ahumada, fue una ilusa cuyas visiones se debían a los azotes, el ayuno y la vigilia.

También fue calificado de jugador profesional y de ser el responsable de que la biblioteca del Colegio de San Nicolás se hubiera llenado de libros prohibidos, que no eran otros sino las obras filosófico-políticas de la Ilustración que ya se leían en todo el mundo civilizado de la época.

Aunque la Inquisición nunca inició el juicio, el estigma de hereje manchó para siempre su investidura sacerdotal.

En su proceso militar Hidalgo se acrecentó ante sus jueces. No eludió su responsabilidad ni trató de salvar la vida, actitud valiente que correspondió a la respuesta que dio a Allende cuando éste lo invitó a participar en el movimiento de la independencia: "...los autores de semejantes empresas no gozan el fruto de ellas..."

Aceptó, poco después, convertirse en el principal dirigente del movimiento armado consciente del peligro que entrañaba. Corridos ya todos los riesgos y en plena retirada hacia el norte, en Saltillo, Hidalgo y Allende rechazaron, el 1º de marzo de 1811, veinte días antes de su captura, el indulto que les ofreció el virrey Venegas.

El juez militar, Ángel Abella, reunió todas las evidencias que se le presentaron para demostrar la culpabilidad de Hidalgo. De esa manera, tanto las preguntas y acusaciones referentes a la fidelidad al rey y a la patria, como las relativas a la obediencia a las autoridades eclesiásticas y a su desempeño como sacerdote, estaban destinadas a encontrar claros indicios que hicieran inapelable su condena.

Hidalgo declaró que él y Allende “...despacharon a don N. Letona [Pascasio Ortiz de Letona], natural de Guatemala a los Estados Unidos a solicitar su alianza y armas...”, ofreciéndoles a cambio las ventajas del libre comercio. No había defensa: esto era traición al rey y a la patria. Y declaró también que sí se enteró de que “el santo tribunal de la fe...” lo emplazó a comparecer por ser cabeza de la insurrección y “para responder a los cargos de herejía que le resultaban por causa pendiente [iniciada en 1800] en dicho tribunal”, pero que no acudió “...no por los delitos de herejía de que se le acusaba, sino por el partido en que estaba empeñado...”

La avalancha de cargos hizo que Hidalgo fuera declarado culpable y condenado a muerte; en consecuencia, su degradación sacerdotal fue consumada el 29 de junio de 1811 por “el doctoral de la Santa Iglesia” de Durango, Francisco Fernández Valentín. En la certificación respectiva se lee:

*“Fue preguntado: —¿Qué razón tuvo para rebelarse contra el rey y la patria?” Contestó que ya había expuesto sus razones al juez militar; que no contestaba más, y que supuesto que iba a morir, sólo encargaba que no se le cortara la cabeza, según la sentencia que se le había leído, sin más delito que haber querido hacer independiente esta América de España.*

Después de la degradación, y despojado de los ornamentos sagrados, con la ceremonia que manda la santa Iglesia, fue registrado y se le encontró en el pecho llena de sudor la imagen de nuestra señora de Guadalupe, bordada de seda sobre pergamino, la que al quitar de su pecho dijo: —Esta señora, Madre de Dios, ha sido la que he llevado de escudo en mi bandera, que marchaba delante de mis

huestes, en las jornadas de Aculco y Guanajuato, y es mi voluntad sea llevada al convento de las Teresitas de Querétaro donde fue hecha por las venerables madres, quienes me la dieron en mi santo en 1807.

No habló más, procediéndose al acto conmovedor, arrancándole las vestiduras sacerdotales, aplicando el anatema formidable de la santa Iglesia, para que fuese entregado al juez militar y ejecutada la sentencia.

## PÍO VII LO EXCOMULGÓ

La excomunión de Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla Gallaga Mandarte Villaseñor, por el Sumo Pontífice Pío VII, señala:

“Por la autoridad de Dios Todopoderoso, el Padre, Hijo y Espíritu Santo; Y de los santos cánones, y de la Inmaculada Virgen María madre y nodriza de nuestro Salvador; Y de las virtudes celestiales, ángeles, arcángeles, tronos, dominios, papas, querubines y serafines y de todos los santos patriarcas y profetas;

“Y de los apóstoles y evangelistas;

“Y de los santos inocentes, quienes a la vista del Santo Cordero se encuentran dignos de cantar la nueva canción; Y de los santos mártires y santos confesores y de las santas vírgenes, y de los santos, juntamente con todos los santos elegidos de Dios:

“Lo excomulgamos y anatematizamos, y lo secuestramos de los umbrales de la iglesia del Dios omnipotente, para que pueda ser atormentado por eternos y tremendos sufrimientos, juntamente con Datán y Avirán y aquellos que dicen al Señor, ¡Apártate de nosotros porque no deseamos uno de tus caminos y así como el fuego del camino es extinguido por el agua, que sea la luz extinguida en él para siempre jamás.

“Que el Hijo, quien sufrió por nosotros, lo maldiga.

“Que el Espíritu Santo, que nos fue dado en nuestro bautismo, lo maldiga.

“Que la Santa Cruz a la cual ascendió Cristo por nuestra Salvación, triunfante de sus enemigos, lo maldiga.

“Que la santa y eterna Virgen María, madre de Dios, lo maldiga.

“Que todos los ángeles y arcángeles, principados y potestades, y todos los ejércitos celestiales, lo maldigan.

“Que San Juan el precursor, y San Pedro y San Pablo y San Andrés y todos los demás apóstoles de Cristo juntamente, lo maldigan.

“Y ojalá que el resto de sus discípulos y los cuatro evangelistas, quienes por sus predicaciones convirtieron al mundo universal, lo maldigan.

“Y ojalá que la santa compañía de mártires, y confesores, quienes por sus santas obras se ha encontrado agradables al Dios Todopoderoso, lo maldigan.

“Ojalá que el Cristo de la Santa Virgen lo condene.

“Ojalá que todos los santos desde el principio del mundo y todas las edades, quienes se hayan ser los amados de Dios lo condenen.

“Y ojalá que los cielos y la tierra y todas las cosas que hay en ellos, lo condenen.

“Que sea condenado donde quiera que esté, en la casa o en el campo; en los caminos o en las veredas; en las selvas o en el agua, o aún en la iglesia.

“Que sea maldito en el vivir y en el morir; en el comer y el beber; en el ayuno o en la sed; en el dormir o en el dormitar; en la vigilia o andando; estando de pie o sentado; acostado o andando; fingiendo o cantando y en todas las sangrías.

“Que sea maldito interior y exteriormente.

“Que sea maldito en su pelo.

“Que sea maldito en su cerebro.

“Que sea maldito en la corona de su cabeza y en sus sienes, en su frente y en sus oídos; y en sus cejas y en sus mejillas; en sus quijadas y en sus narices; en sus dientes anteriores y en sus molares; en sus

labios y en su garganta; en sus hombros y en sus muñecas; en sus brazos, en sus manos y en sus dedos.

“Que sea condenado en su pecho, en su corazón, y en todas las vísceras de su cuerpo.

“Que sea condenado en sus venas, en sus músculos, en sus caderas, en sus piernas, pies y uñas de los pies.

“Que sea maldito en todas las junturas y articulaciones de su cuerpo.

“Que desde la parte superior de su cabeza hasta la planta de sus pies, no haya nada bueno en él.

“Que el Hijo del Dios viviente, con toda la gloria de su majestad, lo maldiga, y que el cielo con todos los poderes que hay en él se subleven contra él, lo maldigan y lo condenen.

“Amén. ¡Así sea! Amén”.

Este edicto de excomunión fue dado a conocer al Padre de la Patria el día 29 de julio de 1811, antes de ser pasado por las armas.

#### ABAD Y QUEIPO TAMBIÉN LO EXCOMULGÓ

Decreto lanzado por el obispo Manuel Abad y Queipo, obispo de Michoacán de 1810 a 1815: “Por autoridad del Dios Omnipotente, El Padre, El Hijo y El Espíritu Santo y de los santos cánones, y de las virtudes celestiales, ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, papas, querubines y serafines:

“Y de todos los santos inocentes, quienes a la vista del santo cordero se encuentran dignos de cantar la nueva canción,

“Y de los santos mártires y santos confesores,

“Y de las santas vírgenes.

“Y de los santos, juntamente con todos los santos y electos de Dios: Sea condenado Miguel Hidalgo y Costilla, ex cura del pueblo de Dolores. Lo excomulgamos y anatemizamos, y de los umbrales de la iglesia del todo poderoso Dios, lo secuestramos para que pueda ser atormenta-

do eternamente por indecibles sufrimientos, justamente con Dathán y Habirán y todos aquellos que le dicen al señor Dios: ¡Vete de nosotros, porque no queremos ninguno de tus caminos! Y así como el fuego es extinguido por el agua, que se aparte de él la luz por siempre jamás.

“Que el Hijo, quien sufrió por nosotros, lo maldiga. Que el Espíritu Santo, que nos fue dado a nosotros en el bautismo, lo maldiga. Que la Santa Cruz a la cual Cristo, por nuestra salvación, ascendió victorioso sobre sus enemigos, lo maldiga.

“Que la santa y eterna madre de Dios, lo maldiga. Que San Miguel, el abogado de los santos, lo maldiga. Que todos los ángeles, los principados y arcángeles, los principados y las potestades y todos los ejércitos celestiales, lo maldigan. Que San Juan el precursor, San Pablo y San Juan Evangelista, y San Andrés y todos los demás apóstoles de Cristo juntos, lo maldigan.

“Y que el resto de sus discípulos y los cuatro evangelistas, quienes por su predicación convirtieron al mundo universal, y la santa y admirable compañía de mártires y confesores, quienes por su santa obra se encuentran aceptables al Dios omnipotente, lo maldigan. Que el Cristo de la santa Virgen lo condene. Que todos los santos, desde el principio del mundo y todas las edades, que se encuentran ser amados de Dios, lo condenen. Y que el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, lo condenen.

“Sea condenado Miguel Hidalgo y Costilla, en dondequiera que esté, en la casa o en el campo, en el camino o en las veredas, en los bosques o en el agua, y aún en la iglesia. Que sea maldito en la vida o en la muerte, en el comer o en el beber; en el ayuno o en la sed, en el dormir, en la vigilia y andando, estando de pie o sentado; estando acostado o andando, fingiendo o cantando, y en toda sangría.

“Que sea maldito en su pelo, que sea maldito en su cerebro, que sea maldito en la corona de su cabeza y en sus sienes; en su frente y en sus oídos, en sus cejas y en sus mejillas, en sus quijadas y en sus narices, en sus dientes anteriores y en sus molares, en sus labios y en su garganta, en sus hombros y en sus muñecas, en sus brazos, en sus

manos y en sus dedos. Que sea condenado en su boca, en su pecho y en su corazón y en todas las vísceras de su cuerpo. Que sea condenado en sus venas y en sus muslos, en sus caderas, en sus rodillas, en sus piernas, pies y en las uñas de sus pies. Que sea maldito en todas las juntas y articulaciones de su cuerpo, desde arriba de su cabeza hasta la planta de su pie; que no haya nada bueno en él. Que el hijo del Dios viviente, con toda la gloria de su majestad, lo maldiga. Y que el cielo, con todos los poderes que en él se mueven, se levante contra él. Que lo maldigan y condenen.

“¡Amén! Así sea. ¡Amén!”

Los sitios más importantes de la ruta seguida por Hidalgo durante su campaña militar fueron: Dolores, Atotonilco, San Miguel el Grande, Apaseo, Celaya, Salamanca, Irapuato, Silao, Guanajuato, Valladolid, Charo (donde lo alcanza Morelos para ponerse a sus órdenes y participar en el movimiento libertario), Indaparapeo, Zinapécuaro, Acámbaro, Ixtlahuaca, Toluca, Monte de las Cruces, Venta de Cuajimalpa, San Jerónimo Aculco, de nuevo Valladolid, Guanajuato, Guadalajara y Puente de Calderón.

Los restos del Padre de la Patria fueron depositados en la Catedral Metropolitana y, más tarde, trasladados a la Columna de la Independencia, monumento conocido como El Ángel.

En 1863, Juárez, a su paso por Dolores, rumbo al norte, decidió que la casa de Hidalgo se convirtiera en museo histórico en el cual aún pueden verse algunos árboles plantados por él.

## BENITO JUÁREZ... ¿MURIÓ ENVENENADO?



Pablo Benito Juárez García

Cuenta la leyenda que una bella dama de la corte de la emperatriz Carlota Amalia de Bélgica, llamada Leonarda Emilia Oliveira, conocida como “La Carambada”, ávida de cobrar venganza por la muerte de su amante José Joaquín, soldado imperialista francés lugarteniente del emperador Ferdinand Maximilian Joseph von Habsburg Lothringen, aprovechó en una reunión escasos segundos para vaciar sobre la copa de champagne de Benito Juárez, unas gotas de té de una hierba venenosa, llamada “veintiunilla”, el 27 de junio de 1872, que lo llevó a la tumba 21 días más tarde, víctima de una angina de pecho.

También existe la fábula de que “La Carambada”, para desquitarse de la muerte de su amado, contrató a un zapatero para que pusiera un clavo envenado con la veintiunilla en el calzado del Presidente. Otra tercera leyenda más, advertía que en la ley de los masones se sentenciaba a la pena capital a un Gran Maestre que provocara la muerte de otro y Maximiliano ostentaba ese título, al igual que Juárez, que ordenó el fusilamiento de aquél.

Desde luego, los rumores no quedaron en lo anterior y hay todavía otro más, que advierte que Maximiliano obtuvo un salvoconducto de Benito Juárez, bajo la advertencia de que no revelara su identidad, y que fue enviado a San Salvador, donde murió a los 104 años, según una información publicada en el periódico *Excelsior* de enero de 2001.

Aunque “La Carambada” fue un personaje real que habitó en la ciudad a mediados del siglo XIX, varias leyendas se han fraguado a su alrededor, algunas de ellas, sin duda, sonadas y enigmáticas.

Leonarda Emilia fue originaria de un pueblcito indígena llamado “La Punta”, próximo a la ciudad de Querétaro. En los tiempos del imperio de Fernando Maximiliano de Habsburgo, ella se enamoró de un militar imperialista y, al ser tomado prisionero su amado, acudió a todas las autoridades, en especial a Benito Zenea, Gobernador de Querétaro y a Benito Juárez, Presidente de la República, para solicitar el perdón de su amado. Ante la negativa, juró vengarse, y para provocar problemas a la autoridad, se convirtió en asaltante.

La fama de “La Carambada” trascendió por sus atracos y presteza para el manejo de la pistola, el machete e incluso para cabalgar. Se dice que tuvo contacto con una yerbera que le enseñó los efectos de la veintiunilla, cuyos resultados son la defunción por angina de pecho de la persona que la toma justo 21 días después de ingerirla.

Nada de lo anterior ha sido confirmado, pero lo cierto es que “La Carambada” tuvo contacto con don Benito Zenea veintiún días antes de su muerte. Asimismo, también el Presidente tuvo acercamiento con Leonarda y falleció a los 21 días de este encuentro. La

causa del deceso de ambos fue angina de pecho y se dice que fue así como “La Carambada” culminó su venganza.

Inmediatamente después de la muerte de Zenea, una noche, Vicente Otero, junto con un grupo de rurales, salió con objeto de aprehender a Leonarda, encontrándola por la Hacienda de la Capilla, camino de Celaya. En el enfrentamiento a balazos, Otero abatió a la mujer de cinco tiros y logró la captura de dos de sus compañeros.

El cuerpo inanimado de Leonarda fue conducido al servicio médico forense para que le practicaran la autopsia, pero sorpresivamente todo el personal, entre ellos los médicos, salieron a tropel en alocada carrera, presas de espanto, horrorizados, y no faltó hasta quien se desmayó, debido a que “la muerta” lanzó un grave y largo quejido que prácticamente enloqueció de terror a los presentes, por lo que la intervención tuvo que ser suspendida, debido a que la gente se negaba a regresar al quirófano.

Hubo necesidad de que se presentara un sacerdote, quien al darse cuenta que la mujer aun contaba con hálitos de vida y agonizaba, en confesión se enteró de la historia de venganzas de “La Carambada”, quien de inmediato se convirtió en el chisme de la comunidad.

Finalmente murió dos días después, pero el hecho impactó a la población.

A la caída del Imperio y posterior al fusilamiento de Maximiliano, José Joaquín fue capturado y llevado ante un pelotón de muerte del ejército liberal, por lo que Leonarda Emilia Oliveira juró vengar la partida de su amado y desde ese momento se dedicó a robar y repartir el botín con la gente pobre de los alrededores, teniendo como guarida principal las grutas de los socavones, en la cabecera municipal del Marqués, una de las zonas que forman parte del área metropolitana de Querétaro.

La Carambada, disfrazada de hombre, robaba sola utilizando una técnica muy personal: al lado del camino colocaba sobre las ramas sombreros y cigarros ya encendidos, por lo que, por curiosidad, se de-

tenían las carrozas o los arrieros, a los que atracaba, muchas veces dejando a los hombre solamente en calzones y a las mujeres en corpiño.

Obtenía el botín y después subía al caballo gritando: “miren con quién perdieron, la Carambada” y se abría la camisa enseñando los pechos. Después desbocaba su montura por los campos y se perdía en la lejanía.

Ante la persecución de que fue objeto, decidió suspender sus fechorías, pero para continuar con su venganza huyó a la Ciudad de México donde gracias a su belleza y seductora presencia logró que Guillermo Prieto se prendara de ella y la invitara a una elegante recepción en la casa de Sebastián Lerdo de Tejada, a la postre Presidente de la Suprema Corte de Justicia y sucesor a la presidencia en caso de que faltara el Primer Magistrado. Durante el transcurso de la recepción fue presentada a Juárez, quien al estar saludando a los demás invitados dejó su copa en una mesa, momento que fue aprovechado por La Carambada para verter unas gotas de liquido veintiunilla en la champaña.

Juárez falleció veintiún días después, de ahí el nombre del veneno veintiunilla que a decir de la gente experta en esos menesteres, asegura que presenta la misma sintomatología de una angina de pecho, enfermedad que fuera diagnosticada y por la que oficialmente se le declaró la causa de la muerte del Presidente, al igual que al Gobernador de Querétaro.

## EN 2007 FUE SU BICENTENARIO

En 2007 se celebró el bicentenario del natalicio de Benito Juárez, Presidente que apoyó las leyes de Reforma que contemplaban la separación de la iglesia del Estado y la secularización de los bienes eclesiásticos.

Fue un indio zapoteca que llegó a Presidente y se mantuvo en el poder durante casi 15 años. Dio a México su segunda independencia

al derrotar a los invasores galos, lo que culminó con el fusilamiento del emperador Ferdinand Maximilian Joseph von Habsburg Lothringen, en el cerro de Las Campanas.

Nació en San Pablo Guelatao, Oaxaca, el 21 de marzo de 1806. Fue pastor y sirviente, aprendió español a los 12 años de edad y logró estudiar en el Seminario hasta ser abogado.

Fue Gobernador de su Estado natal, Diputado, Ministro de Justicia y Primer Magistrado por varios periodos. Su vida tuvo como marco las luchas intestinas en México. Primero, y sin ser parte de la disputa, la guerra de intervención norteamericana, y ya, como consecuencia de la promulgación de la Constitución de 1857, la guerra de Reforma.

También vivió la intervención francesa, que traería como consecuencia el Segundo Imperio y a Maximiliano de Habsburgo a nuestro país.

Por cierto, Maximiliano fue traído con engaños a México, pues le hicieron creer que todos esperaban ansiosamente su llegada, pero cuando llegó y conoció la situación del país, puso al descubierto que sus tendencias eran demasiado liberales. De hecho trató de trabajar en conjunto con Juárez, pero este último lo rechazó por considerarlo usurpador. Maximiliano pensó en regresar a Europa y su madre, la Emperatriz Eugenia selló –de algún modo– su destino al escribirle que se sepultara con las cenizas de su imperio.

Maximiliano tuvo un breve gobierno que terminó en Querétaro, ciudad conservadora, en donde fue capturado por las tropas juaristas y fusilado junto con los generales mexicanos Miramón y Mejía, el 19 de junio de 1867 en el cerro de Las Campanas de la capital queretana, en donde ahora se levanta una capilla a la sombra de una inmensa estatua de Juárez.

Una vez vencidos los conservadores que apoyaban el gobierno de Maximiliano, Juárez restauró su poder y fue reelecto presidente en dos ocasiones más. Murió en su cargo y en su cama, en Palacio Nacional, el 18 de julio de 1872.

Muchos misterios y leyendas rodean su muerte, y dos de las más conocidas son la de la Carambada y la de su asesinato como masón.

El Licenciado Juárez fue iniciado y miembro activo de la orden de los masones, incluso fundó el Rito Nacional Mexicano en donde llegó a ser Gran Maestro.

Acostumbraba caminar por los pasillos del Palacio Nacional acompañado por alguno de sus ministros. Con su levita negra, el semblante sereno y las manos a la espalda, el Presidente conversaba pausadamente. En ocasiones, al caer la tarde, cuando las actividades administrativas habían concluido, caminaba solo hasta sus habitaciones. Su sombra parecía surgida de las entrañas del más allá. Más que alma en pena, Benito Juárez cargaba una pena en el alma. El último año y medio había sido difícil. Aunque su rostro se mostraba impasible, su corazón estaba roto. Extrañaba a su amada Margarita, fallecida en enero de 1871.

Don Benito nunca dejó de pensar en ella. Por sobre todas las cosas admiró su fortaleza espiritual para enfrentar —con todo e hijos— un largo exilio en Nueva York durante los años de guerra contra el imperio (1864-1867). Fue una mujer comprensiva de quien sólo recibió apoyo, incluso hasta para ayudarlo con el moño de la corbata cuando se desesperaba. “¡Ay hijo!, ¡pero qué inútil eres!” —le decía cariñosamente Margarita— al tiempo que sus manos trabajaban sobre la corbata para colocarla finalmente en su lugar. Los esposos sólo pudieron gozar cuatro años de la paz alcanzada la República. Luego de la muerte de Margarita, don Benito decidió establecer su domicilio en el ala norte del Palacio Nacional.

En julio de 1872, comenzó a sentir malestares en el corazón; una afección cardíaca diagnosticada tiempo atrás volvió a presentarse y se dispuso a recibir a la muerte en su propia alcoba. Indudablemente la vida en Palacio Nacional le sentaba a don Benito. No por las comodidades a las que podía aspirar, la seguridad del recinto o la facilidad de trasladarse en un santiamén de sus habitaciones al des-

pacho presidencial. Juárez encontraba en aquella construcción la historia del poder, el ejercicio de la autoridad, el centro de gravedad de la política nacional. Le reconfortaba ser parte medular, piedra angular de esa historia. Un Presidente republicano heredero de una larga tradición de poder no podía hallarse en ningún otro lugar mejor que en las habitaciones particulares del Palacio Nacional.

En los primeros días de julio de 1872, el corazón de don Benito comenzó a fallar. Ya no era el dolor por la irreparable pérdida de su esposa. Era la enfermedad que lo devoraba por dentro. El día 8 Juárez fue visitado por 20 niños huérfanos que deseaban conocerlo para agradecerle los recursos otorgados a su orfanatorio. Llegaron de improviso y el Presidente no tuvo empacho en recibirlos en una de sus habitaciones. El encuentro parecía familiar, no había escoltas ni aparatos de seguridad, mucho menos protocolo que seguir.

Don Benito tomó asiento y de inmediato fue rodeado por los niños que le hablaban todos al mismo tiempo. El Presidente sonreía y trataba de prestar atención a cada uno. Después de media hora de conversación el director del orfanatorio dispuso la partida y Juárez entregó a cada niño un peso para que compraran fruta.

Cuando se despedía del último pequeño “se llevó la mano al corazón y se recargó contra un mueble –escribió el director de la institución– en su semblante se notó la palidez y un ligero gesto que hizo, me dio a comprender que algo extraordinario le pasaba; le pregunté si quería que avisara a sus ayudantes y me dio las gracias, diciéndome que no era nada, que había sentido una ligera punzada en el corazón”.

Juárez no prestó mayor atención a su malestar –a pesar de que en marzo le habían diagnosticado angina de pecho– y continuó haciendo su vida normal. En los siguientes días ya no salió de su morada en Palacio Nacional, sólo dejaba sus habitaciones para trasladarse a la parte donde se encontraban su despacho y el resto de las oficinas de la administración pública. Desde ahí resolvió diversos asuntos cuyo estudio suspendía para comer en sus habitaciones.

Hasta la víspera de su muerte, don Benito Juárez García comió espléndidamente. El lunes 16 de julio, la cocinera del palacio le preparó un suculento menú que incluía sopa de tallarines, arroz con huevos fritos, bistec con frijoles acompañado de una salsa de chile piquín, fruta y café. Por si fuera poco, tomó media copa de jerez y saboreó algo de pulque.

Al caer la noche se abstuvo de cenar pero no se negó una copita de rompoppe. Luego de leer algunas páginas del libro *Curso de historia de las legislaciones comparadas* de M. Lerminier, se retiró los anteojos, apagó la pequeña lámpara que iluminaba su recámara y durmió como un bendito. A lo lejos se escuchaba el grito de la guardia que hacía su ronda.

Juárez construyó una nueva dignidad en torno al Palacio. Lo revistió de austeridad; le imprimió su sello personal y lo hizo respetar. La vieja construcción conoció verdaderamente la identidad republicana. Con un sueldo de 36 mil pesos anuales, vivió sencillamente, jamás se dio al lujo o dispendio. Concibió al poder como servicio y así vivió hasta el final de sus días.

“A propósito de malas costumbres —escribió en su libro *Apuntes para mis hijos*— había unas que sólo servían para satisfacer la vanidad y la ostentación de los gobernantes y las abolí porque tengo la persuasión de que la respetabilidad del gobernante le viene de la ley y de un recto proceder y no de trajes ni de aparatos militares propios sólo para los reyes de teatro”.

La última vez que Juárez se presentó en las oficinas presidenciales fue el 17 de julio de 1872. Al día siguiente no pudo salir de su habitación. Durante la noche los dolores en el pecho se habían agudizado. Pidió a su familia que no hablaran con nadie de su estado de salud. Todavía tuvo fuerza por la tarde para recibir en su recámara a varios de sus ministros y hablar con ellos de asuntos públicos, como si nada pasara. Cerca de las 7 de la noche, no pudo más; la angina de pecho dobló su voluntad y cayó en cama.

Para combatir los intensos dolores en el corazón —que por momentos parecían detener para siempre su marcha—, los médicos aplicaron sobre el pecho de Juárez cataplasmas con agua hirviendo, esperando la reacción del músculo cardiaco. La piel parecía desintegrarse por la elevadísima temperatura del agua, pero el Presidente aguantó firme la aplicación de los fomentos en dos ocasiones. Sin embargo, ya no había nada que hacer. Médicos, familiares y amigos esperaban el trágico desenlace en cuestión de horas. Juárez tenía por entonces 66 años de edad.

“Momentos antes de morir —señala una nota de *El Federalista* del 20 de julio de 1872— estaba sentado tranquilamente en su cama; a las 11:25 minutos se recostó sobre el lado izquierdo, descansó su cabeza sobre su mano, no volvió a hacer movimiento alguno, y a las 11:30 en punto, sin agonía, sin padecimiento aparente, exhaló el último suspiro”.

Miles de personas acudieron al Palacio Nacional a darle el postrero adiós a Benito Juárez. Era tal la cantidad de gente que desfiló frente al catafalco que hubo la necesidad de reforzar el piso del salón de Embajadores para evitar un hundimiento o un derrumbe.

La estatua de Juárez que se encuentra en el patio Mariano fue fundida con los cañones que los liberales le arrebataron al General Miramón en Calpulalpan y con los obuses que sirvieron para la defensa de Puebla durante el sitio de 1863. En el Palacio Nacional, en las habitaciones del Presidente, se fundió la historia personal de don Benito con la gran historia nacional. La última escena, descrita por el reportero de *El Federalista* no pudo ser más conmovedora:

“Le contemplamos con una emoción que no trataremos de describir, en su recámara, encima de su cama de bronce, vestido de negro, pálido, pero con la fisonomía tranquila, sin contracción alguna y pareciendo más bien dormir con el plácido y pasajero sueño de la vida, que con el eterno y profundo sueño de la muerte”. Pero la duda queda en el aire: ¿fue envenenado o sentenciado por los masones?



## FELIPE ÁNGELES: “CADA CUAL MORIRÁ POR SU LADO”



Felipe Ángeles Ramírez

“ Mi muerte hará más bien a la causa democrática que todas las gestiones de mi vida. La sangre de los mártires fecundiza las buenas causas”, señaló como respuesta a la sentencia de ser fusilado por el delito de rebelión.

El General Felipe Ángeles –uno de los soldados más cultos que participó en la Revolución– se enfrentó al pelotón de fusilamiento en una oscura madrugada, el 26 de noviembre de 1919, luego de su captura gracias a la traición de uno de sus oficiales.

Lo aprehendieron el 17 de noviembre de 1919 en el Cerro de la Mora y le formaron una corte marcial extraordinaria que abarrotó

la sala en el Teatro de los Héroes de Chihuahua, donde hizo ante sus jueces una extensa defensa en la que expuso, durante varias horas, una extraña mezcla de idealismos liberales, humanistas y socialistas que era en verdad su testamento político y espiritual.

Dios está con los indios y los humildes, habría dicho al final.

Durante su larga e interesante disertación, nadie lo interrumpió, aunque tampoco lo aplaudieron o vitorearon porque era una corte militar y estaba en juego la vida de un hombre que se había significado por su apego a que los débiles fueran tratados con humanidad y ese fue uno de los puntos vitales de su larga perorata, que poco usó para tratar de salvar el pellejo, de lo que pareció haberse olvidado en medio de un cúmulo de emociones.

De sus discursos y escritos anteriores se desprende con claridad la tragedia de un hombre que, formado en el antiguo régimen, quiso sinceramente abrazar la causa revolucionaria, pero no pudo olvidar ni hacer a un lado su pasado, ese ayer que le identificaba por la lealtad que había tenido hacia Francisco Ignacio Madero desde el poder hasta su asesinato.

Al momento de su muerte, no poseía ni siquiera el traje que llevaba puesto. Salvó la vida en varias ocasiones, principalmente en aquella infausta fecha en que traicionado por Victoriano Huerta, fue capturado en Palacio Nacional, el 19 de febrero de 1913, junto con Madero y José María Pino Suarez, a los que, coludidos, Victoriano Huerta, Félix Díaz y el embajador estadounidense Henry Lane Wilson, ordenaron asesinar tres días más tarde, a espaldas de la macabra prisión conocida como el Palacio Negro de Lecumberri, después de obligarlos a renunciar a la presidencia y vice presidencia con falsas promesas y bajo las amenazas de ir contra la seguridad de sus familias si no desertaban.

En esa ocasión, Huerta le perdonó la vida a Ángeles por temor a enfrentarse a problemas con los demás generales y el ejército, pero lo mantuvo encerrado en las mazmorras durante varios meses y posteriormente lo exilió a Francia el día último del mes de julio.

Diez días antes la traición había torcido el veleidoso destino y la rueda de la fortuna se ladeó en contra... El principio del final del triste episodio había iniciado su inexorable marcha. El 9 de febrero de 1913 el Palacio Nacional fue atacado por un grupo de militares en un vano intento por capturar y derribar al presidente Francisco I. Madero, cuyas tropas leales lograron neutralizar la conjura, dirigida por los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes, quien pereció en el intento.

En respuesta a esa zacapela a las puertas del Palacio Nacional, los cadetes del Colegio Militar mostraron al pueblo su lealtad a Madero, escoltándolo desde el Castillo de Chapultepec hasta la residencia oficial.

Fue cuando inició la Decena Trágica, aquella torpe batalla dirigida por Félix Díaz, que, con algunas tropas, se atrincheró en la plaza de La Ciudadela cuyas calles del entorno quedaron regadas de cadáveres. Y, tratando de prevenir un nuevo peligro, Madero designó equivocadamente jefe de las fuerzas leales de su Gobierno al General Victoriano Huerta, sin aceptar que éste, desde tiempo atrás, conspiraba contra él, dentro de la sorda guerra de intrigas interiores que vivía confabulado con el embajador Lane Wilson y que mantenía desestabilizado al Ejército federal desde los acuerdos de Ciudad Juárez. Incluso, Gustavo Madero ya había advertido con anticipación que Huerta era un traicionero.

Ese mismo día 9 de febrero Madero tomó una decisión temeraria. En un auto con unos cuantos hombres, sin escolta militar, se trasladó a Cuernavaca para hablar con Felipe Ángeles y con sus tropas. Era una empresa muy riesgosa y llena de peligros, dado que grandes trechos de la ruta entre ambas ciudades estaban bajo el control o bajo ataques frecuentes de tropas zapatistas hostiles al presidente, debido a que éste les había fallado en su promesa de repartir a los hombres del campo las tierras laborables.

Poco después, Madero regresó a la Ciudad de México junto con Ángeles y el grueso de sus tropas y arribaron el día 10 de febrero por el rumbo de Xochimilco y Tepepan, donde los esperaba el General

Ángel García Peña, ministro de Guerra, a quien ordenó tomar el mando de las tropas leales.

Designó a Felipe Ángeles como jefe de su Estado Mayor a cargo de las operaciones. Por resistencias en los mandos superiores del Ejército federal, de estirpe porfiriana, esta orden no pudo ser cumplimentada por el General García Peña. Ángeles, se decía, era apenas General brigadier.

El mando continuó a cargo del General de división Victoriano Huerta, que aceleró sus planes contando con la complicidad de Félix Díaz y con el beneplácito del embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, para terminar con la captura del presidente Madero, el vicepresidente José María Pino Suárez y el General Felipe Ángeles.

Clandestinamente Ángeles regresó de París a los tres meses, en octubre de 1913, para sumarse al ejército constitucionalista y al núcleo maderista dentro de la revolución, junto con varios de sus discípulos.

El 30 de marzo de 1914 el secretario de Guerra de Victoriano Huerta lo dio de baja, con retroactividad al 8 de noviembre de 1913, “por indigno de pertenecer al ejército federal”, en un desesperado afán por degradarlo y desacreditarlo.

Bajo ese estigma, el 3 de abril siguiente, este “General indigno” participó con su artillería en la toma de Torreón por la División del Norte, derrotando a las tropas oficiales, lo que le colocó como uno de los principales estrategas militares y su fuerza política dentro de las filas castrenses se elevó, para ser considerado como uno de los principales e influyentes generales del momento.

Por ello, el 21 de abril de 1914, durante el desembarco de las tropas de Estados Unidos en Veracruz, un grupo de altos oficiales del ejército federal (cinco generales, cuatro brigadieres, seis coroneles y tenientes coroneles, un Mayor y un Capitán), desde Saltillo, Coahuila, dirigió a Felipe de Jesús Ángeles—el único que se había mantenido leal a Madero, incluso en la Decena Trágica—una carta invocando “la muerte heroica, si es necesaria, a la que podrá llevarnos el destino”, y, explicaban:

“En estos momentos en que la angustia de la patria parece haber recibido el golpe final, nosotros, todos hijos del Heroico Colegio Militar, compañeros de armas de usted, en días que parecen querer repetir nuestro épico calvario del 47, dirigimos a usted ésta como el llamamiento supremo para la guerra de razas que se avecina.

“Todos reconocemos en usted un jefe de alta intelectualidad y resta a su honor tan sólo acudir al llamamiento que le dirigimos, confiados en lo absoluto, en que mexicano e hijo del Colegio Militar que es usted, responda a este llamado y acuda a recibir el abrazo cordial que ya lo aguarda sincero, exento de rencillas y el completo olvido del pasado que nos separó, y sentirá usted renacer una época para todos grata en la que aprendimos un absoluto ejemplo: *el todo por la patria.*”

El General Felipe Ángeles, con fecha 30 de abril de 1914, hizo publicar esa carta en el periódico *Vida Nueva*, de Chihuahua, con la respuesta dirigida sólo a los tres oficiales de más baja graduación entre los firmantes, un Capitán, un Mayor y un Teniente Coronel.

“Si fracasan los diplomáticos, cada cual morirá por su lado”, fue el encabezado del periódico para esa información, que advertía:

*“Con pena he visto sus nombres entre los de muchos generales a quienes empujó en su carrera el viento de la traición. Los conozco muy bien a todos y comprendo las causas complejas que retienen a algunos de ustedes en las filas huertistas, muy a su pesar.*

*“Dice el telegrama que se avecina una guerra de razas. Esto es falso. Se avecina una guerra provocada deliberadamente por Huerta para hacer fracasar el triunfo próximo de nuestro partido democrático. Esta guerra va a constituir el segundo gran crimen en que colabora el ejército.*

*“Si ustedes todos fueran clarividentes y patriotas podrían con un solo ademán conjurar la guerra extranjera, diciéndole a Huerta: ‘Hasta aquí’. No espero ese ademán: confío en la grandeza del presidente Wilson, en la sensatez del pueblo americano y en el verdadero patriotismo de los directores de nuestro partido democrático, para conjurarlo.*

*“Y si todo fracasa, muramos cada quien por nuestro lado: no puedo unirme con los cómplices de los dos crímenes de lesa Patria. Firmado: Felipe Ángeles.”*

Tres semanas después, el 21 de mayo de 1914, la División del Norte tomaba la ciudad de Saltillo, victoria en la que, junto con Francisco Villa, fue el artífice igual que en el triunfo de Zacatecas el 25 de junio en la batalla donde se resquebrajó el ejército federal y se decidió la caída de Victoriano Huerta, 21 días más tarde.

Educado en el ejército federal en los tiempos del dictador José de la Cruz Porfirio Díaz Mori; destacado teórico y técnico militar, respetado entre los oficiales del Antiguo Régimen, a sus 43 años de edad el Presidente Francisco Ignacio Madero le ordenó regresar de Francia, para designarlo Director del Colegio Militar de Chapultepec a inicios de 1911 y, además, fue nombrado General Brigadier. Durante su cargo en dicha institución se vio fortalecido por el orden, progreso, estudio y apego a la verdad.

Desgraciadamente esto motivó un ambiente cargado de envidias e intrigas, tanto por la adquisición de nuevos cargos y honores como por la estrecha amistad que mantenía con Madero, habiéndosela ganado, además, demostrándole su fidelidad organizando los batallones a favor del gobierno ante la rebelión de Pascual Orozco.

En agosto de ese mismo año, ante el fracaso de la sanguinaria campaña del General Juvenio Robles en Morelos (a la que sus propios amigos llamaban “campaña de exterminio”), Madero envió a Ángeles como jefe de la zona militar. Cambió métodos y política y logró el respeto de los dirigentes de los insurrectos bajo el mando de Genovevo de la O y Emiliano Zapata.

Felipe de Jesús Ángeles Ramírez nació en Zacualtipán, Hidalgo, el 13 de junio de 1868, aun cuando en algún tiempo se consideró que había nacido en Molango, al grado que ese pueblo fue quemado por tropas carrancistas el 6 de diciembre de 1914, creyendo que así lograban vengarse de uno de los más destacados soldados de la División del Norte.

Fue hijo de Felipe Ángeles, un Coronel que combatió contra los estadounidenses en 1847 y contra los franceses en 1862, y de Juana Ramírez. Inició sus estudios primarios en Huejutla, pasó luego a la Escuela de Molango y al Instituto Literario de Pachuca. A los catorce años ingresó al Colegio Militar, gracias a una beca concedida por José de la Cruz Porfirio Díaz Mori con motivo de los servicios de su padre durante la lucha contra la intervención extranjera.

Era un hombre apasionado y contradictorio, de espíritu crítico, accionista silencioso, carácter humilde, activo, capaz de obedecer y dar órdenes mayores, pero al mismo tiempo rebelde e impetuoso. Fue un militar que veía la guerra con un matiz poco poético y a la vez salvaje; tenía fe en el pueblo; percibía obstáculos en la realización, de gran cultura, apreciaba a los humildes y campesinos; ciudadano de paz; así, interesado en sus acciones militares y políticas lo llevaron a marcar una página más de la historia de México.

El General Ángeles fue el militar más preparado que participó en la Revolución; el 15 de noviembre de 1941, al cumplirse el XXII aniversario de su muerte fue nombrado Hijo del Estado de Hidalgo, su entidad natal.

La británica Rosa King, dueña del hotel Bella Vista en Cuernavaca, adonde iban a alojarse en esos años personalidades destacadas, desde Francisco Madero hasta Victoriano Huerta y otros, en su libro *Tempestad sobre México*, lo recuerda así: “El General Ángeles era delgado y de buena estatura, más que moreno, con la palidez que distingue al mejor tipo de mexicano, de rasgos delicados y con los ojos más nobles que haya visto en un hombre. Se describía a sí mismo, medio en broma, como un indio, pero sin duda tenía el aspecto que los mexicanos llamaban de *indio triste*. Otros grandes atractivos se encontraban en el encanto de su voz y sus modales... Desde que me lo presentaron percibí en él un par de cualidades que había echado de menos en sus antecesores, las de la compasión y la voluntad de entender. Me agradó incluso escuchar entre sus jóvenes oficiales que no toleraba crueldad ni injusticia alguna de sus soldados.”

Durante su exilio en París, Ángeles hizo el contacto con varios opositores al nuevo Gobierno de Huerta. Le persuadieron de volver a México en octubre de 1913, para unirse a las fuerzas de Venustiano Carranza, en Sonora. Carranza confirmó a Ángeles como General de Brigada y lo designó Secretario de Guerra en el gobierno revolucionario, pero la situación no le fue fácil, debido a que al recién llegado se le consideraba como uno de los viejos elementos del depuesto régimen porfirista y lo trataron con suspicacia y hostilidad, por lo que Carranza retrocedió la posición de Ángeles a la Subsecretaría.

Sin embargo, desde esa posición Ángeles formuló la estrategia del ataque contra las fuerzas de Huerta en la Ciudad de México, que implicaba que Álvaro Obregón avanzara al sur a lo largo del ferrocarril occidental, Pancho Villa fuera con su gente al sur a lo largo del ferrocarril central y el General Pablo González debía de ir al sur a lo largo del ferrocarril del este, lo que dio un magnífico resultado.

En enero de 1914, Ángeles acompañó a Carranza en una visita a la Ciudad de Chihuahua para conferenciar con el equipo de Villa y de inmediato le pidieron que dejara con ellos a su estrategia para que se hiciera cargo de la artillería, a lo que Carranza accedió dos meses después.

Así, los triunfos se sucedieron, entre ellos la captura de Torreón, las batallas de San Pedro de las Colonias y de Paredón, y la captura de Zacatecas en mayo de 1914 gracias a las habilidades de Ángeles, pero allí hubo un desacato a las órdenes de Venustiano Carranza, que advertía detener el ataque de Zacatecas. La “desobediencia” de las tropas aseguró la derrota del ejército de Huerta, pero precipitó una fractura entre Carranza y Villa.

Cuando participó como comandante de las fuerzas que operaban en Morelos contra la insurrección zapatista, se propuso evitar los excesos que cometían los militares en contra de los campesinos, y en un amplio artículo, que tituló “Genovevo de la O”, reconoció la valentía y la capacidad de este jefe guerrillero y la justa razón de su rebeldía.

No solo ante esa situación se demostró como un hombre justo y completamente en contra de la violencia sin medida ya que tam-

bién criticó duramente la violencia y crueldad de Juventino Robles y Adolfo Jiménez Castro; no llegó a comprender las causas profundas y la importancia histórica de la Revolución agraria que encabezaba Zapata, pero su actitud humanitaria le permitió establecer un buen trato político con el caudillo suriano.

Una vez derrotado Huerta se inicia la organización de la Convención de Aguascalientes, que abre sus sesiones el 10 de octubre de 1914 y en la cual el día 12 del mismo Ángeles participó pidiendo cortésmente ante el presidente de la Convención el uso de la palabra. La sala quedó en silencio, ya que tanto delegados como observadores estaban ansiosos por escuchar al portavoz de Villa. Ángeles procedió a leer, con voz clara y sonora, una misiva que dijo haber recibido ese mismo día del General zapatista Samuel Fernández. La carta se refería primero a las conversaciones que el autor y Ángeles habían sostenido en Aguascalientes como representantes de la División del Norte y del Ejército Libertador de Zapata en el sur. Hacía notar que los dos hombres habían llegado a un acuerdo de principios y tendencias de la División del Norte con los consignados en el Plan de Ayala que sostenía el Ejército Libertador. Después el mensaje expresaba que se había autorizado a Ángeles para que declarara ante la Convención que, como la División del Norte tenía una obligación moral de velar por los intereses de sus hermanos del Sur, no debía llegar a ningún acuerdo hasta que el Ejército Libertador también estuviera representado. Cuando Ángeles terminó su intervención, el público estalló en vítores para él, para Villa y para la División del Norte. La Convención acordó invitarlo a la próxima sesión para escuchar su punto de vista respecto a la presencia de Zapata en dicha Convención.

Muchas y grandes cosas sucedieron después de ese octubre: la ocupación de México por zapatistas y villistas, la contraofensiva constitucionalista de Obregón, las derrotas de la División del Norte en las cuatro sucesivas batallas del Bajío en 1915, el exilio de Ángeles a Estados Unidos en la segunda mitad de ese año, la Constitución de febrero de 1917, la prolongación de la guerrilla villista contra Ca-

rranza en Chihuahua y Durango y el regreso solitario del General Ángeles en diciembre de 1918 para sumarse a las fuerzas de Villa.

El 4 de diciembre los generales Villa y Zapata se reunieron en Xochimilco y acordaron colaborar en la nueva campaña que se emprendería contra Carranza, con quien, para entonces, Ángeles tenía una pésima relación, peor aún cuando la División del Norte lo impuso como Gobernador provisional de Coahuila del 6 al 12 de enero de 1915.

Su capacidad, su cultura adquirida en Francia y su experiencia en las armas y tácticas de guerra y guerrilla, le llevaron a tener serios enfrentamientos con Villa, que era absolutista, y surgieron graves discrepancias que provocaron errores frente a las tropas de Álvaro Obregón en las batallas de Ébano, San Luís Potosí y Celaya, Guanajuato.

La guerra civil explotó otra vez a principios de 1915. En la batalla de Aguascalientes el descontrol de las fuerzas convencionistas fue total, al grado de que la División del Norte quedó desintegrada. Ante lo cual Ángeles se exilió en el Paso, Texas, en diciembre, para dedicarse a actividades privadas, pero continuó atacando al carrancismo desde el exilio. Escribió apasionados artículos donde expresó sus puntos de vista acerca de la situación política mexicana. En Nueva York, junto con intelectuales revolucionarios exiliados, formó parte de la Alianza Liberal Mexicana en la que figuraron, entre otros, Federico González, Miguel Díaz y Antonio Villarreal.

Regresó al país en diciembre de 1918 con el fin de entrevistarse con Villa y unificar a todos los grupos revolucionarios levantados en armas contra Carranza; este intento fracasó y decidió seguir por su cuenta. Después de la incursión del ejército en Ciudad Juárez en junio de 1919 (en la que Ángeles no participó), se desanimó al darse cuenta de que no había solución a la guerra civil larga y sangrienta. Cansado, enfermo, desilusionado, se dedicó a vagar hasta que uno de sus grandes amigos y oficiales lo traicionó y fue arrestado. Lo juzgaron en consejo de guerra extraordinario y la Corte Marcial lo condenó a la muerte. El 26 de noviembre de 1919 lo ejecutaron.

## ÍNDICE

Mensaje del gobernador . . . . .	<i>vii</i>
Historia del pulque . . . . .	1
Historia de la charrería . . . . .	19
Historia de la minería . . . . .	43
Historia del futbol . . . . .	55
Historia de la barbacoa . . . . .	71
Historia de la muerte de Hidalgo . . . . .	83
Benito Juárez... ¿Murió envenenado? . . . . .	107
Felipe Ángeles: “Cada cual morirá por su lado” . . . . .	117





esta obra se terminó de imprimir en enero de 2011  
en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno 162-1, Col. Granjas esmeralda,  
C.P. 09810, México, D.F.  
Tiraje: 5 000 ejemplares